

EL MÉDICO DE LAS ROSAS ROJAS

Y OTROS CUENTOS

SANTIAGO SOTO OBRADOR

PRIMAVERA 2016

Registro de Propiedad Intelectual N°: 272.424
Diseño de portada y diagramación interior Bookdesign.cl
Impresión noviembre 2016 - 50 ejemplares

*A Cristina, mi esposa, con todo el corazón, por su inestimable y permanente ayuda.
A mis hijos, que me siguen inspirando y cuya presencia en mi vida es un regalo del Señor.*

A todos los médicos, y especialmente a los que han dedicado su vida a la Medicina más humilde, la del Consultorio Externo, porque con ese modesto trabajo llenan de felicidad y tranquilidad a muchos seres humanos cuyas vidas han sido cubiertas por la pobreza y el dolor.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
EL MÉDICO DE LAS ROSAS ROJAS	9
EL ESPANTAPÁJAROS Y LA AMAPOLA	45
JACINTOY EL ORGANILLERO	53
JESÚS DE NAZARETH	69
UN SUEÑO POSIBLE	79
UNA SENECTUD CUALQUIERA	91

PRÓLOGO

Las parábolas son cuentos con enseñanza, cuentos con alma, y esto es lo que Santiago Soto nos trae esta vez en esta bella selección de cuentos.

Estas historias reflejan almas humanas puras, profundas, leales, sin tapujos, que, por sobre todo, se comprometen con la ayuda del que sufre.

Con su intensidad, sus conocimientos acuñados en años de experiencia médica, y su compromiso con el bienestar humano, Santiago nos adentra, a través de “El Médico de las Rosas Rojas” en un mundo profundo, doloroso, nuevo y poco atisbado por ser poco glamoroso: el mundo de la locura.

Nos suspende en un espacio incómodo aunque profundo, descarnado, pero más puro, un mundo confuso y revuelto en el que no queremos estar por mucho tiempo por miedo a no poder volver nunca más.

Con su calidad poética nos lleva a aquel mundo oscuro que todos tenemos: nuestra propia miseria, y nos deja ahí por un momento reflexionando, sufriendo y dudando.

Los distintos personajes que viven en el doctor enfermo, son esas voces que viven dentro nuestro y que constantemente entran en tensión, pero que también nos constituyen y nos hacen ser únicos e irrefutables.

Conectado con su propio recorrido de vida como médico, Santiago Soto nos hace reflexionar sobre la labor del operador social y del delicado trabajo que le toca desempeñar; aquella delgada línea que existe entre el “poderoso que todo lo cura”, y el simple humano limitado por sus propios conocimientos y emociones. Al dejarnos llevar por la cadencia de la historia la fantasía infantil que tenemos de ser invencibles cae frente a nosotros mismos, y entonces entendemos que solo la humildad y la consideración para con el otro harán la diferencia.

En los siguientes cuentos Santiago entra en una especie de diálogo interno y nos conecta con dulces imágenes de la infancia que nos traen recuerdos de nuestra comunión con la naturaleza y con nuestra necesidad de estar en ella. A través de distintas situaciones nos desafía todo el tiempo a mirar a la cara del que tiene menos, y de verle sus ojos. Primero te invade la incomodidad, luego la duda, y entonces el dolor: ¿Qué hago yo? ¿Por dónde empiezo? ¿Por qué me cuesta tanto entregarme?

Estos cuentos te conectarán con la esperanza de que a pesar de que nuestra alma se sienta desconcertada con la miseria humana, aún quedan vestigios de amor y compasión en nosotros.

Michelle Mackenzie Felsenhardt

Primavera, 2016

EL MÉDICO DE LAS ROSAS ROJAS

Con un poco de ansiedad se arregló el nudo de la corbata.

Mientras se miraba en el espejo, pensaba que se notaba ya su treintena. Sin duda que sus últimos tres años cursando un doctorado en Ciencias Médicas habían sido muy sacrificados. El trabajo hospitalario, los turnos de noche dos veces por semana, la investigación de algunos temas candentes de la medicina y el agobiante y complejo trabajo en Consultorio Externo, le habían dejado huellas en el rostro. Delgado, con las mejillas muy protruyentes y espesas cejas que le daban el aspecto de ser un intelectual, sólo sus ojos, de marrón oscuro, inquietos y penetrantes, daban a la expresión de su rostro un aire de contenida alegría.

El doctorado tenía en su reglamento, como cláusula fundamental e irrenunciable, la obligación de trabajar durante dos años en un hospital público en una provincia, inmediatamente después de haber terminado el período de post grado. El examen final de este grado académico podía rendirse apenas finalizados los estudios o cuando se hubiera cumplido a cabalidad con la estadía en el hospital asignado. Poco le importaba esta cuestión al doctor Ernesto Aguilera, toda vez que de la capital poco o nada le importaba: la profesión lo había convertido en un ciudadano sin adicción al teatro, al cine, a las variedades, a los viajes o, incluso, a visitar museos o sitios de interés cultural. Se decía a sí mismo, que era médico, y sin embargo, aunque se ubicaba en la elite de la condición académica, se consideraba inculto. Echaba de menos no saber más de filosofía, política, música o literatura, porque con el paso del tiempo y con el ejercicio de la carrera médica, había aprendido que toda manifestación

humana en el plano cultural, era una expresión del alma y un espejo del tiempo que remodelaban el carácter del hombre.

No le era desconocido que la música tenía el don de conmover el espíritu, de hacer empinarse al ser humano por sobre la realidad ordinaria de la vida para transportarlo a la contemplación, para llevarlo a sentir la emoción que despierta el pensamiento cuando este se arrulla con la melodía; o al intelecto, cuando se lo sumerge en el regazo del arpegio.

No, era cierto, no le acomodaba el lugar al que lo enviaban. El hospital era muy pobre, apenas contaba con los servicios básicos y, para peor, el terremoto había hecho trizas el viejo edificio, de modo que ahora, mientras se construía uno nuevo, funcionaba en las dependencias de una escuela pública. Y él, y lo sentía, era un profesional que estaba formado para enfrentar las grandes complejidades de la medicina y no para ir a un lugar como ese, donde no había medios para apoyo diagnóstico.

Cuando llegó al hospital se dirigió de inmediato a la dirección para presentarse al médico jefe.

La secretaria no tenía agendada su visita, de modo que Aguilera tuvo que esperar que esta fuera a preguntar al director cuándo podría recibirlo. Después de algunos minutos, la mujer volvió con el rostro más sonriente del que tenía en un comienzo y le dijo que podría entrevistarse con el doctor Pizarro en una hora más. Ernesto no se molestó por el inconveniente y preguntó a la mujer:

- Señorita, ¿puedo ir a visitar las dependencias del hospital?

Carolina Espejo miró al médico con interés y reclinándose un tanto sobre el escritorio, abrió una gaveta de este y extrajo una vistosa tarjeta que decía “Médico Visitante”, y se la entregó diciéndole:

- Puede pasar a donde crea conveniente, doctor; este distintivo le permitirá no ser molestado mientras observa el lugar. Le ruego que se lo abroche a su chaqueta.

Se despidió de ella con gran deferencia y se puso en camino para explorarlo que en pocas horas más sería su lugar de trabajo.

Lo que vio lo conmocionó; la pobreza del ambiente, los muros de adobe resquebrajados por la horqueta de los años, las salas en donde se apretujaban las camas con pacientes quejumbrosos; el piso de aquellas y el de los corredores mostraba tablas desgastadas, y algunas astilladas por el traqueteo de catres clínicos y camillas. Mientras entraba y salía de diferentes salas, el pasillo lo fue llevando casi de la mano, hacia el fondo del gran patio que lucía orgulloso una pileta que, otrora, había tenido agua y plantas. Hoy se la veía seca, llena de estiércol de aves y silenciosa. Resumía lo que parecía ser todo el lugar.

El corredor, ancho, lleno de hoyos de diferentes diámetros, no había sido embaldosado y ni siquiera se le había puesto una capa de brea para cubrir el polvo. Servía de bodega para catres en desuso, pero también allí se amontonaban atriles, veladores sin alguna de sus patas, porta sueros de fierro enlosado mohosos y agrietados; chatas, vasijas para el agua, una que otra venda usada, tapas de fichas médicas, papeles fiscales. Todo en un desorden descomunal que a nadie importaba.

Al terminar el pasillo, y a través de un oscuro pasadizo en cuyas paredes colgaban avisos de asuntos gremiales y deportivos, el doctor Aguilera llegó a un pequeño patio sin planta alguna, pedregoso y seco, a uno de cuyos costados se levantaba una celda; una celda como la de las cárceles. Extrañado, se acercó a ella. Estaba oscura; desde su interior salía un hedor casi insoportable de orina y deyecciones y en el piso, también de tierra como en el resto del edificio, sobre un jergón, yacía un hombre doblado sobre sí mismo sobre un costado. Estaba inmóvil.

Lo observó con atención venciendo las náuseas que le provocaba la fetidez del calabozo. El hombre, al sentir al recién llegado, se movió un poco, pero no cambió su posición en el jergón, no abrió los ojos y no hizo ademán alguno que denotara el menor interés por la visita.

Ernesto volvió poco después del reconocimiento del hospital, a las dependencias de la dirección.

Mientras devolvía la tarjeta a la secretaria le preguntó:

- ¿Sabe usted algo de esa persona que está en una especie de celda en el patio posterior del hospital?

Carolina miró al médico sin mostrar mayor cambio en su fisonomía.

- No lo conozco, doctor, es un paciente del servicio de medicina.

La muchacha iba a seguir hablando, pero fue interrumpida por la voz de su jefe:

- Carolina, te ruego hacer pasar al doctor Aguilera.

La conversación de ambos médicos no pasó de ser sólo una muestra de formalidades; después de esta, Ernesto Aguilera comenzaría a trabajar en el Hospital Regional del Norte al día siguiente.

Ciertamente, Aguilera quedó con un resabio de disgusto; le habría gustado decirle al director que había hecho un doctorado en Medicina, que estaba bien preparado, que daría su mejor esfuerzo por elevar el nivel de prestaciones del hospital, pero no fue posible. Pizarro siempre fue muy parco durante la entrevista y no dio pie a que el novel médico se explayara.

Cuando salió, fue recibido por la acogedora sonrisa de Carolina; sin embargo, no entabló con ella diálogo alguno. Se despidió de la muchacha cortésmente y salió del lugar.

Al día siguiente, vestido ya con su bata blanca y premunido de su estetoscopio, martillo de reflejos, linterna y oftalmoscopio, comenzó su trabajo asistiendo a los ocho pacientes que estaban en sus respectivos lechos, en la amplia sala de hospitalizados: la Sala B del Servicio de Medicina del Hospital del Norte.

En la tarde, rumiando los hechos que marcaron este primer día de trabajo, y mientras las sombras luchaban por un lugar en las últimas horas del día, pasó frente a la sala – calabozo.

Un hombre alto, delgado y vestido de estricta etiqueta, estaba de pie al otro lado de la reja, a la que se asía con ambas manos. Estas eran huesudas, pálidas y muy largas, lo que trajo a la mente del médico que se parecían a las de un pianista. El hombre lo llamó:

- ¡Joven doctor!, no pases de largo sin decirme qué te parecen mis rosas.

Ernesto lo miró entre extrañado y reticente. El hombre debería tener unos setenta años, pensó, mientras fijaba su mirada en el rostro del anciano. Un tanto reacio se acercó a la reja. La cara del viejo estaba surcada de arrugas; la nariz, más bien larga, se alzaba bajo un par de ojos de intenso color azul que lo escrutaban con interés. La frente, amplia, muy amplia a decir verdad, se afirmaba en un par de espesas cejas canas que se alzaron a medida que el médico se acercaba a los barrotes, para mostrar algún leve encanto de una faz que, a ratos, parecía inexpresiva; vacía.

- ¿De qué rosas me habla?, preguntó el médico.

- ¿Es que no las ves, joven doctor?

Ernesto, sin darse cuenta, miró a su alrededor; el acto le pareció una locura, pero se dio una vuelta en redondo y con ambos brazos extendidos y dibujando en su rostro una expresión de sorpresa, exclamó:

- No me había dado cuenta.

- ¿Y es que siempre pasas por la vida sin reparar en lo que te rodea? Yo voy, ahora, a una fiesta; un convite en que las rosas festejan al amor. Por eso me he vestido de frac; no me ves el sombrero de copa, porque lo he guardado para usarlo cuando sea el momento de salir.

- ¿Y sus guantes?

- ¡Ah!, tienes razón. Los tengo en la chaqueta. Comprenderás que para darte la mano no puedo tenerla cubierta. Y diciendo esto, sacó su brazo y ofreció la mano al médico.

Ernesto titubeó. Por instantes pensó en el peligro al que podría exponerse si el personaje que le hablaba, preso del delirio, lo atrapaba y después de eso le sucedía cualquier cosa. Sin embargo, ayudándose de una valentía que distaba de ser suficiente, apretó la mano del viejo del frac.

El hombre mantuvo entre la suya la del médico. Este apreció que el pobre temblaba un poco.

- Debe de ser por la Risperidona, pensó; o por la Olanzapina, o por los antidepresivos, o por el hipertiroidismo o el Parkinson, le dijeron sus conocimientos médicos.

Después de unos instantes, los suficientes para que por un portillo de la valentía le entrara el miedo, el viejo lo soltó.

- Las rosas te lo agradecen, joven doctor, le dijo; eres la primera persona a la que saludo frente a ellas y, por eso, te amarán.

- ¿Y cómo lo sabe?, preguntó Ernesto.

- Porque están lanzando sus pétalos a tus pies, joven doctor.

Ernesto volvió a mirar al suelo; este estaba desnudo, terroso y seco. Algunas piedras sobresalían de su superficie y no había ni una brizna de pasto siquiera.

- Es un esquizofrénico, pensó el doctor Aguilera.

Hizo ademán de retirarse, pero en ese preciso instante el hombre tras los barrotes se inclinó a buscar algo en el suelo. Se irguió tras unos segundos y se puso un sombrero de copa. Y después, con elegancia, se calzó blancos guantes a la par que decía:

- Hace mucho tiempo, joven doctor, mis rosas de ese entonces también me regalaron sus pétalos, pero yo los pisoteé. No hagas lo mismo, porque la vida se encargará de administrarte Risperidona. Y, ¿sabes tú lo que eso produce?

- No, no lo sabes, se contestó a sí mismo, porque crees que es la medicina la que arregla y ordena la vida de los hombres. No, no lo sabes, porque piensas que con los medicamentos se pasan las penas, se enjugan las lágrimas y desaparecen los miedos. Pero, ¡no es así!, gritó y poniéndose a correr sin avanzar, alzó el sombrero de copas y clamaba:

- ¡Joven doctor, tu camino está sembrado de rosas con espinas; no destruyan tus palabras las flores que la vida entregará a tu cuidado y quita las espinas con la dulzura de tu voz!

- ¡Joven doctor, la Risperidona hace que no tengas fuerzas para nada, te hace sentir una sed que el agua es incapaz de calmar; te produce un temblor que se te mete entre los dientes y aunque quieras hacer algunas cosas, no puedes. Te das cuenta de todo lo malo que te sucede en el cuerpo y en la mente, pero no puedes ir contra ello. Te hace indefenso. Y te quedas allí, estacado, mirando al infinito, mientras el delirio y la alucinación te corroen el alma.

- Así me tienen aquí; no creen que haya rosas que me acompañan mientras vivo entre estas rejas. Y, sin embargo, tú las has visto. Sabes que no miento.

- ¡Suspéndeme la Risperidona!

Y repetía con incontenible furia:

- ¡Suspéndeme la Risperidona! ¡Suspéndeme la Risperidona! ¡Suspéndeme la Risperidona!

Ernesto no sabía qué hacer por el momento, pero si el cuadro de excitación pasaba a mayores, y la alucinación o el delirio hacían presa del hombre provocándole una crisis de furia incontenible, sería menester entrar en la celda e inyectarle Clorpromazina. Estaba en estas cavilaciones cuando la voz del viejo lo sacó de ellas:

- Joven doctor, le dijo de pronto el demente, ¿has contemplado esos árboles?

Ernesto se dio vuelta a mirar más lejos. Un centenar de metros más allá se levantaban algunos, flacuchentos e inmóviles árboles contemplando la lejanía, como si estuvieran esperando que apareciera un ser querido que se ha ausentado largamente. A veces una ráfaga de viento los remecía y el follaje murmuraba como si entre ellos se corriera la voz de una noticia.

- Tienen rostro, le dijo el viejo; tienen rostro. ¿Has logrado encontrarles el rostro?

- No, respondió el médico; nunca lo había pensado y, ciertamente, jamás les he visto la cara.

- Joven doctor, todos la tienen; algunos pueden estremecerte por su triste faz y, en otros, descubres que la tienen envejecida y cansada. Los árboles nuevos no la tienen, porque sus troncos son muy delgados, pero los medianos y los de mayor edad, sí que te la muestran. Si te detienes a contemplarlos, te sonreirán, aunque estén tristes, aunque sean viejos; te mostrarán que se alegran de que los veas, porque aman al hombre y le entregan todo lo que son.

Se alejó del lugar el doctor Aguilera prometiéndose investigar la condición de este enfermo con su médico tratante.

Mientras descansaba se le vino a la memoria el viejo de las rosas; tal vez tenía razón. La vida es un inmenso rosal lleno de rosas con espinas.

- ¿Qué representarán las rosas en la cabeza del viejo? ¿Y las espinas?

Recordó sus propios capullos: la casa de su niñez, cuyo patio ostentaba un cerezo, un nogal y dos duraznos; las tardes de invierno hablando con su madre; sus buenos maestros cuando estaba en el colegio.

Se quedó dormido.

La vida hospitalaria fue cobrando mayor vida; las actividades de Ernesto Aguilera le dejaban escaso tiempo y había olvidado por completo el encuentro con el hombre del calabozo.

Una tarde, caminando de vuelta del servicio de urgencia que lo había requerido por una grave complicación de un paciente, iba totalmente abstraído en sus

pensamientos. De pronto, y casi a bocajarro, se encontró frente a la celda del viejo del frac. Recordó que no había preguntado nada acerca de él y se inquietó. En la gayola estaba el viejo, pero esta vez se hallaba prácticamente desnudo. Sólo un calzoncillo sucio cubría sus partes íntimas. Estaba desaseado el hombre; y volvió a sentir el pestilente olor que salía de la pieza con barrotes. Una escudilla en el suelo contenía comida que no había sido tocada por el viejo y, un poco más allá, mostrando sin azoro su contenido, un orinal de aluminio dejaba ver deyecciones.

- ¡Joven doctor!, sintió que lo llamaban.

- Detuvo su tranco apresurado y se acercó a los barrotes: el pobre hombre se encontraba al fondo de la pieza. Estaba de pie.

- ¿Y donde dejó su frac?, preguntó el médico, tratando de salir del incómodo momento. Como el viejo no contestara, volvió a preguntarle:

- ¿Cómo le fue en el festejo de las rosas?

- Yo nací donde se levanta el sol y mis pañales fueron la aurora y el lucero de la mañana. Ella me cubrió con sus besos mientras el lucero jugueteaba entre las nubes rosadas de ese día, respondió el viejo.

- ¿Y las rosas, qué sucedió con las rosas? ¿Y el frac, dónde lo dejó?

- ¿Porqué te importan las rosas, joven doctor? Ellas ya se fueron. ¿No te dejaron sus pétalos tirados a tus pies? Me dijeron que ni siquiera los miraste, se pusieron tristes y no hubo celebración.

- Ernesto calló, pensativo. Un momento después se atrevió a preguntar otra vez:

- ¿Qué hizo usted en la fiesta?

- Me quedé solo con la tarde y, cuando esta me vio sin compañía, descolgó una estrella y me la puso al cuello, para que la llevara siempre y me iluminara.

- Pero una estrella pesa mucho, dijo el médico, ¿cómo puede llevarla?

- Es que también yo fui un astro titilante, respondió; a un astro no le pesa acunar a una estrella.

- Mira, joven doctor, continuó el viejo, tú también serás un astro y cargarás una estrella, porque la medicina te convierte en ser luminoso que consuela a los luceros. ¿Por qué no has venido a verme? ¿Crees que, porque ando andrajoso, no merezco el bálsamo de tu compañía? Ahora me tienen con Quetiapina y esta ha unido fuerzas con la Risperidona y el corazón se me ha detenido porque ambas lo han dejado sin la polea.

- ¿De qué polea me habla?, preguntó Ernesto.

- Pero, joven doctor; el corazón tiene cuerda, una espiral como la de los relojes; la sangre le da cuerda a cada rato para que mantenga siempre su frecuencia de latidos.

La Olanzapina y la Risperidos, por si no lo sabes, actúan juntas impidiendo que la sangre haga su trabajo; entonces, ya sin resorte, el corazón comienza a detenerse.

- Si el corazón se detiene la persona muere, respondió el médico.

- No me refiero a eso, joven doctor; te quiero decir que la interacción medicamentosa puede producirme iatrogenia. Aunque también puedo contarte que hay muchos que no tienen corazón y yo no sé cómo viven.

Ernesto Aguilera fue asaltado por un fugaz pensamiento: ese lenguaje correspondía al de un médico, se dijo. ¿Cómo es posible que este demente maneje estos conceptos?

- ¿Cómo se llama usted? Se atrevió a preguntarle al viejo.

- Perruquí, Perruquet, Perruquitero, Perruquitá, contestó el demente.

Se desalentó el médico y calló.

Pero el viejo volvió a hablar:

- Los astros se apagan, joven doctor; la enfermedad pone mustias a las personas, las vuelve calladas, melancólicas y sombrías; se extingue la luz del lucero. El astro, el médico, tiene una varita que vuelve a encender la candela. Cuando yo era Perruquí aprendí a rezar, estudiar y jugar. Cuando era Perruquet fui capaz de aprender medicina; y como Perruquitero logré hacerme de la varita y, al visitar cuerpos celestes enfermos, pude devolverles la luz. Ahora soy Perruquitá, porque la enfermedad me postró en este calabozo y solamente me dejó el frac para ir de fiesta con las rosas. Desgraciadamente las rosas no son luminosas y tampoco tengo mi varita; pienso que si la tuviera, las haría felices y no morirían deshojadas.

Ernesto pensaba: ¿Cómo siendo médico este hombre puede estar en este lugar? ¿No sabrá su médico tratante quién es este viejo?

Ahora sí que sintió la urgente necesidad de hablar con el psiquiatra tratante.

- No te vayas, joven doctor; tú tienes la varita. Tócame para que yo pueda volver a iluminar.

- No tengo esa varita, respondió el médico; apenas sé medicina.

- ¡Sí; la tienes, la tienes, gritó el viejo, tomándose de los barrotes; la tienes y no quieres tocarme! ¡La tienes, la tienes! Y siguió gritando mientras Ernesto escapaba del lugar.

Al día siguiente el doctor Aguilera se dio a la tarea de ubicar al médico especialista que trataba al viejo del calabozo. Cuando, por fin, lo logró, se encontró frente a un hombre en la cuarentena, más bien obeso, de rostro pletórico, poco afable y vanidoso. Lo hizo esperar antes de recibirlo en su box de atención hospitalaria.

- Soy el doctor Ernesto Aguilera y trabajo en el Servicio de Medicina, le dijo. No bien había terminado de hablar, el especialista exclamó:

- ¡Usted es el nuevo doctor!. Espero que ahora el servicio ande mejor, porque allí se cometen muchos errores. Se lo esperaba, doctor, continuó, y existen grandes esperanzas en su cometido. ¿En qué puedo ayudarlo?

No esperaba Aguilera, semejante recepción. Creyó sentir, a pesar de todo, un dejo de desprecio de parte de su interlocutor. De todas formas, decidió cumplir lo que se había propuesto y, sin mediar mayor prólogo, le dijo:

- En el último patio del hospital hay una especie de celda donde está confinado un demente. Lo he hallado repetidamente en deplorables condiciones de higiene tanto en lo personal como en su entorno. En dos oportunidades he logrado establecer algún diálogo con él y tengo la sospecha de que es un médico. Un poco preocupado por su estado, he venido a solicitarle alguna información acerca de él y preguntarle si puedo servirle a usted y a él, en algo.

Hugo De la Martina miró al novel profesional y, sin levantarse de su escritorio, comenzó a hojear algunas carpetas que tenía al alcance de la mano. Se detuvo en una de ellas, la abrió y comenzó a leer su contenido en voz alta:

- Patricio Samaniego Benavente, 75 años, paciente trasladado desde Faja Larga por un cuadro de esquizofrenia florida, con delirios y alucinaciones y gran agresividad. Es especialista en medicina intensiva, especialidad que dejó a los 40 años por una primera crisis. Es casado, tiene un hijo de 55 años y su esposa es abogada. Desde que llegó a este hospital no ha tenido visitas de familiares ni amigos y su conducta, a pesar del uso de dosis altas de psicotrópicos, se mantiene muy agresiva. De hecho, persiguió a otro médico blandiendo un cuchillo y a duras penas logramos reducirlo. Por razones de seguridad de nuestro personal se lo confinó en dicha celda que, hasta donde sé, depende del Servicio de Medicina y es el personal de apoyo médico el que le lleva su comida, hace el aseo y le administra el tratamiento. Yo, en mi calidad de especialista lo evalué una vez a la semana.

Terminando la lectura, y con un ademán cargado de aspereza y antipatía, lanzó la ficha médica al doctor Aguilera.

Ernesto estaba de una pieza.

- Perdón, doctor, le dijo a De la Martina; le agradezco haberme recibido. ¿Puedo revisar la ficha clínica y al paciente?

- Por mí no hay ningún inconveniente, pero debe solicitar permiso a la dirección del hospital para lo que usted desea, dijo el psiquiatra.

Ya que estaba en estos trámites, Ernesto Aguilera acudió a la dirección del hospital para obtener dicha autorización.

- Nunca más lo vimos por aquí, doctor, dijo Carolina, la secretaria del director del hospital, a modo de cálida recepción.

- Tengo mucho trabajo, Carolina; si fuera por mí, ya habría vuelto a saludarla, pero a la hora que me voy a casa, esta oficina está cerrada y a oscuras.

La muchacha sonrió y no contestó la sutil insinuación del joven doctor, pero se levantó para avisarle a su jefe la visita que había llegado. Raúl Briones estaba desocupado; a pesar de ello consideró molesto ser interrumpido y con un mohín de desagrado le indicó a Carolina que hiciera pasar al inoportuno.

Después de un saludo protocolar, Ernesto Aguilera solicitó el permiso para evaluar y, eventualmente, tener injerencia en el tratamiento del hombre del calabozo.

- No conviene que un paciente tenga dos médicos tratantes, como usted sabe doctor, dijo Raúl Briones; más aún, si le digo que este hombre está en problemas con la justicia, toda vez que atacó a un médico con un arma blanca hace pocos días, y casi mata a su hijo hace 10 años. De todas maneras, para no ser poco deferente con usted, le autorizo a revisar la ficha médica y venir a conversar conmigo si obtiene algo nuevo con su trabajo.

Terminada la entrevista, Aguilera se dirigió con decidido paso al lugar donde se hallaba Carolina.

- Necesito tu ayuda, le dijo a la joven; ¿podrías conseguirme una fotocopia de la ficha clínica del doctor Patricio Samaniego Benavente que está hospitalizado en la celda que ...

- Existe prohibición de eso, doctor, le interrumpió Carolina, en voz baja.

Con un espontáneo ademán, Ernesto cogió las manos de la muchacha y le susurró:

- Te lo ruego, hazme ese favor. No te meteré en líos. Piénsalo y llámame. Es muy importante ese documento para mí. Te lo ruego, consígueme esa fotocopia.

Carolina lo miró con simpatía. Iba a decir algo más, pero Ernesto se llevó el índice a los labios en señal de guardar silencio y se retiró del lugar.

Terminada su labor del día, el doctor Aguilera volvió a acercarse a la celda. El hombre estaba hablando solo repitiendo sin cesar: Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período. Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período. Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período.

Cuando sintió que Ernesto se acercaba lo miró a los ojos fijamente.

- ¿Recuerdas eso, joven doctor? Son las características que se deben inquirir para singularizar un dolor o cualquier síntoma. Es lo primero que se aprende en Semiólogía. ¿Te lo enseñaron?

- ¿Y cómo lo sabe usted, doctor?, se atrevió a preguntar Ernesto.
- ¡No me llames doctor! gritó el anciano; los doctores son orgullosos y altaneros, están llenos de vanidad. Yo soy médico; apenas soy médico, continuó diciendo, pero ahora entre sollozos.

Y volviendo el rostro, como si se avergonzara de sus lágrimas, continuó:

- Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período. Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período.
- ¿Dónde trabajaba usted?, le preguntó Ernesto, interrumpiendo el monólogo repetitivo y monótono del viejo.

- ¿A quién le preguntas, joven doctor: a Perruquí, a Perruquet a Perruquitero o a Perruquitá?, porque aquí están todos para responder tu pregunta.

Ernesto se quedó de una pieza. No supo responder de inmediato; pero de pronto se las ingenió y dirigiéndose con seriedad al viejo, le dijo:

- Dime, Perruquí, ¿qué diferencia a un doctor de un médico?
- La simpleza y humildad de un niño es la que detenta el médico, respondió Perruquí.
- ¿Y qué dices tú, Perruquet, volvió a preguntar el joven doctor.
- Aprender para servir a los demás es propio del médico; los doctores a veces se quedan con lo que saben esperando buenas oportunidades.

Aunque Ernesto sabía que estaba dialogando con un demente y comprendía que estaba entrando en el escenario mismo del desvarío, insistió:

- Dime, Perruquitero, ¿cómo puedes diferenciar un doctor de un médico?
- Es muy fácil, respondió el viejo en su naturaleza de Perruquitero: el médico tiene una varita que devuelve la luz a los astros enfermos, y no les cambia el cuerpo ni el brillo. La varita del médico ilumina al individuo.

Se inquietó al idear conversar con la cuarta “persona” del loco del calabozo. Pero, en su ayuda vino el propio Perruquitá:

- No me preguntes nada a mí, joven doctor; estoy en este calabozo porque me creen demente. Por ratos, creo que lo estoy, pero otras veces pienso que no lo soy, porque me enfermé con el arsénico que había en el lugar en donde trabajaba, y los remedios que me dieron hicieron el resto; las drogas me sumieron en un sopor delirioso con sueños fantasmagóricos que me dan terror. Y este terror, que se expresa con angustia, tratan de aliviarlo con psicotrópicos que me vuelven un autómatas sin voluntad, que observa y comprende lo que me está sucediendo, pero es incapaz de corregirlo.

Y siguió hablando:

- Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período. Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período. De este redundante lenguaje, no volvió a salir el viejo que, asido de los barrotes movía los labios y pronunciaba palabras, pero su rostro parecía vacío.

A pesar de estar extrañado por esta secuencia que recitaba el viejo, Ernesto esperó; sabía que, en algún momento cesaría la cantinela.

Y así fue, y en ese instante se atrevió a preguntarle:

- ¿Qué significa localización, intensidad, irradiación, etcétera.?
- Etcétera no, nunca etcétera. Te convertirás en dios, exclamó el orate.
- ¿Es un conjuro eso que recita?
- Sí; si logras recitarlo con cada enfermo, si puedes tenerlo profundo en tu corazón, si no te avergüenzas de él, este sortilegio te protegerá de la soberbia de ser dios, respondió el hombre de la celda.

- El médico nunca será Dios, replicó Ernesto.

- No, joven doctor; el médico que no pronuncia este conjuro se convierte en dios y la medicina abomina de los dioses. Apenas ella se da cuenta de que su amado médico se convierte en divinidad, lo hunde en el infierno del error y en él, lo condena a ver cómo se muere su enfermo a causa de su desacierto y descuido profesional; porque ese conjuro es lo único importante para encontrar una enfermedad, para localizar un dolor, para evitar la equivocación. Comprenderás que si el médico tiene este desliz, ¡zas!, la muerte viene para el paciente y la vergüenza, el oprobio y el dolor por el error cometido, hacen presa del médico-dios. Es cierto lo que te digo, joven doctor; es cierto. Y también es verdad que, por ser un sortilegio tan básico, tan humilde, tan sencillo, el médico olvida valerse de él. Cuando no lo usa, de inmediato la soberbia le pone el manto de rey y la corona de dios y en un abrir y cerrar de ojos, el yerro pasa a convertirse en su cetro. Así como el rey Midas con su bastón convertía todo en oro, el médico con su cayado divino convertirá todo en muerte. ¡No lo olvides!

- Pero usted sabe que hay tanto adelanto, tanta tecnología, tanto medio para encontrar la enfermedad sin usar ese conjuro, se atrevió a protestar Ernesto.

El viejo de la celda guardó silencio.

Pasó un rato, quizá si una larga pausa.

Siguió el silencio.

Ernesto trató de irse; parecía haber terminado el evento.

- Perruquitero se olvidó de rezar; Perruquitá está contento.
- ¿Y qué tiene que ver eso con lo que conversábamos? Preguntó Aguilera.
- ¡Ah!, es que si rezas te conviertes en niño y los niños no desean ser dioses. Ellos saben que son pequeños, débiles, frágiles e ignorantes.
- ¿Y?
- Es que el sortilegio, al igual que lo hace la plegaria, te convierte en niño.
- ¿Y?
- ¿Y qué?, preguntó el viejo.
- ¿Y qué pasa si el doctor se convierte en niño al pronunciar el conjuro?
- La enfermedad no lo engaña, dijo el viejo; la enfermedad nunca engaña a un niño; ella, únicamente desea hacer tropezar a los dioses.

El viejo médico enfermo se acercó un poco más a la reja; miró hacia la lejanía. Tenía las pupilas sin vida. La expresión de su rostro, bruscamente cambió por una de infinita tristeza.

- Perruquitero rezaba, dijo, en voz más baja; muchas veces, mientras examinaba a su enfermo musitaba una plegaria. Anda tú, joven doctor, a saber por qué. Quizá si, en ocasiones, era por el enfermo que tenía a su cuidado, por su dolor, por el mal pronóstico de la enfermedad o por su pobreza. Otras veces rezaba por sí mismo, porque se daba cuenta del solemne e imponente momento que vivía. Y no era para menos: alguien le entregaba su tesoro máspreciado, su cuerpo enfermo, a su cuidado profesional y, frente a esa inmensidad material y espiritual, se encontraba frágil como para asumirla, débil para cuidarla e indigno de dirigirla.

- Rezaba, murmuró. Comprendía la grandeza del hombre, de su humana condición. Y se arrodillaba para poder auscultar el corazón o palpar el abdomen. Pero, después de unos años, de tanto ir y venir por los senderos del dolor y de la necesidad, todo le fue pareciendo rutinario; se le enfrió el corazón y se le volvió de piedra.

- El corazón de piedra no reza, continuó.

- ¿Sabías que las piedras rezan? Si las miras con detención descubrirás que tienen una expresión que no me atrevo a llamar rostro, pero tienen un semblante; parecen dar testimonio. Ellas viven mirando al cielo, en permanente oración, y sufren el desprecio de la gente sin decir palabra alguna. Ellas son sabias; contienen información de siglos, saben lo que ha sucedido con el tiempo y comprenden que no es necesario apurarse para nada ni desear con fuerza alguna cosa, porque todo llega a su tiempo, si la vida así lo quiere. Pero si el acaecer de los infinitos momentos no lo estima, nada sucederá, aunque te afanes.

El viejo continuó hablando:

- Las piedras tienen recuerdos, joven doctor, igual que el hombre; pero a diferencia de éste, si muestran su pasado, se destruyen, porque el ayer, es la piedra misma, el pasado hecho materia. El ser humano, en cambio, cuando recuerda no se destruye, pero se entristece. Para la piedra el pasado es ella; no tiene sentimientos, la roca es un espejo que refleja acontecimientos; el ser humano, sin embargo, si bien acarrea su antaño, cuando abre el morral de sus reminiscencias se detiene frente al vidrio de un escaparate lleno de acontecimientos, y aunque no lo quiera, lo contempla con el sesgo de sus propios sentimientos que son como el vaho que deja el aliento, cuando el rostro del hombre se acerca mucho al cristal de la vidriera donde moran los recuerdos.

- Pero, hay diferencias cuando el hombre y la piedra quieren recordar, continuó el orate; la piedra tiene sus remembranzas ordenadas en capas apuestas una sobre otra en un orden extraordinario; pero, cuando el ser humano echa mano de su pasado y busca en él alguna evocación particular, en el preciso instante en que se introduce al armario de la memoria, desordena lo que allí hay y va perdiendo cada vez más la posibilidad de encontrar lo que buscaba. A veces, pasan algunos días sin poder obtener el dato que se deseaba hallar y, de repente, sin proponérselo siquiera, recuerda claro y conciso aquello que no pudo horas o días atrás.

Ernesto se atrevió a preguntar:

- ¿Por qué se le heló el corazón a Perruquitero?

- No dije que se le heló, expresó el viejo, dije que se le puso gélido como el frío de una piedra. Si se le hubiera helado, se habría podido entibiar en algún momento, pero si el frío es de piedra, no tiene vuelta atrás.

- Pero, replicó Ernesto, ¿por qué se le congeló?

- Porque la medicina, cuando seduce al médico, lo incita a fascinarse consigo mismo; le muestra el conocimiento como si se tratara de un elixir que otorga poder. Y si lo bebe, instantáneamente el médico se derrumbará engañado por la misma medicina y esta le quitará su apoyo. Es un misterio ser médico como es un enigma la propia medicina. Si no estás atraído por ella, si ella llega a sospechar que no eres su enamorado, se cela y te destroza.

- Y dejas de rezar.

- Perruquí muchas veces le susurró a Perruquitero que rezara, pero este no lo escuchó. Ahora, ahora que Perruquitá se ha enseñoreado del cuerpo y del alma, junto con robarme la memoria y la dignidad, me robó también las oraciones. Y ya no sé cómo rezar.

- ¿Quieres rezar conmigo, joven doctor, para que yo pueda recordar con tu plegaria mis oraciones?

El doctor Ernesto Aguilera hacía mucho que había dejado de orar. Poco a poco fue consintiendo la idea de que los rezos eran patrañas. Pero, se conmovió por la solicitud del viejo de la celda, se acercó a él y juntos, de pie, uno a cada lado de los barrotes comenzaron a rezar. El viejo repetía las palabras de Ernesto. A medida que fueron transcurriendo las preces, el viejo se fue poniendo de rodillas. El viejo de la celda, cuando pronunció el “Hágase Tu voluntad” del Padre Nuestro estalló en llanto, y Ernesto se fue volviendo niño.

De súbito, el orate gritó:

- Déjame, joven doctor; están golpeando a mi puerta; es Perruquitá . Debo abrirle.
- ¡Qué sorpresa!, exclamó; son los cuatro que vienen a visitarme: Perruquí con su camioncito bermejo que le dejó el Viejo Pascual una noche de navidad; Perruquet cargado con sus libros de medicina y con las fantasías juveniles; Perruquitero vestido de doctor mostrando orgulloso su estetoscopio y Perruquitá, viejo, enclenque y con la salud comprometida.
- ¿Y a qué vienen ahora?, preguntó Ernesto con tono irónico.
- Me vienen a enseñar, dijeron, porque creen que a mí se me olvidó lo que es la enfermedad.
- Es que la enfermedad es solamente un trastorno en la fisiología del cuerpo, doctor, expresó Ernesto, dando a su frase un acento de interpelación.
- No, joven doctor; Perruquí dice que la enfermedad es un ladrón que le robó su juguete y lo dejó lleno de tristeza; Perruquet, en cambio, indica que la enfermedad es un desorden que corroe el cuerpo y ensombrece el alma; Perruquitero, a su vez, manifiesta que el morbo es una alteración de la salud que puede ser curada o aliviada con diferentes medios terapéuticos y Perruquitá se ríe.
- Se ríe, ¿de qué?, preguntó Ernesto.
- Se burla de ti en tu calidad de médico y de mí en mi condición de enfermo, porque afirma que nunca se logrará saber qué es realmente una enfermedad; así como asegura que jamás se conseguirá conocer la muerte en su intimidad.
- Perruquitá lo engaña, doctor, dijo Ernesto; la enfermedad, cuando aparece, se comporta como el deshielo: primero aparece, en medio de un día soleado, un hilillo de agua que baja alegre y retozón por las laderas del cuerpo; después, con el correr de las horas o de los días, el caudal crece y se oye el ruido que produce en su carrera hacia la muerte; y después, es un torrente que arrastra y destruye todo lo que encuentra a su paso, hasta dejar flotando en las hondonadas del alma, lo que alguna vez fue valioso para el enfermo.
- La enfermedad, dice Perruquitero, expresó el viejo doctor del calabozo, es un maestro que, blandiendo el látigo del dolor, reordena el rebaño de eventos, cosas,

sentimientos y deseos que conforma la vida de cada persona. Con el garrote del dolor hace trizas las quimeras; con la vara asigna su lugar a las cosas ubicándolas al final del desfile de sucesos que componen una existencia; azota los deseos hasta convertirlos sólo en el ansia de sanar y desfigura los eventos de la existencia llenándolos de una pátina de tristeza.

- Se sonríe Perruquitá, dijo el viejo doctor. Se sonríe, porque dice que no es cierto lo que acabas de expresar; asegura, en cambio, que la enfermedad es un yunque donde se prueba el alma cuando el cuerpo está convertido en brasas por el fuego de una afección patológica. Dice que es allí donde se prueba el temple, allí donde el dolor se hace carne y la carne comienza a caminar por las sendas del alma.

- Todos me están cantando, continuó diciendo el doctor loco; han hecho un coro y me declaran paciente, me insisten en que ya dejé de ser médico, porque estoy viejo y achacoso. Escucha, joven doctor; cantan a voz en cuello que la medicina es una diosa que sólo yace con la juventud; que huye del cerebro del médico viejo. Pero, no es cierto lo que me cantan, te lo aseguro, porque yo aún la tengo conmigo, en la mente, en el corazón, en el alma. La tienen mis ojos cuando observo a las personas y soy capaz de descubrir el sufrimiento en sus miradas; puedo señalar las causas por las que cojean y revelar el por qué tienen la respiración fatigosa.

- No, joven doctor, llevo la medicina en mi cuerpo, corre por mis venas, se asoma por mi piel y tengo llena la boca de su extraño lenguaje: disnea, singulto, arritmia, angina, glicemia, porfiria, causalgia, hemólisis, anemia, litiasis, ictericia, fiebre. Disnea, singulto, arritmia, angina, glicemia, porfiria, causalgia, hemólisis, anemia, litiasis, ictericia, fiebre. Disnea, singulto, arritmia, angina, glicemia, porfiria, causalgia, hemólisis, anemia, litiasis, ictericia, fiebre. Y mientras repetía estas letanías, levantaba los brazos hacia el cielo y parecía correr sin moverse del sitio en que estaba parado.

Desde aquella tarde, Aguilera no estuvo tranquilo. Varias veces visitó al director del hospital para solicitarle el cambio del paciente a un lugar más adecuado en el hospital, pero siempre recibió la misma respuesta: es muy agresivo; se encuentra bajo la jurisdicción de los tribunales. Nada podemos hacer.

- Pero, doctor Briones, le dijo un día, él es un colega, un hermano de profesión; no puede seguir en tan paupérrimas e inclementes condiciones. Debo decirle que ya revisé la ficha clínica del doctor Samaniego y creo fervientemente que tiene una demencia por arsenicismo crónico debido a la ingesta de agua contaminada. Lo veo tan comprometido físicamente, que lo más probable es que se esté complicando por un cáncer, como se describe por lo demás, en pacientes aquejados de esa enfermedad.

- Nada me ha dicho el especialista a cargo de Samaniego, respondió Briones; es posible que su juventud le esté pasando la cuenta doctor Aguilera. Para los médicos

jóvenes todo parece ser patológico cuando se enfrentan a un paciente, y se llenan de preocupación a sí mismos y cargan de angustia a la familia de los pacientes sin motivo para ello.

Meses atrás Carolina le había conseguido la fotocopia de la ficha. En esta, por cierto, no había estudio alguno que permitiera culpar al arsénico como causante de la demencia. Era importante, por otra parte, exculpar al paciente de los delitos que se le atribuían dañando su honra. El joven doctor se puso a la tarea de recabar todo antecedente que pudiera ayudarlo en este cometido, y a practicar las exploraciones de laboratorio pertinentes, todo lo cual era muy engorroso y requería tiempo.

Teniendo esto en la mente, decidió volver a visitar al médico del calabozo. Cuando llegó, el lugar estaba peor que antes; la comida tirada por el suelo, la escudilla dentro del recipiente de la orina. El jergón se hallaba desordenado y sucio y la fetidez ambiente era insufrible.

Molesto, porque habitualmente el pobre orate vivía en estas condiciones, decidió hacer él mismo la limpieza. Consiguió escobas, balde con agua y trapero. En un dos por tres la pieza-celda estaba limpia.

El viejo, sentado en su jergón, con las piernas dobladas hacia el pecho y los codos afirmados en las rodillas, sostenía su cabeza entre sus manos. Miraba silencioso el trabajo de Ernesto.

- Fue Perruquí quien desordenó todo, dijo. Por lo demás, así es la vida, joven doctor; el hombre vive en el desorden de su existencia, no nota los excrementos con los que alterna su conducta ordinaria, y habita tras los barrotes de sus propios límites. El hombre es un preso de sí mismo y, por eso, cree que así debe ser la vida de los demás. Haciéndose eco de tal desvarío, se empeña en que sus congéneres vivan igual y les construye las respectivas celdas. Y cuando todos ya conforman una aldea de calabozos, gritan por la libertad. Los hombres, joven doctor, no saben lo que hacen. Ni siquiera saben que son libres y que pueden irse adónde quieran aunque vivan entre barrotes. Son como Perruquí: hacen berrinches persiguiendo independencia y golpean los barrotes para hacerse oír. Tampoco saben que estos son sus propias desventuras e infortunios que al golpearlas, sólo aumentan el grosor de la barra, de la reja misma, y la hacen cada vez más infranqueable. Lo que ignoran es que las rejas se abren fácil con el amor, la comprensión, el desprendimiento. Se olvidan que el llanto ahonda la pena.

- ¿Está bien, doctor?, le preguntó Ernesto.

- ¿Por qué me lo preguntas?

- Porque lo veo sosteniendo la cabeza entre sus manos, como si tuviera alguna necesidad, alguna preocupación, respondió Ernesto.

- Sólo cavilaba en la escoba y el traperero; ambos dejan todo reluciente; cooperan con la belleza y la salud y no se dan cuenta del valor de aquello. Igual que los hombres, joven doctor, que son valiosos por sí mismos, por el sólo hecho de ser humanos, y no estiman para nada su importancia; como no se consideran valiosos, tampoco valoran a su semejante y tratan, a toda costa, de marginarlo. Pero, Perruqitá se ocupa de que eso no suceda: la enfermedad hace a los hombres iguales en la necesidad de mejorarse, en tanto que su ayudante, la muerte, los iguala en el silencio. Una lección, pienso, yo; el hombre, si reflexionara, y viera al otro con consideración y cortesía, hace muchos siglos que ya habría traspasado los barrotes de su celda.

De pronto, el viejo médico demente se quedó absorto mirando hacia arriba; estaba embelesado.

- Mira, joven doctor, dijo después de un rato; allá lejos, la luna se está empinando sobre las copas de los cipreses, mientras el lucero de la tarde juega entre sus ramas. Es que la luna es como una cortesana, coquetea con las cimas nevadas vistiéndolas con estolas de plata y retoza sobre las aguas del estero engalanándolo con aros refulgentes de luz. Pero es sólo por instantes que duran un suspiro, porque el tiempo, con sus largos brazos de momentos e intervalos, echa en su talega de otoños y veranos, todo lo que encuentra a su paso. El tiempo ya debe estar espiándote, joven doctor; es un farsante y charlatán, un simulador empedernido que tiene en sus manos una acuarela y en sus bolsillos un frasco con barniz. Con la acuarela, y sin apuro, va pintando de níveos tus cabellos al tiempo que con el barniz, te pone pátina en la piel. Así te distrae para que no repares en que su mirada penetra hasta tu cerebro buscando el armario de tu memoria y, una vez que lo encuentra, envía allí a los días, que son sus prisioneros, para que, igual que un rebaño de furiosos toros, pisoteen tu añoranza. Una vez sin esta, ya puede seguir con su barniz, opacando el fulgor de tus ojos; y ahora, preso tu cuerpo de la vejez, te convierta en un pequeño al se debe encaminar a todos lados. Es que sin tus recuerdos, te quedas en el regazo de la soledad y en las mazmorras del silencio.

- Una vez allí, continuó, aparecen las horas que son los lacayos del tiempo y estas estropean tus aberturas y por ellas, en medio de un pavoroso mutismo, se escurren los pis. Si te gustaba usar perfumes, el tiempo te regala el aroma del amonio; y si te complacía tu pantalón bien planchado, el tiempo, convertido en ocasión, te obliga a vivir con el pantalón arrugado, manchado y maloliente. Pero es aún más cruel: te devuelve el traje de etiqueta, la libido, que te obliga a perseguir incluso a tus hijas para llevarlas al tálamo, lugar al cual, si por piedad de una mujer, llegas, el tiempo se da maña para reírse de ti en el mismo instante en que descubres con pavor, que no puedes alcanzar tu cometido, porque tus genitales carecen, ya, de vigor.

El viejo volvió a callar.

El doctor Aguilera, aprovechando estos momentos que le parecieron de gran lucidez en su paciente, decidió penetrar un poco en la mente del viejo para tener más armas para cambiar el tratamiento. Con gran soltura le preguntó:

- ¿Cuáles son sus barrotes, doctor?.

- No tengo rejas que me apresen, joven doctor; yo salgo cuando quiero. Juego con Perruquí, reflexiono con Perruquet, ayudo de la mano con Perruquitero, y no pienso en Perruquitá, porque el pensamiento hace que Perruquitá encabrite los corceles del dolor y aniquile al cuerpo con la metralla de la enfermedad.

- En la tarde atiendo las cuitas de las rosas, en la noche me paseo entre las estrellas; converso con los árboles cercanos, vuelo con el viento hacia el ocaso y contemplo la ciudad desde el balcón de la alborada. A veces bebo de las copas del rocío abro las puertas del silencio, para que pueda entrar la noche y el sueño cavile cómo hacer feliz al hombre. Pero, cuando estoy con Perruquitero y tengo la varita, me asalta la felicidad de hacer huir a Perruquitá, mientras recibo el aplauso de las rosas rojas.

El viejo guardó silencio; sus ojos se posaron en el rostro de Ernesto y la mirada pareció querer llegar hasta el alma del joven doctor. Algo incómodo por sentirse observado, Ernesto preguntó:

- ¿En qué piensa, doctor?

- En que ya tienes ganas de irte; pienso que andas corriendo todo el día, como si de ello dependiera tu vida misma. ¿Por qué vives tan aprisa, joven doctor?

- Es que tengo mucho trabajo, respondió Ernesto, dándole a su voz un tono de sutil queja. Usted sabe lo mucho que debe afanarse el médico; tiene llena la cabeza con los problemas de todo el mundo que lo rodea y se siente con la responsabilidad de dar respuesta a cuánto pueda sucederle a los demás.

- ¿Y no le dejas nada de trabajo a Dios?, preguntó el demente con un dejo de ironía.

- ¡Doctor, exclamó Ernesto, esas son patrañas!; Nietzsche ya afirmó que Dios está muerto. Este es el tiempo del hombre, doctor, insistió Aguilera; es ahora la oportunidad que tiene el ser humano de cumplir sus ambiciones; es ahora el instante en que hombres y mujeres pueden dar rienda suelta a sus sueños, es ahora el momento de vivir sin trabas y ser felices.

- ¿Es que no te sientes feliz con lo que tienes ni con lo que eres?, preguntó el viejo.

- A usted se lo puedo decir, dijo Ernesto; total se va a olvidar de lo que estamos hablando y será como si nunca se lo hubiera dicho a nadie, porque lo que voy a confiarle parece un desvarío: tengo un deseo sin límites, unos sueños sin contenciones, una especie de orden de gozar y satisfacer todos mis anhelos. Trabajo para eso y he satisfecho muchos de esos sentires, pero sigo con el alma vacía, como si esta fuera

un saco sin fondo en donde todo lo que se guarda en ella se escapara hacia la nada.

- ¡No me digas que también estás enfermo!, exclamó el doctor orate.

- ¿Por qué me pregunta eso?, replicó con extrañeza Ernesto.

- Porque creo que te has infectado de “felicismo”, contestó el viejo.

- ¿Y qué es eso?

- Es la búsqueda del placer, del confort individualista, aunque ello vaya en detrimento del semejante. Es como volver a ser niño y querer tener todas las canicas del mundo. Si logras eso, te quedarás solo; no habrá quién pueda jugar contigo y, en ese mismo instante, te sentirás vacío. Es decir, te apresarán las canicas, te rodearán, y no permitirán que ejerzas el amor, porque serán ellas tus barrotes. La única forma en la cual puedes amar y ser amado es estando desnudo de ti mismo: cuando no quieres nada para ti puedes regalar el mundo entero al ser amado; y cuando otro te vea en pelotas y te ame a pesar de ello, sentirás que, verdaderamente eres amado por lo que eres y no por lo que tienes. Tus canicas pueden irse a la mierda.

El silencio volvió para envolver al joven y al viejo, como si fuera una tierna institutriz. El silencio se prolongó como el sonido se hace infinito en el eco.

- Necesitas resucitar a Dios, dijo el viejo, después de un largo rato; necesitas la misericordia contigo y con los demás. Deja ya de desear tanta canica, no juntes cosas, no ambiciones, porque estarás robándole a otro; la ambición y el deseo te convierten en ladrón. Eso no te lo han dicho los gobiernos, las universidades ni las iglesias, porque también están infectados y temen que si embistes contra ellos por decirte lo contrario, también perderán las pocas canicas que con los siglos han ganado. Porque, no me digas que posee algo quien desea, ya que el que anhela es pobre por definición.

En una oportunidad, el doctor Aguilera debió ausentarse de su trabajo hospitalario, porque se le envió en comisión de servicio a otra localidad. Antes de partir, pidió a Carolina que, de vez en cuando, fuera a visitar al doctor.

La joven temía encontrarse con el viejo; de la locura se dicen muchas cosas y, obviamente, ella las creía todas. Ciertamente, si la palabra demencia originaba temor y recelo, el vocablo esquizofrenia causaba miedo y sobresalto. Un día, Carolina decidió ir a visitar al viejo médico. No quería desilusionar a Ernesto, con quien había iniciado una muy grata relación.

Esperó terminar su trabajo en la secretaría de la dirección y se adentró hacia el patio posterior del hospital.

Sin habérselo propuesto comenzó a caminar en puntillas para no hacer ruido. Sin embargo, el viejo ya la había oído y estaba esperándola.

- ¿Quién eres?, preguntó.

- Soy Carolina, señor, amiga del doctor Aguilera y del doctor De la Martina que lo vienen a visitar con frecuencia.

- No necesito médicos, le respondió; yo soy médico y eso me hace autosuficiente.

- Pero creí que necesitaba compañía, respondió Carolina.

- No tengo mi traje de etiqueta, jovencita; es muy importante tenerlo, porque con él se puede dominar al mundo.

- Me dijeron que usted tenía uno, dijo la joven, moviéndose, un poco más decidida.

Su traje, de un color rojo muy encendido, hacía juego luminoso con su negra cabellera; y su talle, a ratos provocativo y carnal, le daban un aire sensual.

- No me has entendido, jovencita; el traje de etiqueta es la libido ligada íntimamente con la potencia sexual. Ella es la fuerza que lanza al hombre a épicas acciones y lo eleva, a veces, a la heroicidad. Con la libido puedes alternar con las mujeres sabiendo que todas pueden caer a tus pies. Pero, si no la tienes, pasas a ser como los bueyes: sirves para el trabajo monótono y sin sentido, pero no puedes admirar las vacas del potrero contiguo, saltar las cercas y alambradas y hacerte de las que quieras. La libido te hace esclavo de la hembra, y esta lo sabe. Por tener libido la acechas todo el día, te esfuerzas para agradarla y corres tras el poder, porque sabes que así puedes satisfacer el instinto, ese que te hace desearlas más que a nada.

- Y la hembra lo sabe; y hace que te arrastres a sus pies hasta que satisfagas sus caprichos. Una vez halagada te dará el premio: un entreabrir de piernas, unos cuantos suspiros y ¡héte allí!, preso de uno pechos que, crees, suspiran por ti. Todo ello, sin embargo, que no pasa de ser como el placer fugaz de una comida o el resplandor efímero del rayo, sería muy opaco si no lo aderezara el amor, ese sentimiento que te hace propiedad del ser amado, esclavo de sus ojos, juguete de sus anhelos. El amor no se puede definir, señorita, dijo; pero sí puede decirse que por él se vuelve humilde el ser humano, y que por amor es capaz de sufrir el desdén, la degradación y el escarnio. El amor te hace débil frente al otro, es cierto, pero te da el coraje de asumirlo.

- Yo lo fui. Tuve mi traje de etiqueta y con él conquisté a la hembra que quería, pero ahora, desnudo, ni siquiera tengo mi sombrero de copa para hacerte un pase de magia. La edad y los remedios hicieron un contubernio para robarme mi traje; no te imaginas cómo lo echo de menos. Sin él, vivir es como no ser o es como estar sin existir. Te miro, pero ya no te veo con la desnudez con la que te imaginaría mi deseo; te hablo, pero no tengo la esperanza ni remota de hacerte mía; te oigo, pero ya no escucho lo que me dices, porque sé que no vale la pena recordarte. No puedo salir contigo sin mi traje de etiqueta; sin él no seré capaz de ganar el mundo para ponerlo a tus pies y esperar que, en algún momento, me

ofrezcas tus pechos y me dejes acariciar tu carne. Así es que ¡vete!, ¡vete!, antes de que Perruquitá. llore sin consuelo.

- Pero si aquí no hay nadie más, replicó Carolina, mirando extrañada hacia el interior de la pobre celda.

- Mujer, no me lo discutas: aquí, aquí mismo está Perruquitá. Se metió en mis manos llenándolas de hormigas; se introdujo en mi corazón estrechando sus arterias y provocándome dolor; penetró mis neuronas y me hizo aparecer demente, pero con una demencia cruel que desaparece por ratos para hacer que mi cerebro perciba mi miseria, y que por instantes vuelve para que se me olvide, incluso, que soy humano.

- ¡Vete! ¡Vete ya!; sólo me quedan las rosas que vienen por las tardes a visitar a Perruquitero para que este, con su varita, las llene de luz. Creo que, por instantes, puedo hacer uso de mi varita mágica, pero sólo puedo usarla para tocar mis rosas; yo no tengo posibilidad de que su encanto borre mi enfermedad. Y esta es tan cruel, que tiene a Perruquí cautivo en las cavernas del dolor, de modo que no puedo tener el consuelo de jugar.

Carolina estaba silenciosa, pero hipnotizada; el viejo comenzó a mover sus piernas como si corriera sin avanzar, al tiempo que sus ojos parecían querer salir de sus órbitas para tragarse la tarde que se iba.

De pronto, el viejo doctor se detuvo. Al ver que la joven había puesto sus manos sobre los barrotes de la celda, avanzó hacia ella y las tomó suavemente mientras, con un ademán obsequioso, le dijo:

- Espera, no te vayas.

El viejo entró hacia el fondo de la celda y se encasquetó una pelota roja en la nariz, se puso una peluca de largos cabellos rubios desordenados y un par de zapatos muy grandes con las puntas dobladas hacia arriba. Y así, vestido de payaso, volvió a acercarse a los barrotes.

Carolina no se había movido.

- Muchacha ahora me he convertido en médico.

- ¡No es cierto; se ha vestido de payaso!, exclamó Carolina.

- No, muchacha; me he vestido de médico; no me he equivocado y no te he engañado. El médico frente al dolor no debe sino ser un payaso que haga reír a su enfermo y lo llene de alegría y esperanza.

- La medicina es algo serio; no es posible convertirla en payasada, dijo la mujer.

- Al contrario, dijo el viejo de la celda, me puse mi traje de colores y pintarrajeé mi rostro, porque soy el titiritero del Señor que consuela a sus hijos desmejorados, dolientes y estropeados por la enfermedad. Sólo he dejado libres mi corazón, mi

entendimiento y mi sensatez que harán que mis manos agiten la varita mágica que expulsa al dolor, quita la fiebre y convierte al llanto en sonrisa. Cuando me visto de payaso, ya no importa no tener el traje de etiqueta, ni la enfermedad que repta en el interior, ni el cansancio ni el hambre ni las penas: con mi traje de payaso me convierto en un gran médico, en el saltimbanqui del Señor.

- Y por el rostro del viejo, asomaron los corceles del llanto, las lágrimas.

Carolina estaba sobrecogida. Nunca había pensado que desde las altas cumbres de la medicina, el médico pudiera “bajar” al escenario del dolor convertido en bufón. Era como renunciar a la solemnidad del conocimiento, como desechar como trasto inútil los conocimientos científicos. En verdad, sí que este pobre viejo está loco, cavilaba.

- Sé lo que estás pensando, señorita, le dijo el hombre; pero ser un payaso pre-munido de los valores de la medicina, hace más grande a la profesión, porque el doctor se transforma de majestuoso e imponente profesional que somete, domina y se impone sobre un enfermo, en un compinche del doliente, en un camarada que ayuda a enfrentar al dolor. Es que el doctor-payaso humaniza la ciencia y hace que la bondad y la misericordia parezcan una amplia sonrisa.

- Y si no lo crees, mírame.

En un abrir y cerrar de ojos, corrió hacia el fondo de la celda y con febril apuro buscó algo en una pequeña maleta. Instantes después, volvió a aparecer tras los barrotes. Carolina no sabía si enternecerse o reír con lo que se presentó ante sus ojos: un pierrot de cuyo cuello colgaba brillante y orgulloso, un estetoscopio.

- ¿Ves?, le dijo; este instrumento médico no ha perdido su valor y su significado colgado del cuello de un payaso; y el payaso, en cambio, se ha transformado en un doctor cercano. Se ha impuesto el médico sobre el saltimbanqui, pero este ha hecho que el estetoscopio no produzca temor.

El viejo le pasó el instrumento a Carolina y suavemente la ayudó a ponérselo en las orejas.

La muchacha, a pesar de trabajar en un hospital, jamás había osado tocar un fonendoscopio.

Una vez que este le quedó ajustado para oír, el viejo comenzó a hablarle usando la campana del aparato como si fuera un micrófono. En sus oídos retumbó nítida la voz del hombre:

- Así como me oyes, niña, a través de este artefacto, yo, en mi condición de médico, oigo cómo me hablan el pulmón, el corazón o, incluso, el abdomen y los vasos sanguíneos. Pero, así como me conecta con el interior material del enfermo, mientras estoy inclinado escuchando, el paciente se adhiere a mi corazón; se va convirtiendo en mi otra parte, en esa intangible que no está enferma,- porque el

alma no sufre patologías, - y que quiere desligarse de la enfermedad que esclaviza al cuerpo que la contiene y a la que observa con angustia.

De pronto, el viejo del calabozo miró extrañado a Carolina.

- Doctora, le dijo, hace tiempo que la esperaba. Perruquí no juega y está triste, porque no han venido las rosas de la tarde ni las estrellas se han mirado en los cristales del rocío. Perruquí la esperó tanto, doctora. Mientras la esperaba huyó del dolor que le provocaba su ausencia leyendo libros de amor e imaginándola en preciosas fantasías; pero, aguardando su llegada se durmió en el regazo de la realidad ordinaria, soez y deslenguada que lo convirtió en un hombre malo, agresivo, sarcástico y violento al que hubo que encerrar tras los barrotes de este calabozo. Voy, de inmediato, a buscar a Perruquí; se pondrá feliz al verla.

El hombre volvió al interior de la celda y allí se quedó, mustio, callado y silencioso. Carolina decidió irse.

Mientras se quitaba el estetoscopio para dejarlo en el piso tras las rejas, oyó en un susurro algo así como:

-Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período. Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período.

Iba avanzando hacia la salida, cuando oyó que la llamaban:

- ¡Niña, niña, ven! No te vayas tengo algo que decirte todavía.

Por piedad, Carolina volvió sobre sus pasos y se acercó a la celda. El viejo estaba tras de los barrotes, aun vestido con su ropaje festivo y su nariz roja y abultada. De sus zapatos, uno de ellos asomaba la punta encorvada fuera de la reja. Silencioso, el pobre loco miraba fijo a la chiquilla; con el rostro lleno de pintura y las pupilas vacías, porque el alma del orate se había ido de paseo en el carruaje del delirio.

Carolina se acercó un poco al enrejado. Había decidido escuchar al anciano. De repente, antes de que el loco de la celda dijera algo, una melodía interpretada al piano cruzó el lugar y revoloteó golpeando con sus alas los barrotes; se posó sobre el estetoscopio desmayado en el suelo y se colgó de las ropas del payaso.

- Niña, niña, susurró; hay que perder el miedo de usar las galas del bufón. No hay que temerle a las risas y a las burlas de los otros, porque el polichinela sabe que se reirán de su bondad, de su inocencia. Para ser médico- payaso hay que estar dispuesto a amar, hasta el dolor de parecer imbécil. Es que no hay otra manera de amar y servir. Cuando se ama y se sirve, es preciso saber que, al final, el que ama será engullido.

-¿Y usted, ha amado?, preguntó la muchacha.

- ¿Me lo preguntas a mí?; porque oí que estabas conversando con Perruquitero que se cree doctor; un doctor capaz de resolver cualquier problema; un engreído que se pavonea por considerarse superior a los demás. No, no sigas conversando con él. El no ama a nadie; cree que hace el bien porque receta píldoras; cree que es sabio, porque entiende algunas enfermedades; pero no es así ya que, en verdad, alterna, se relaciona y se comunica con cuerpos, pero no con personas. Ni siquiera entiende, Perruquitero, cómo nace el pensamiento. ¡Pobre Perruquitero!: nunca ha caminado por los senderos del caracol; ni siquiera sabe que este molusco deja una estela brillante tras de sí y que es tan desprendido, inocente y puro, que ese rastro lo deja por igual a amigos y adversarios. No oculta su existencia. Perruquitero no ha dejado huella alguna: se cree médico, pero no le alcanza para tener la estatura de un caracol.

- Yo soy Perruquet.

- Hace muchos años, cuando tenía una veintena, cuando me arrullaba la sonrisa del futuro y los sueños me sumían en el embriagante elixir dorado de la dicha juvenil, te conocí.

Carolina estaba desorientada; el viejo parecía fuera de sí. Su rostro cambiaba por instantes de sombrío a luminoso y parecía confundido. Él no podría haberla conocido, porque cuando el viejo tenía veinte años, ella no era ni un átomo.

Extrañada, por momentos asustada, pero incapaz de moverse del lugar, dijo:

- Usted no me conoce; jamás me ha visto.

- Eres Magdalena, mi Magdalena. No sé por qué me abandonaste. Tú sabes cuánto te quería. Eras lo profundo de mi cielo, la melodía de mi vida y, sin embargo, te sorprendí del brazo con otro. Y en ese momento, cuando te ofrecía todo lo que yo era, cuando soñaba compartir contigo todo lo que la vida me diera, un enorme puñal escindió mi alma y me vi envuelto en la bruma negra de la tristeza, en el zumo de la pena. Y desde entonces, me acompaña Perruquí que me entretiene con sus juegos y con Perruquitero que me consuela con su medicina y con: Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período. Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período. Localización, intensidad, irradiación, carácter, condición agravante, condición atenuante, ritmo y período.

- Con ellas busca dónde se quedó el azul de la ilusión con el que el amor pintarrajeaba la existencia monótona de las horas sin tu amor. Te escribí muchas cartas. Perruquí las hizo avioncitos de papel, y Perruquitero se rio de ellas; pero Perruquitá me las pone ante los ojos y las veo como fantasmas que ríen sin cesar, con carcajadas atronadoras que me aterran.

- ¡Para qué las habré escrito!, se quejó el viejo.

- ¿Y qué sucedió con ellas? Preguntó Carolina, en un afán de volver al demente a la realidad.

- Cuando escribes algo, Magdalena, las palabras, por un misterio insondable, desnudan el alma del que las trazó y se meten en el alma de quien las lee, buscando, como un escarabajo carnívoro, el mejor lugar para alojarse; muerden el corazón y horadan el cerebro; se cargan con emoción y atacan la voluntad. Y en ocasiones, pueden, incluso, causar un desvarío. Las palabras escritas, Magdalena, tienen vida propia y suelen, si no se destruyen, causar por siglos el mismo efecto. Las palabras escritas, Magdalena, abandonan a su dueño, y según el tiempo o la época en que se lean, traicionan, venden o delatan con la misma facilidad con la que elogian o enaltecen.

- No le hagas caso, muchacha, a Perruquet, se quedó enredado entre las celestes gasas de las fantasías o entre las brasas de los anhelos. Conversa conmigo, soy Perruquitá; soy la realidad de la existencia de los muchos que arrastran sus cadenas. Soy el oprobio de los altivos, el refugio de los débiles, la compañía de los desesperados y el amigo de la muerte. Creo que a Perruquet le di una cuota de olvido que lo consuela del dolor que le causaste, y una porción de delirio para que crea aún en lo infinito del alma, único elemento que puede descubrir dónde vive la belleza.

- ¿Escuchas el piano?

Carolina puso atención; nada sonaba.

-No, no escucho nada.

- Pon atención, muchacha, Su melodía juguetea con el tiempo y el ritmo le imprime una fuerza que se convierte en un vendaval, que penetra por tus oídos y llega a la memoria desordenando sus archivos. Estos vuelan de aquí para allá y el cerebro apenas puede leer unos pocos; por momentos, la música serpentea buscando directo el corazón y este se encoge y gime, a veces sin saber por qué; suena junto al piano el violín y rasga el velo de la nostalgia, y la trompeta irrumpe en el escenario del recuerdo.

- Te dan ganas de llorar, de bailar. No sabes ya, qué pensar. Te asalta una turba desordenada de sentires, anhelos, alegrías, sinsabores, palabras, un sosiego infinito o una sensación fugaz de una felicidad indefinible. El trombón, la tuba y los tambores te vuelven bruscamente al presente y, de él, te rescatan de nuevo los violines y el piano, en una calesa tirada por los corceles de la melancolía, hasta que la realidad te vuelve a lo ordinario dando un portazo a los sueños. Estos huyen y te dejan desconsolada; los buscas y no están; y las palabras hermosas que habías conjugado entre verbos y adverbios vestidos de fiesta, en tropel se alejan de tu lado haciendo un ruido insoportable compuesto de silencio.

- ¿No la oyes?

- Mira cómo corren las teclas cargando en su melodioso morral las horas del pasado; siente cómo asciende el sonido hacia las copas de los árboles cautivos; y al pasar el rumor por su follaje, contempla cómo los grillos dejan de acariciar sus violines. Mira, las rosas rojas, encarnadas, con pétalos de terciopelo: al deshojarse con la caricia del tiempo, dejan salir los rayos de sol que habían acunado en sus regazos.

- No te vayas todavía, Magdalena; soy como un perro ciego y eres tú mi lazarillo.

Pocos días después, volvió el doctor Aguilera. Sin perder tiempo, lo primero que hizo fue ir a visitar al especialista encargado del doctor del calabozo.

Como ya había sucedido en otras oportunidades, Ernesto debió esperar para ser recibido por De la Martina. Este, quizá si un tanto más obeso y displicente que en semanas anteriores, no dio muestras de ningún sentimiento al ver a su joven colega. Antes bien, parecía un tanto molesto por ser interrumpido. Ernesto Aguilera, sin embargo, no se amilanó frente a este recibimiento.

- Creo que ya tenemos el diagnóstico exacto del doctor Samaniego, le dijo, con un tono de gran consideración.

De la Martina miró a su colega sin interés; parecía que, dijera lo que dijese, nada cambiaría para el orate enclaustrado en la celda –calabozo del hospital. Empero, para no parecer impertinente le dijo:

- ¿De dónde vienen las nuevas?

- Con permiso de la dirección del hospital saqué muestras de diversos tejidos al doctor Samaniego y estas fueron enviadas a un laboratorio especializado en la capital. Tengo aquí los resultados que acaban de entregarme.

Con indiferencia, De la Martina abrió el sobre conteniendo los resultados de las pruebas de laboratorio. El diagnóstico era claro y conciso: Arsenicismo.

- Pero el arsénico no produce demencia, le replicó De la Martina.

- Como usted sabe, doctor Aguilera, este metal más produce problemas vasculares y tumores, pero no demencia. Este viejo tiene una esquizofrenia florida desencadenada desde hace muchos años por una desilusión amorosa y porque, conduciendo el automóvil de su padre se vio involucrado en un grave accidente en el que falleció su hermano mayor, que lo acompañaba como copiloto. Nuestro paciente, que ya mostraba algunos desórdenes de su personalidad, estuvo detenido e incomunicado por tres días en dependencias de la policía y al salir, la obsesión de ser culpable de homicidio hizo el resto. Es verdad que era médico, que logró conformar un hogar, pero también es cierto que sufrió graves períodos de depresión a lo largo de sus años hasta que, llegado a la cincuentena, debió obedecer el imperio de la ley que no permite que médicos mayores trabajen en unidades de cuidados intensivos. Este hecho,

probablemente, terminó por destrozar su mente. De modo que, si hay elementos de Arsenicismo, estos se engarzan en una enfermedad previa: la esquizofrenia.

- Pero él, en algunos momentos de lucidez, sabe que tiene arsenicismo. Fue lo primero de que me habló, dijo Aguilera.

- Como usted quiera, doctor, respondió De la Martina, pero no hay nada más que hacer.

- Es que la Quetiapina, la Clorpromazina y la Risperidona están haciendo estragos en él, doctor.

- He probado dosis mínimas, varias veces antes de su llegada aquí, doctor, dijo el psiquiatra, pero no fue posible mantenerlo controlado con dosis reducidas; las crisis de delirio y de ira incontrolables fueron el pan de cada día. Llegó a tanto que, muy a mi pesar, hubo que confinarlo. No converse tanto con él, doctor Aguilera; lo único que consigue es encender aún más el desvarío.

- La celda está continuamente sucia, doctor, acusó Aguilera, en un intento por liberar al viejo orate. No puede seguir viviendo en esas condiciones. Eso, además, habla muy mal de nosotros.

- Varias veces el hombre atacó a las auxiliares que iban a limpiarlo y a ordenar su pieza, replicó De la Martina; ahora, poco menos que hay que pedirles por favor que lo hagan, porque esa labor constituye un peligro para sus vidas y eso no es parte de sus obligaciones. Y a propósito de eso mismo, debo ser claro con usted al decirle que si lo hace, como ya sé que otras veces ha sido usted mismo quien ha hecho el aseo de la celda, si lo hace, le insisto, es bajo su absoluta responsabilidad.

Ernesto Aguilera no habló más. Con suave ademán recogió los informes que De la Martina había dejado desordenados sobre su escritorio, los devolvió al sobre en el que venían, y dando un escueto saludo, salió de la oficina del especialista.

Desordenados pensamientos y sentires lo asaltaron; ora sentía desazón y pena ora irritación y resentimiento. Su acción médica era puesta en tela de juicio: si era cercano al paciente, podía ser inconveniente por la enfermedad que este tenía. Si lo limpiaba, estaba criticando con su trabajo el que otros no cumplieran con sus obligaciones con un paciente internado en el hospital. Si le cambiaba la terapia, el paciente desmejoraba y ponía en riesgo al personal hospitalario; y si mantenía las dosis elevadas de cada fármaco, sometía al paciente a un suplicio intolerable. Y lo peor, se dijo, era que había llegado a amar al viejo y, además, y quizá por eso, lo necesitaba.

Estaba desorientado, no sabía cómo actuar.

Ya le habían dicho durante sus estudios médicos, que no se involucrara afectivamente con el enfermo, porque eso le quitaba libertad en sus decisiones y hacía peligroso su accionar terapéutico o de apoyo.

Para mayor dificultad, no sabía cómo tratar a Perruquí, el niño; a Perruquet, el estudiante, y a Perruquitero el médico; y, para colmo de males, Perruquitá, la enfermedad, se burlaba de él.

Entre tantos pensamientos y sentires, se dio cuenta de que parecía que era cierto: no tenía la varita.

Pasaron algunos días de febril actividad hospitalaria que hicieron que no tuviera el tiempo necesario para ir a visitar al viejo médico del calabozo. Una mañana, una auxiliar lo detuvo en su camino hacia el laboratorio central, al que iba en busca de información de uno de los pacientes hospitalizados.

- Doctor Aguilera, el doctor de la celda está esperándolo, expresó la auxiliar. Me dijo que por favor fuera a visitarlo lo más pronto posible. Mientras le hacía el aseo de su pieza, casi ni se movió y estaba muy bien vestido. Comentó que estaba listo para presentarse.

- ¿Dijo algo más?, preguntó extrañado Aguilera.

- No, doctor. No comprendí qué es lo que me quería decir.

Ernesto, un poco a regañadientes se dirigió al patio posterior del hospital. Cuando llegó, la celda relucía y el viejo, vestido con un terno claro, camisa y corbata, estaba sentado en una silla mirando hacia el infinito. Su rostro, generalmente hierático, parecía lleno de vida y los ojos no tenían esa mirada inexpresiva de otras veces.

Se acercó a la reja y dijo:

- Buenos días, doctor. Usted me llamó y aquí estoy para que me diga qué necesita, dijo Ernesto, con una voz mezcla de seriedad y picardía.

- Joven doctor, no te extrañes; soy el doctor Patricio Samaniego de setenta y cinco años de edad, al que sus delirios han abandonado por un tiempo que no puedo calcular. Pero debo aprovechar que estoy sin ellos para contarte algunas cosas.

Ernesto, se hizo la idea de escuchar, pero en su interior sabía que, en cualquier momento el pobre viejo iba a caer presa de la alienación.

- Mira, joven doctor, uno es el dueño de su vida y esta es como un teatro al que uno deja entrar a quién quiere; por decírtelo de algún modo, uno corta los boletos y acomoda a los que vienen a este teatro que es mi vida, y en el escenario puedo ver el desarrollo de los hechos que conforman la existencia de cada persona. A veces, uno puede participar de ello en el mismo escenario y, otras veces, sólo se convierte en espectador; pero, siempre, uno es el dueño de uno mismo. Ahora lo soy, y es por eso que necesitaba que vinieras, porque quiero explicarte cómo me siento cuando la enfermedad me invade con su negra niebla que penetra todos los rincones del alma, y cada una de las vísceras del cuerpo. Cuando soy yo mismo, doy las órdenes y acomodo y organizo el devenir. Pero, cuando la enfermedad entra con su ejército

implacable de dolor y enajenación, lo primero que hace es hacerme su cautivo y después, con una crueldad inimaginable, llena mi escenario con personajes que ella misma ha creado desde mi inconsciente; les da vida e independencia y los libera para que me torturen. Aparecen en el proscenio de mi presente, se disfrazan y maquillan delante de mí y comienzan a darme órdenes que debo cumplir. Lo terrible es que si no les hago caso, comienzan a gritar cada vez más fuerte y a amenazarme con hacerme desaparecer. La angustia, el desasosiego, el terror, la desesperación, el tormento y el agobio se van metiendo entre mis tejidos, me aprietan el corazón casi hasta hacerlo estallar; se revuelcan en mi estómago y me provocan náuseas que me hacen agonizar y mi piel se llena de sudor frío y pegajoso. Cuando cumpla las órdenes que me dan, me libero de la angustia insufrible que siento, pero, para mal de mi espíritu, tengo consciencia de estar haciendo algo que no debo; y tengo pleno entendimiento de que si no cumpla las órdenes que me dan a gritos, volverán la angustia y el miedo cervales. Estoy y no soy yo mismo; es uno de ellos o todos juntos los que gritan. Por momentos es Perruquí quien me obliga con sus juegos o Perruquet con sus ambiciones o el mismo Perruquitero con sus vanidades. Todos se someten vilmente a Perruquitá, y cumplen sus órdenes. Es entonces cuando, en mi huida por cumplir sus exigencias, se desordena mi ser material y espiritual y me sumo en la alienación. De pronto, veo que viene la enfermera con los medicamentos. Lucho para que no me los administren; sin embargo, lejos de comprenderme, me ponen una camisa de fuerza que acaba con mis forcejeos y entran las drogas en mi cuerpo: cualesquiera de ellas. Lo cierto es que me dejan en condiciones físicas que impiden que obedezca las órdenes que recibo, pero no me quitan el cortejo de la angustia y el terror por no cumplirlas. A medida que siguen sus efectos, quedo inmóvil, es verdad, pero toda la pesadumbre, el terror, la tortura y el agobio me horadan sin que pueda escapar a ello. Es por eso que te he pedido, joven doctor, que no uses esas drogas.

- Pero usted, doctor, en ese estado que lo dejan las crisis, puede hacer cualquier cosa, matar incluso. Esa es la razón por la cual es preciso inyectarlo. Es por su bien.

El doctor Patricio Samaniego guardó silencio un rato. También el doctor Aguilera.

Eran como dos niños contemplando la erupción de un volcán sabiendo que uno de ellos, el enfermo, no podía arrancar de la magma de la locura; y el otro, con dolor, debía huir, porque la lava del volcán furioso de la demencia podía engullirlo.

Siguió el silencio.

Ernesto Aguilera entró en la celda lentamente, se sentó al lado del médico enfermo y le tomó las manos, sin decir palabra alguna.

- Comenzó esta enfermedad cuando mi hermano me robó a Magdalena, mi novia. Tú no puedes imaginar, joven doctor cómo la quería. Yo vivía para ver su

sonrisa; me esmeraba para tener la oportunidad de oír su voz y toda mi existencia la comprometí, para ser el único que habitara sus pupilas. Un día, y no sé por qué, le había comprado una hermosa rosa roja y me encaminé hacia su casa. En el camino, cuál no sería mi sorpresa, la vi entrando con mi hermano en un hotel cualquiera. Allí me quedé, en la calle, con mi rosa en la mano, esperando a que salieran, momento en el que les gritaría su maldad y su traición. Pero, cuando asomaron, Perruquí, tomándome de la mano, me alejó del lugar. Era un niño, Perruquí. Un inocente que no veía vileza ni crueldad. Y salí con él, de la mano, hasta llegar a un jardín lleno demuchas rosas rojas que lanzaron sus pétalos a mis pies.

- Desde entonces no he vuelto a ver a Magdalena hasta hace pocos días. Estuvo conmigo, hablé con ella.

- Estaba muy lejana.

- Me dijo que ya no se llamaba Magdalena.

- ¿Y qué nombre le dio?

- Me dijo que se llamaba Carolina.

Silencio de nuevo.

De súbito, el viejo comenzó a moverse inquieto, algo lo tenía molesto. Su rostro cambió tomando una expresión triste.

- ¿Sabes, joven doctor, que el ser humano puede desdoblarse?

- Nunca lo había imaginado siquiera, respondió Ernesto.

- Desde hace algunos años, antes de quedarme dormido, replicó el viejo doctor, mi cuerpo etéreo sale del interior de mi cuerpo físico. La primera vez fue aterrador; con mi cuerpo etéreo me observaba durmiendo. Me quedé allí no sé cuánto rato; no me atrevía a moverme más lejos, porque creí que no podría volver a entrar en mi carne y que si sucedía eso, si no me metía en mi cuerpo, moriría. Los días siguientes se repitió la experiencia pero, poco a poco, me fui alejando cada vez más de mi cuerpo físico; pude, incluso, atravesar las paredes de mi dormitorio y darme unas vueltas alrededor de mi casa. Al comienzo, volvía con frecuencia a observar mi cuerpo carnal y con el correr de la experiencia y sabiendo que cuando lo quisiera podía introducirme de nuevo en mi carne, fui dando paseos cada vez más largos. Un día, cuando volvía, en el jardín de mi casa vi que estaba soñando; mi cuerpo carnal soñaba y yo podía contemplar la escena que conformaba el sueño. A medida que esto se fue repitiendo, pude apreciar que el contenido de los sueños me mostraba el interior de mi ser. Allí me introduje, una vez, y sostuve un diálogo con ellos; pude hablar con mis ilusiones, con todas ellas, con las que habían sido y con las que buscaban hacerse realidad. Llovía una de esas noches; mis ilusiones no usaban paraguas y no se mojaban; pero yo veía cómo las gotas de lluvia recorrían sus cuerpos impalpables

y los hacían aparecer como si fueran de cristal. Pude conversar con mis ilusiones pasadas, aquellas que el corazón orgulloso ambicionaba. Les dije que se fueran, que ya no las quería, que había sido un error el darles vida. Pero, de repente, se juntaron todas e hicieron un grupo compacto y me expresaron que no se irían, que yo estaba loco, que siempre las había amado y que a causa de ese amor ellas podían seguir viviendo. Por cierto, no aceptaban que yo las despidiera.

De entre ellas surgió la ambición por tener dinero, poder, simpatía, amigos, fama, reconocimiento. Primero me habló muy quedo, como si temiera despertar mi ira contra ella. Me dijo que la medicina, si se ejercía bien, con honradez, con ternura, con equilibrio y sapiencia, nunca podría satisfacer mi ambición; que eran el espejismo de la vejez y el engaño de la demencia los que trataban de deshacer la altiva escultura de la ambición que yo había cincelado en mi alma.

Después habló el orgullo endiosado en su arrogancia y altivez y me dijo que yo lo había creado para disminuir a mi semejante, para obligarle a pedir la limosna de la salud.

- ¡No es cierto!, le grité; ¡ Mientes bosquejo petulante!.

- Tú sabes que no miento, me respondió; yo te vi pavonearte con tus conocimientos y te observé muchas veces presumiendo sapiencia cuando dabas lecciones. Pienso igual que la ambición: son la enfermedad y la vejez las que te han cegado y por eso ya no nos aprecias. Pero, recuérdalo, te dimos grandes satisfacciones. Acudo a estas como razón para que no nos abandones.

- Pero, yo, continuó el viejo doctor, blandiendo mi viejo maletín, me abalancé sobre las ilusiones hechas cristal y las hice polvo.

- Volví a mi cuerpo; estaba exhausto. Cuando desperté, Perruquitá me estaba esperando y me dijo:

- Sólo quedamos tú y yo, viejo doctor; y ahora, además de enfermo, cargas con la vejez que con su llave maestra hecha de dolor, me abre las puertas de todo tu cuerpo, para que yo pueda elegir sin prisa, el lugar desde donde mis huestes te van a derrotar. Ahora, enfermo, sin ambiciones, sin sueños, sin altivez para luchar, fácil se me hace la tarea.

Ernesto, sin saber qué decir, miraba al viejo.

- Lo peor vino después, joven doctor, siguió diciendo el hombre; la última vez que logré salir con mi cuerpo luminoso y tener la visión de mis quimeras, volví al jardín. Allí se habían reunido la enfermedad y la vejez estaban engullendo mis sueños. Una vez que terminaron el festín, volví a mi cuerpo, lo desperté, lo obligué a tomar el maletín y me fui a mi hospital.

- Iba vestido con pijama.

- Cuando quise entrar en mi consultorio, me pusieron camisa de fuerza y me trajeron a este lugar. Me dijeron que, desde ahora en adelante, esta sería mi consulta., Perruquitero se quedó con mi cabás.

- Puedo mostrártelo, dijo el demente; y poniéndose de pie fue hacia el fondo de su sala – calabozo y trajo su destartado maletín de médico, su cabás, como le decía, en cuyo interior sólo habían papeles de periódicos viejos.

- Perruquitero tuvo suerte, exclamó, porque sin su maletín no podría examinar a las rosas rojas.

Volvió el silencio, en puntillas, como si no quisiera interrumpir el disparatado monólogo del orate. A medida que fueron pasando los minutos, la mudez se convirtió en sosiego y este prolongó el tiempo sin palabras.

El doctor Aguilera estaba vagando por los senderos de la enajenación de su paciente; casi podía palpar la psicopatía. Distraído por sus propias cavilaciones apenas oyó cuando el viejo del calabozo comenzó a farfullar:

- Ya viene Perruquitá; viene en el pescante de un coche para llevarme a las mazmorras del absurdo. Ya viene Perruquitá; viene en el pescante de un coche para llevarme a las mazmorras del absurdo. Ya viene Perruquitá; viene en el pescante de un coche para llevarme a las mazmorras del absurdo.

Era de mañana.

El ruido de la ciudad cubría con su aliento hasta los mismos adoquines y la gente iba apareciendo en calles y avenidas como si fuera hojarasca traída por el viento.

Ernesto entró a la celda; el viejo no se había movido cuando lo llamó, pero se quejaba lastimeramente. El joven doctor se arrodilló al costado del jergón que servía de lecho al paciente con demencia, y apartó hacia un lado el plato con comida que no había sido tocado. La bacinica tenía orina muy oscura y la piel del hombre estaba teñida de un verde pálido. Con cuidado, y mientras le hablaba con voz baja, Ernesto movió a su paciente hasta dejarlo boca arriba. Le arregló la almohada y, con cuidado, fue retirando la cobija hasta dejar a la vista el abdomen. La primera inspección ya permitía saberlo casi todo: el hombre tenía un cáncer de páncreas con siembra en las vísceras del abdomen que había producido gran distensión de este y dolor.

Por la grave condición del paciente, este fue admitido en una sala del hospital.

Allí se le administró el tratamiento habitual, se le sedó el dolor y fue hidratado.

Ernesto tenía presente las pruebas que confirmaban sus sospechas: arsenicismo crónico con lesiones cerebrales y demencia secundaria, y, por lo mismo, sabía que la complicación tumoral era una posibilidad muy fuerte.

Después de algunos días, cuando Samaniego estuvo un poco mejor, el doctor Aguilera decidió contarle lo que había hecho y cómo logró llegar a un diagnóstico certero.

Lo halló sentado en un amplio sillón ubicado frente a la gran ventana de la habitación. El viejo dormitaba.

La ventana, enrejada, estaba adornada con maceteros con geranios rojos que se mecían con la brisa suave de la tarde. Una avecilla revoloteaba entre las flores y los últimos rayos de sol jugueteaban con los pétalos. A lo lejos, se distinguía la celda que pocos días atrás había hospedado al anciano médico loco.

Ernesto tomó la silla que estaba al lado del lecho, la acercó al sillón donde dormitaba el hombre enfermo y se sentó junto a él.

Le tomó una mano y le dijo:

- Doctor, ya encontramos la enfermedad; es un arsenicismo crónico. Y calló, mirando a su paciente con cariño, esperando alguna opinión.

- Anoche llovió suavemente, joven doctor; el viento hizo sonar su silbato para que saliera el trueno e hiciera tintinear las gotas de lluvia que con sus nudillos de cristal llamaron a mi ventana, porque querían verme. Y ahora el sol ya ha levantado sus alas para volar por sobre la montaña, y el rocío se despereza sobre su mullido lecho de pétalos, dijo el viejo doctor después de oír a Aguilera.

Y continuó:

- Te escucha Perruquitá, joven doctor; pero ya no le importa estar enfermo. ¿Trajiste la varita? Tú sabes que, con ella, me llenarás de luz; que los escombros dejados por la enfermedad se iluminarán, que el carromato del dolor se alejará con su carga ominosa y que el miedo huirá a esconderse entre los flecos del pasado.

- ¿Trajiste la varita?, insistió.

Ernesto no sabía qué contestar, pero buscó con desesperación alguna frase que lograra satisfacer al viejo.

- La traje, pero se descargó su luz buscando a la enfermedad, respondió.

- Tú sabes, joven doctor, que la varita no se agota, que su luz no se apaga, porque la alimenta tu alma y esta es eterna. Muéstramela, puede ser que la hayas estropeado.

Temeroso de que si no se la mostraba el viejo de la celda estallara en una crisis de gritos, e hiciera barbaridades, se echó hacia atrás, como si buscara algo en su bolsillo del pantalón y le mostró su linterna clínica. El hombre la miró y le dijo:

- No es esta la varita; está en tus ojos cuando miran con compasión; en tu voz cuando das consuelo; en tus manos cuando examinas el dolor; en tu corazón cuando das compañía. Tú eres, tú mismo eres la varita.

Cayó en la cuenta, el doctor Aguilera, que nunca había preguntado a su paciente acerca de su vida, no le había explicado lo que se estaba haciendo con el tratamiento, no reparó en la tristeza del anciano y nunca preguntó por Perruquí, el

niño; por Perruquet, el estudiante; por Perruquitero, el médico. Sólo había estado interesado en Perruquitá, la enfermedad. De pronto, la voz del viejo interrumpió sus pensamientos:

- Joven doctor, Perruquí está rezando junto a mi madre. Están tomados de la mano. Ella las tiene muy huesudas y deformes. Es por la artrosis, según me dijo Perruquitero.

- Pero, doctor; ¿Todavía tiene a su madre?

- No sólo a mi madre, a mi padre, también.

- ¿Y qué rezan, doctor?

- Perruquí reza, pero Perruquet prefiere hacerse a un lado; en la universidad le enseñaron que es el hombre el dios, que Dios es la ciencia, la técnica, el deporte, el dinero, el poder, el sexo. Yo le digo que guarde silencio, que respete a los que rezan, pero me dice que es una pérdida de tiempo, que la oración no vuela hacia el cielo.

- ¿Y Perruquitero?, preguntó Ernesto.

- ¡Ah!, Perruquitero dice que Dios es él; que él decide la muerte y la vida, que tiene en sus bolsillos la llave de la existencia; que la muerte no existe, que el dolor ya está vencido. Pero se ríe de él, Perruquitá.

El viejo guarda silencio unos instantes y continúa:

- Yo soy Perruquí, joven doctor; estoy jugando con ese pajarillo que ves en mi ventana; vuela de aquí para allá, golpea con su piquito el vidrio para invitarme a jugar. Y ya he salido con él. Fuimos a esa celda que se ve a lo lejos. Sí, esa especie de calabozo donde vive Perruquitá. Lo visitamos para darle aliento, para decirle que no habrá más dolor. Se abrieron las rejas de par en par y nos subimos a las copas de los árboles cercanos. No te imaginas lo feliz que estaba el pobre Perruquitá.

- Nos visitó una niña y ella descorrió los cerrojos, limpió el piso y nos regaló un traje de payaso. Y fue a jugar con nosotros. No tuvo miedo del payaso. Tú, joven doctor, nunca te metiste a mi celda, no nos sacaste a pasear. Tenías miedo de Perruquí, porque juega y reza; y miedo de Perruquitero, porque usa su varita para consolar a las rosas cuando deben deshacerse de sus pétalos. Sólo te importó Perruquitá, porque este te desafió a un duelo. Y, cierto, como no tenías tu varita, te ganó el lance y ahora Perruquí, Perruquet y Perruquitero nos vamos a morir.

- No, doctor; usted no se va a morir, se apresuró a responder el joven doctor.

- No le temas a la muerte, dijo el viejo. Esta ya llegó cuando Perruquitero extravió su varita. Se la quitaron las rosas creyendo que ellas sí vivirían.

- Pero, no sabían usarla.

- Y, por allí, se desparrramaron los pétalos; y las rosas, en piedra se convirtieron.

- Llévame de vuelta a mi casa y ponle los cerrojos, para que no entre el frío y no salga Perruquitá a hacer más desmanes. Quiero volver a conversar con Perruquí, porque con él recuerdo a mi madre, al patio de mi casa, al cerezo en flor de cada Diciembre y la llegada de mi padre cada tarde, trayéndome su sonrisa.

- No me importa que Perruquitá quiera herirme; Perruquitero lo tendrá a buen recaudo y podremos rezarle al Buen Dios.

- Ya me dijo, el Señor, que iría a buscarme mañana, mañana por la tarde.

- ¡Llévame a la celda!, por favor.

En la tarde del día siguiente, cuando Ernesto iba de vuelta a casa, pasó, como otras veces, por delante de la celda. Se hallaba abierta, llena de pétalos de rosa rojos, y de pie, al lado del lecho del viejo doctor, estaban el traje payaso y el traje de etiqueta.

Entró a la celda-calabozo, se arrodilló al lado del viejo y lo acunó en su regazo.

- Doctor, doctor, le dijo; no se vaya. Ya no habrá barrotes, sembraré este lugar con siemprevivas, en medio plantaré las rosas rojas; recordaremos los años de escuela y rezaremos, porque de usted aprendí que para vivir necesito la inocencia de Perruquí, los afanes de Perruquet, la luz de Perruquitero y saber enfrentar los desaguisados de Perruquitá.

- El viejo no respondió.

Poco después llegaron con una camilla y se llevaron el cadáver.

Los brazos suaves de Carolina abrazaron a Ernesto con ternura, y lo sacaron del lugar.

Cuando el joven doctor iba a trasponer los barrotes de la celda, el traje de payaso y el traje de etiqueta le entregaron sus varitas.

*Es muy difícil llegar a ser médico;
es complejo;
Cuando cree, el doctor, que ha llegado a serlo,
un solo error lo vuelve a la cantera.
Puede pasarse una vida entera
y no lograr el cometido.
Es que sólo uno ha llegado a serlo,
Y ha ocurrido una sola vez;
una sola vez.
¿ Su nombre?
Jesús de Nazareth.*

EL ESPANTAPÁJAROS Y LA AMAPOLA

El pobre espantapájaros fue llevado al campo de trigo.

Lo trasladó el dueño de la sementera acompañado por sus hijos, y por algunos amigos de estos, en alegre caravana.

Oscar Rentero había observado cómo su era se estaba poniendo triste, y creyó que el monigote podría ayudarlo a espantar las aves que robaban su trigo. Con ayuda de sus hijos, fijó el pelele en medio del campo, de manera que fuera bien visible y las avejillas se asustaran. Le habían hablado del gorgojo del trigo, pero nunca había hallado al coleóptero.

La suave brisa hacía ondular la cabellera dorada de las espigas y hundía sus manos entre las gavillas zarandeando el grano. A unos cuantos metros más allá del lugar donde quedó el espantapájaros, había una amapola; era la única de ese plantío, como si el Señor le estuviera diciendo al dueño del sembrado que ese era un premio a sus esfuerzos. Sin embargo, Oscar pensaba con tristeza que el duro trabajo agrícola parecía estar cayendo en el vacío; la peste, o los pájaros o los hongos consumían lentamente su sembrado. Conocía bien al gorgojo, un diminuto coleóptero que invade a las espigas deshaciendo el grano, como si fuera una rueda de molino que no requería viento ni piedra para su trabajo. Pero, había fracasado repetidamente en la búsqueda del dañino insecto.

El pelele estaba vestido con un andrajoso pantalón parchado en varias partes; le pusieron, también, una vieja camisa rosada con el cuello levantado y los puños abiertos. Sobre esta, y totalmente abotonada, le encasquetaron una chaqueta raída

hecha con cuadraditos de lana de diferentes colores, los que le daban un aspecto de género escocés. Los zapatos del monigote eran muy grandes y colgaban de un par de lienzas puestas a guisa de cordones. En la cabeza, representada por el palo vertical que conformaba el cuerpo del muñeco, finalmente, y entre risas y bromas, los hijos del hacendado le pusieron un sombrero tirolés. Cuando ya se iban del lugar, cayeron en la cuenta de que no le habían hecho una verdadera cabeza, y que no tenía rostro. Corrieron hacia la casa patronal y sacaron desde el fregadero un traperero, al que doblaron sobre sí de modo tal de convertirlo en un ovoide sólido y tenso. Desgarraron el género de un viejo visillo que yacía en el suelo del lugar, y lo cortaron en numerosas tiras muy largas que afirmaron al ovoide con alfileres de gancho. Después de un largo conciliábulo, los muchachos decidieron pintar en la cabeza, grandes ojos bajo los cuales bosquejaron sendas figuras de golondrinas como si fueran lágrimas, y le dibujaron una boca de payaso, de esas bocas de grandes labios rojos que parecían reír a carcajadas. Una vez completada la obra, volvieron al trigal y le colocaron, al pelele, ahora sí, la cabeza.

Después de un rato, la muchachada emprendió la vuelta a casa.

Desde lejos, el muñeco parecía decirles adiós, cuando el viento jugueteaba con las mangas que colgaban de sus brazos. Al viento también le pareció atrayente retozar con los cabellos del pelele y hacer esfuerzos por arrancarle el sombrero; pero este, firmemente ajustado, no se movía, salvo la pluma tirolesa que parecía hacer un saludo a la amapola.

Volvió el silencio; ya la tarde iba llegando con su capa tornasol; los pájaros comenzaban su vuelta a casa, salvo algunos rezagados que todavía trataban de satisfacer su voracidad. Una que otra nube corría por el cielo ufanándose por alcanzar el horizonte anaranjado y celeste, para ver si podía vestirse de cielo. Y por allí, apenas dibujada, majestuosa y quieta, exhibía sus plateados cuernos, la luna en cuarto creciente.

El espantapájaros miró a la lejanía, hacia los confines del predio que tenía que cuidar: allá, a una distancia de algunos pasos, parecía querer pasar desapercibida una amapola y, mucho más distante, asomaba la casa patronal con grandes ventanales. Hacia el confín del sembrado, los álamos lo saludaban haciendo tintinear sus hojas brillantes.

Cayó la noche; los grillos ya habían comenzado temprano su fiesta y los escarabajos se preparaban para la cena. Las hormigas no cesaban de trabajar acarreando minúsculos granos de fragmentos del trigo que estaba siendo devorado por el gorgojo.

El viento había recogido sus largos vestidos de seda y se había ido a un rincón de los cerros aledaños.

La luna apenas iluminaba el lugar.

El trigo parecía cansado y mustio; incluso sus largas hojas semejaban espadas desenvainadas, que aparentaban no estar dispuestas a la lucha.

El espantapájaros fijó sus ojos en la amapola: roja, vestida de seda y terciopelo, mostraba su perla negra en el centro de la corola.

¿Qué haría allí, pensaba el pelele, sola y escondida entre tallos y macollos?

La adormidera miró fijamente al intruso que llegó por la tarde a su vergel; ya había visto cómo agitaba sus brazos y lo ridículo de sus zapatos. Pero, algo de los ojos del monigote la había atrapado. Tan grandes sus ojos, pensaba, y tan alegre su sonrisa, pero ¿por qué tiene esas lágrimas que parecen golondrinas a punto de volar?

Se retrajo un poco; le incomodaba que el espantapájaros la mirara con tal interés.

- ¿Qué quieres?, le gritó al pelele.

Este, un tanto turbado, le contestó:

- Sólo quería cerciorarme de que no estuvieras triste.

- ¿Y por qué habría de estarlo?, respondió la flor.

- Es que te veo muy sola en medio de tanto tallo y temo que te puedan molestar.

- Ciertamente que no, dijo la amapola; son los macollos mi compañía, y ellos se inclinan hacia mí, para que pueda conversar con las glumas que siempre me preguntan por el color de mi vestido. Yo me entretengo mucho en el huerto.

- ¿Y, tú; qué haces por aquí?

- Me trajeron para cuidar al trigo; el patrón lo encuentra triste y cree que está enfermo por alguna plaga.

- ¡Ay!, exclamó la adormidera; Oscar siempre está preocupado: que la plata, que el trigo; que no han llegado los labriegos, que los conejos son dañinos. Lo que ignora es que el trigo ama al niño Enrique, el menor de los hijos de Oscar, que está enfermo de leucemia y al que los médicos no han hallado cura.

- ¿Cómo lo sabes?, preguntó muy interesado el monigote.

- Bueno; dime qué es lo que quieres saber, respondió la amapola.

- ¡Oh!, perdón; quería saber cómo sabes tú que el niño está enfermo y cómo puedes estar tan segura de que el trigal lo ama tanto.

- Es que la luna, hace pocos días atrás, se dio cuenta de que en la habitación del niño había una reunión y le llamó la atención que todos los presentes estaban de pie alrededor del lecho en donde yacía el niño.

- ¿Y?, preguntó extrañado el pelele.

- Pero, no me digas que no lo sabes, dijo la adormidera; cuando entran los mayores

a las habitaciones de los niños, lo primero que hacen es sentarse en la camita del muchacho y después sacan un libro.

- ¿Y qué es un libro?

- Me vas a sacar de quicio con tanta pregunta tonta, dijo la amapola; pero, a pesar de parecer molesta, había contestado con alegría. Como el monigote de madera y trapo guardara silencio, volvió a hablar la flor:

- El libro es un objeto que tiene muchas hojas en las cuales hay signos y estos son los que algo le cuentan al hombre y éste, una vez que ya ha sido informado por el libro, se lo narra al niño y el pequeño se duerme.

- ¿Y entonces?

- Pero, ¿no te das cuenta? La luna vio que ninguno de los mayores se sentó en la cama del muchachito ni le habló a este, sino que conversaban entre sí. Y para peor, después de que se fueron, sin haber tomado ningún libro, el niño siguió despierto. La luna, escondida tras la luz de la lámpara del velador, pudo oír lo que los adultos decían. Y eso fue lo que nos contó, al trigal y a mí; que el niño estaba muy enfermo.

- Me has dicho que las gavillas aman al niño. ¿Cómo puede ser eso, si saben que los pequeños pisotean y destruyen todo; que persiguen a las aves y matan los insectos? ¿Qué es lo que aman de él?

La amapola se volvió más reservada y silenciosa.

- ¿Te he dicho algo malo y no me contestas por eso, amapola?

- No, sólo pensaba en por qué amamos a Enrique. Es que tal vez, ni nosotros mismos lo sabemos, pero lo que puedo explicarte es que Enriquito, que tiene alrededor de diez años, venía todos los días a visitarnos; se paseaba entre nosotros, nos hablaba y nos decía lo hermosas que eran las gavillas. Se admiraba de que el sol hiciera brillar las espigas y de que estas se llenaran de perlas de rocío para esperarlo a él en las mañanas. Enrique sabía que, durante la noche, el trigo buscaba las perlas y los diamantes que venían enredados en los vestidos del crepúsculo y se los prendían en los cabellos, de modo que, al despuntar el alba, el sol podría mirarse en el espejo de cristal que le había preparado el trigal. Enrique sabía nuestro secreto. El niño también sabía que yo había llegado como sonrisa de Dios; acarició mis pétalos y me habló, tal como hablaba a los pájaros, a los grillos, a los escarabajos verdes y a los escarabajos negros; tal como hablaba a las piedras y al viento; a los álamos, a las hormigas y al abejorro. Un día, el niño halló que una abeja se había quedado dormida entre mis pétalos. Rápidamente volvió a casa y trajo una copa vacía. La tomó del pie y la volteó para atrapar la abeja. Cuando esta despertó, tapó la boca del cáliz y caminó hasta el jardín de su casa para liberar allí a la dormilona. ¡Cómo no lo vamos a amar!

Un día el niño halló un gorgojo; lo atrapó y lo llevó ante su padre.

- Hallé este insecto, papá, le dijo a Oscar.

- Es un gorgojo, hijo; puede hacernos añicos la cosecha. Llamaré para hacer fumigación.

Enrique volvió con el gorgojo a la sementera y en el camino le pidió al insecto que se fuera.

- Es que tengo tantos hijos contestó el gorgojo; el trigo es lo único para alimentarlos. Compadécete de mí, niño; es terrible ver con hambre a los hijos.

- Pero, ya has oído a mi padre, dijo el niño; vendrán a fumigar.

- No te preocupes Enrique; sé dónde podremos huir. Sin embargo, no sé qué otra cosa podríamos comer.

Enrique, antes de liberar al insecto acordó con el gorgojo que este con su prole, se irían a vivir en una esquina del trigal:

- Sí, le dijo el niño; allí, cerca de los álamos. Yo, cada día, te llevaré granos secos para tu familia.

- ¿Estas llorando espantapájaros?, le preguntó la amapola.

- ¿Por qué lo preguntas?

- Porque te brillan los ojos siendo de noche. Y eso no parece ser bueno, porque la oscuridad no quiere que se rompan sus tinieblas. Ella siempre quiere cubrirlo todo para que no se note la aspereza de la existencia y se escondan los defectos del vivir.

Muchos días después, Oscar volvió a su era.

No halló gorgojos, hongos ni caracoles; los grillos guardaron sus violines y los escarabajos se fueron a sus madrigueras.

- Está todo bien, dijo el agrónomo; espere un poco y verá cómo se recupera el trigo.

En la noche de ese día, ya había luna llena y esta vino rodando por entre los cerros de la montaña, derramando plata sobre la nieve y haciendo argéntico el trigal.

- Dime, luna, dijo la amapola, ¿cómo está Enrique?

- Muy mal, respondió la luna; tan mal, que parece que no vivirá.

La amapola guardó silencio y el trigal, cabizbajo y compungido, ni siquiera quiso vestirse de rocío.

El monigote miró a la luna con sus grandes ojos, brillando de pena y con la sonrisa triste del que ya no espera nada.

- Luna, le dijo, dile al Buen Dios, que me dé la gracia de morir por otro; yo quisiera que el niño no muriera. Tú ves, yo soy una nadería, un pedazo de madera, un miserable y andrajoso. Él, en cambio, con su bondad puede cambiar a tantos que

están tristes; alimentar a los que tienen hambre y cubrir a los que tienen frío. Dile al Señor, que mis leños y mis andrajos se conviertan en medicina y puedan curar la enfermedad de ese pobre niño.

La luna no pronunció palabra. Se cubrió el rostro con una nube gigante y ocultó sus ojos que se habían llenado de lágrimas.

La amapola entonces, presa de gran angustia, le dijo al espantapájaros:

- Tú sabes que te quiero, no me dejes; llévame contigo adonde vayas; recuerda que mis pétalos pueden dormir al niño para que no tenga dolores y que quisiera acompañarte, después, cuando te hayan consumido tus anhelos bondadosos si el Buen Dios, así lo quiere.

- Mamá, anoche vino el espantapájaros acompañado de una amapola; me llevaron al lado de la luna y en un carro tirado por su luz, un ángel me dijo que esperara, que pronto mejoraré.

La madre se acercó a su hijo, le tocó la frente y gritó:

- ¡Oscar, Oscar!, llama al doctor; Enriquito tiene mucha fiebre y está delirando.

Cuando el médico llegó, el niño apenas respiraba; no se movía cuando se le hablaba y estaba muy sudoroso. El doctor se inclinó sobre Enrique y lo examinó cuidadosamente. Los minutos pasaban con exasperante lentitud; el médico parecía demorarse mucho, pensaba la mujer; y Oscar, muy entristecido, no sabía qué hacer ni qué decir.

Mientras aguardaba a que el médico terminara su examen, miró su campo de trigo a través de la ventana.

- Sí, se dijo, se va a secar. Perderemos toda la cosecha. Mientras pensaba en esta situación, observó al pelele batiendo sus brazos a la par que el viento, un poco más fuerte que otros días, trataba de arrancarle el sombrero.

- Habrá tormenta, pensó.

- Está muy mal Enrique, dijo de pronto el médico, sacándolo de sus cavilaciones. Y continuó, mirando tanto a Oscar como a su esposa: lamento tener que darles malas noticias, pero no puedo ocultarles mi aprensión. El muchachito está muy mal.

El silencio, con sus largos susurros de cautela, discreción y sigilo, abrazó a los padres y al médico, y el reloj de pared que miraba la escena, no sabiendo cómo consolar a los que sollozaban, sólo atinó a marcar su acompasado tic-tac.

Hacia la tarde, cuando ya el piño de nubes negras se había hecho de un extenso lugar en el cielo, comenzaron a caer las gotas de lluvia y el viento trajo a la brisa más fuerte tirando un coche lleno de truenos. Poco a poco, a medida que el día se metía en su tienda de arreboles vespertinos, el viento, la lluvia y el rayo se fueron haciendo fuertes.

La casa patronal cerró sus ventanas y puertas e hizo frente a la tormenta sin emitir ni una queja. Cuando el viento cesaba para oír si los padres de Enrique lloraban, la lluvia conversaba con el trigal y la amapola. Algo tendrían que hacer.

De pronto, el vendaval con sus poderosos brazos arrancó de cuajo al espantapájaros y lo puso con mucho cuidado en su regazo, al tiempo que con gran delicadeza colocó a la amapola junto a la pluma del sombrero tirolés del muñeco. Los tres, desafiando a la lluvia, se acercaron al lecho del niño.

El pequeño estaba en vela.

El viento extrajo de su talega ululante un libro en cuyas páginas un ángel había escrito un cuento. Se lo entregó al pelele y este comenzó a relatar al pequeño, la historia.

Después de un rato, Enrique se durmió, tomado de la mano del espantapájaros que, arrodillado a un costado del lecho, musitaba una oración.

A la mañana siguiente, el cielo estaba sin nubes; el viento era un airecillo juguetón y el trigal se notaba enhiesto, alegre y cuajado de diamantes que brillaban al sol.

El espantapájaros había desaparecido y no mostró sus pétalos la amapola.

La madre, que se había quedado al lado del lecho de su hijo, toda la noche, guardando su inquieto y doloroso sueño, se despertó sobresaltada. El corazón lo tenía traspasado por el dolor y la angustia que se le hicieron presentes apenas el sueño huyó del lugar.

La pobre mujer, se incorporó del sillón en el que reposó algunas de las horas y abrió los postigos.

- ¡Mamá, mamá! ¡Anoche vinieron de nuevo, anoche vinieron de nuevo!

- ¿Quiénes, hijo?, preguntó la llorosa mujer.

- El espantapájaros y la amapola.

- Descansa, hijo, expresó la madre.

- Pero, mamá; quiero levantarme; me siento muy bien. Quiero levantarme.

- La mujer se acercó al lecho para decidir qué podía hacer frente a la solicitud de su hijo. Cuando comenzó a estirar las cobijas lanzó un grito:

- ¡Oscar, Oscar!

El padre acudió de inmediato; tenía oprimido el pecho casi como para estallar. Entró a la habitación de Enrique rumiando un oscuro y cruel dolor.

- ¡Mi hijo, mi pobre chiquitito!

- Al acercarse a su niño, no podía dar crédito a lo que le mostraban sus ojos: sobre la cubrecama yacía un pétalo de amapola traspasado por la pluma del sombrero tirolés del espantapájaros y, a punto de emprender el vuelo, dos golondrinas batían alegres sus alas.

JACINTO Y EL ORGANILLERO

Ven, hijo, Ya es hora de irnos, dijo la madre a Jacinto.

El niño, arrodillado en el suelo, afanaba con pedazos de vidrio de color verde y azul.

Como Jacinto no se incorporara, la mujer se acercó a su pequeño:

- ¿Qué haces, hijo?

- Le estoy haciendo una casa a un grillito, contestó el pequeño.

- Pero si ellos son libres, hijo; los grillos andan por donde quieren y no tienen un lugar fijo donde vivir; para ellos cualquier cosa que los proteja constituye una casa.

Jacinto miró con extrañeza a su mamá. El pobre grillito había sido abandonado por su madre, la señora grillo, y a él se le había enseñado que debía proteger al frágil, cuidar al desvalido, alimentar al hambriento, acompañar al solitario, consolar al triste, vestir al desnudo. Para el niño, así debía encontrarse el grillito: solo, hambriento, lloroso, sin morada. Él, lo único que estaba haciendo era dando cumplimiento estricto a aquello que se le había enseñado.

- Hijo mío: el grillito no es una persona, es un insecto; lo único que lograrás si lo encierras, es que se muera de pena y no vuelva a tocar su violín.

- Pero yo no le vi ningún violín al grillito, mamá.

- Lo tiene en su cuerpo, en las patitas de atrás y le sirve para atraer a las señoritas grillo.

- ¿Viste, mamá?

- ¿Qué cosa, hijo?

- Acabas de aceptar que el pobre señor grillo necesita compañía; anda buscando a la señorita grillo.

- Entonces, hijo mío, con mayor razón debes dejarlo tranquilo, que siga su camino.

- ¿Y nosotros, por qué vivimos en una casa?

Laura se quedó de una pieza; no sabía qué contestar. Sin embargo, trató de explicarle al muchachito que el ser humano no era el único que necesitaba un lugar donde habitar y protegerse de otros hombres, de los animales, del frío, de la lluvia, del viento, del rayo.

- Entonces tengo que hacerle su casa al grillito, insistió Jacinto, y cuando sea grande, si encuentro a hombres sin su casa, también se las voy a hacer.

La sonrisa comprensiva de Laura parecía querer dar por terminado este diálogo; le era incómodo. Sin embargo, el niño estaba muy inquieto:

- Y ese hombre que vive en una casa de cartón a la orilla del río, ¿por qué no tiene una casa como son todas las casas?

- Hijo mío, respondió la madre, para tener una morada es preciso trabajar fuerte y ganar dinero, ahorrar y no malgastar.

- ¿Y por qué el hombre del río no tiene plata?

- Porque se ha portado mal; porque es un ebrio; porque es flojo.

- Pero mi papá también es un ebrio, mamá.

- ¿Cómo has dicho?

- Sí, porque bebe vino todos los días y no lo han castigado quitándole su casa.

- ¡Ay!, hijo; las cosas que dices, expresó la mujer. Ebrio es el que bebe mucho y se enferma por el trago. Ese es ebrio. Tu padre apenas toma una copa en la comida y jamás se ha enfermado a casusa del trago.

- Ah, ¿y el grillito? Él no trabaja, es flojo, no tiene casa; así es que toma vino y por eso está castigado.

- No hijo; eso no se aplica a los animales ni a los insectos; ellos no beben vino ni cerveza. Y trabajan buscando su alimento y la comida para sus crías.

- ¿Y quién les da la comida?

- Dios, dijo la madre.

- ¿Y a los hombres, también les da su comida Dios?

- Sí, hijo.

- Pero no se la ha dado al hombre del río, porque se porta mal, es flojo y bebe, dijo Jacinto.

- No, hijo; Dios no es así. Son los demás hombres los que lo han dejado solo.

Jacinto guardó silencio.

- Así es como no hay que ser, continuó la madre; a nadie se lo puede abandonar. Recuerda que tú, yo, tu papá, el señor de la casa vecina, todas las personas que aparecen en televisión, tus hermanos, tus amigos, el chofer de la micro, el hombre que hace el aseo de la calle, el jardinero, todos, todos los seres humanos somos iguales.

- Entonces, mamá, ¿Quién hizo la pobreza?

- Todos nosotros, hijo mío, somos culpables de la pobreza de los pobres, de su miseria en lo material, de su marasmo en lo espiritual.

- ¿Y qué es el marasmo, madre?

- Es el desgano que le entra a las personas cuando tienen hambre, cuando están cesantes, o cuando han perdido la esperanza.

- ¿Tiene marasmo el hombre de la casita del río?

- Probablemente sí, hijito; porque es seguro que ha golpeado muchas puertas y no le han abierto ninguna.

- Cuando ese hombre vaya a mi casa lo voy a invitar a jugar, a comer y a dormir conmigo; como no puedo hacerle una casita parecida a la del grillo, le daré lo que tengo.

Laura se inquietó. No era eso lo que la madre deseaba; pensaba lo terrible que sería tener a ese pordiosero en su mesa o dejarlo descansar en el mismo dormitorio de su hijo. No, de ninguna manera. Tendría que explicarle al pequeño las cosas con otros ejemplos. Sin embargo, su corazón no la engañaba: era eso, exactamente eso lo que tenía que hacer con el hombre de la casita del río: dignificarlo.

Y no lo había hecho.

- Jacinto, dijo Laura, a la casa hay que llevar a los amigos, a los conocidos, porque entre los que no conoces, puede haber gente mala que quiera robarte o engañarte.

- Pero si tienen hambre o frío, sólo buscarán comer; después se irán.

- Sí, hijo, pero seguro que volverán y tu padre y yo no tenemos suficiente dinero para socorrer a toda la gente que pide limosna.

El niño guardó silencio. Echó sus vidriecitos en su bolsillo y tomó de la mano a su madre para ir con ella a comprar el pan.

Jacinto no habló durante toda la tarde de ese día y tampoco pronunció palabra en la mesa familiar.

Al día siguiente, muy temprano, tal como lo hacía para ir al colegio, preparó su lonchera con frutas, pan con jamón y leche caliente y salió camino del río que corría a algunos metros de su hogar. Con resuelto paso atravesó el puente hacia la orilla

opuesta y se dirigió a una misérrima vivienda que se mecía en la ladera. La adornaban, orgullosos, dos duraznos en flor henchidos de brotes, pimpollos y capullos. Se acercó a la abertura que simulaba una puerta y dijo en voz baja:

- ¡Señor, señor!

- ¡Quién anda ahí!, exclamó, molesta, una voz gruesa y áspera.

- Le traigo desayuno, dijo el niño a la par que estiraba uno de sus brazos hacia el interior de la miserable vivienda.

- ¡No entres aquí, niño, gritó el hombre; me pueden acusar a la justicia.

- Pero si no he hecho nada, dijo Jacinto, extrañado.

- Aunque no hayamos hecho nada, lo que parezca raro es castigado, hijo, repuso la voz. Y diciendo esto, apareció en el umbral de la enorme caja, un pordiosero sucio, maloliente, desgredado, de pelo largo y seboso, cuyo rostro era más bien de expresión bondadosa, engarzada en un mentón cuadrado bajo unos labios delgados y pálidos.

- Tome, señor, insistió Jacinto ofreciendo su lonchera.

El hombre miró al pequeño: diez años debe tener este chiquillo, se dijo; diez años recién y aun ignora los peligros que lo acechan

- ¡Vuélvete a casa, niño, farfulló el mendigo; vuélvete! No me traigas nada, no necesito nada.

Jacinto no habló, pero las lágrimas comenzaron a humedecer sus ojos. Avergonzado por esa muestra de debilidad, - su padre siempre le decía que un hombre jamás debe llorar- Jacinto intentó esconder el rostro con sus manos. Al hacerlo, la lonchera se le escapó de la mano y cayó haciendo un ruido sordo en el piso de tierra y se abrió de par en par, dejando a la vista su apetitoso contenido. El mendigo, un tanto turbado, se inclinó a recoger la caja de vistosos colores, arregló su contenido y se la entregó a Jacinto.

- ¿Cómo te llamas, amiguito?, le dijo una vez que el pequeño la tomó entre sus manos.

- Jacinto, Jacinto Rodríguez, respondió, en voz baja.

El hombre se puso en cuclillas delante del niño y le dijo:

- Te estoy profundamente agradecido por este gesto, por tu deseo de ayudarme; eres la primera persona que se acerca a mí para tenderme la mano. Te ruego que aceptes que te la devuelva; ya tengo algo que echarle al estómago. Como agradecimiento quisiera que me permitieras tocar para ti mi organillo.

Federico Zavala, profesor de básica, hijo de padres alcohólicos, frisaba los cuarenta años. Por problemas sindicales fue despedido de su lugar de trabajo y privado

de libertad preventivamente por sesenta días. Esa circunstancia hizo que, una vez cumplido el encierro y con su papel de antecedentes manchado por el trámite judicial, no consiguiera trabajo en ninguna parte. Con lo poco que había ahorrado en su vida laboral arrendó un organillo y con él, recorría la ciudad. Sus padres habían fallecido mientras cumplía su pena de presidio, y por esta razón ni siquiera pudo estar en las exequias de sus progenitores.

El hombre se dirigió al interior de su modesta vivienda y volvió cargando la alegre pianola. Esta estaba afirmada en un palo corto y grueso y había que cargarla al hombro para trasladarla. La plantó a la puerta de su choza y comenzó a darle vueltas a la manivela. Como por arte de magia, el lugar se llenó de sonos melodiosos de música popular antigua; los acordes bordaron la miseria con hilos de oro y plata, mientras las notas musicales jugueteaban entre las flores de los duraznos y la armonía trataba de meterse hacia lo recóndito del alma. Mientras sonaba la música, Federico desplegó una estera roja con la que tapizó parte del suelo, y sobre ella puso una cajita. Jacinto estaba embelesado. A veces había visto desde lejos un organillero, pero nunca había podido contemplar así de cerca uno de estos instrumentos.

Seguía la música. Federico tiró de unos hilos que salían desde la caja y de súbito esta se abrió, para dejar salir un hombrecito de cartón. Era un muñequito del alto de la palma de la mano, vestido con un traje multicolor. Lucía pequeños zapatos negros y un sombrero de copa muy alto. Desde sus manos y sus zapatos, salían sendas cuerdas que iban a juntarse a una agarradera roja que Federico movía al compás de la música, imprimiendo al muñequito el ritmo del baile. Al cesar la música, el muñeco saludó a Jacinto con una reverencia e incluso movió el sombrero con gracioso ademán.

Jacinto estaba encantado.

De pronto, cesó la música y Federico hizo, él también, una profunda reverencia a su delicado auditorio: el niño y dos duraznos en flor.

Después del saludo, y con una gran sonrisa que iluminó el rostro del pobre hombre, Federico habló:

- Jacinto, debes volver; te espera la escuela. Pero, antes de que te vayas, toma este presente, e inclinándose le entregó al pequeño una cajita igual a la que momentos antes había sido un juguete con vida. Le tendió la mano al muchachito y se despidió de él agradeciéndole la visita y la merienda.

Algunos días después, el sol de la tarde encontró a Jacinto solo en su habitación, y muy concentrado en su tarea; estaba tratando de hallar el dispositivo que abría el pequeño cofre que le regalara el mendigo. De súbito, y sin que el muchacho supiera por qué, saltó el mecanismo y se abrió la caja tal como se abren las cajas de fósforos. Allí, en el fondo del cajón, de espaldas, y mostrando una dulce sonrisa, estaba el

muñeco. Tenía el mismo colorido que el que había hecho bailar el pordiosero, pero lo cruzaban una gran cantidad de hilos delgados que terminaban en un asa a la que venían anudados.

Jacinto se puso de pie y cuidadosamente fue soltando al muñeco el cual, dando vueltas sobre sí mismo, se fue desenrollando sin dificultad hasta quedar absolutamente libre, con sus brazos levantados hacia el cielo y sus piernas ampliamente abiertas.

Jacinto comenzó a mover la empuñadura; el muñeco dio algunos pasos y comenzó a agitar su brazos. El sombrero no se movía. Jacinto trató de hacer que el títere diera los pasos de baile parecidos a los que mostró mientras tocaba su música el organillo pero, a pesar del mucho tiempo dedicado a este menester, no tuvo éxito en su cometido.

Adoraba a este títere.

Tarde a tarde trató de darle la vida que él sabía que el muñeco tenía, pero fracasó una y otra vez. Uno de esos días, sin darse cuenta, se cortaron dos hilos del títere y, misterio, se le cayeron los brazos y el sombrero quedó inclinado. A pesar de poner un gran empeño en arreglarlo, lo único que Jacinto logró fue que se enredara todo el hilo y el muñeco quedara paralizado.

Con profunda pena, Jacinto guardó el cofrecito en su bolsón, junto a sus libros y cuadernos, dentro de su estuche conteniendo lápices de colores.

Pasó un tiempo.

Jacinto olvidó su muñeco.

Un día, siendo ya un adulto, casado, con hijos y en una posición económica desahogada, estaba estudiando unas propuestas de negocio en su escritorio. Era alrededor de las seis de la tarde. Por allí se oía el correr y gritar de sus dos hijos y la conversación de su esposa con un familiar que había ido a visitarla.

Estaba absolutamente absorto en su trabajo, cuando comenzó a percibir en la lejanía, una melodía que le pareció conocida. No le dio mayor atención y continuó enfrascado en su labor. Poco a poco se fue repitiendo la misma composición y, era evidente que estaba siendo emitida por una pianola. Sin embargo, no sólo se reiteraba la misma melodía, sino que, también, parecía cada vez más y más cercana.

Se puso de pie bruscamente; por su mente se dibujó en un bosquejo muy borroso, la miserable casita de Federico, el organillero de su niñez. Y se dirigió a la reja que circundaba su gran casa. Al llegar a la puerta vio que el organillero, ya estaba en la vereda del frente. El hombre, casi sesentón, delgado, vestido pobremente, movía acompasadamente la manivela del organillo sobre el cual agitaban sus aspas decenas

de remolinos de papel multicolor. Y, cuando ya promediaba la pieza que el organillo interpretaba, apareció el muñeco de cartón bailando y saludando.

Jacinto miró detenidamente al organillero; sí, era Federico Zavala.

Sin saber cómo, abrió la puerta de rejas de su casa, y caminó con lentitud hacia la vereda del frente.

Se habían juntado alrededor del organillero varios niños que miraban embelesados al títere, el cual, ya terminando la canción, hizo la reverencia e inclinó su sombrero de copa alta.

El hombre cargó su pianola y estaba a punto de partir, cuando Jacinto lo llamó:

- Federico, le dijo; ¿cómo estás?

El organillero miró extrañado a Jacinto; sus ojos se posaron en los del que lo nombró y, de pronto, una sonrisa le iluminó el rostro.

- ¡No me digas que eres Jacinto!, exclamó, y dejando afirmada su pianola en el muro se acercó.

Los dos hombres se dieron un estrecho abrazo; entre ellos se metió el pasado que había quedado impreso en ambos por la emoción de ese entonces.

- Quédate a cenar con nosotros, dijo Jacinto.

Federico titubeó un poco y un tanto avergonzado le mostró sus vestiduras y le respondió:

- Con esta pinta no puedo sentarme a tu mesa. Mereces un invitado mejor vestido y de mejor clase.

- Me sentiría muy honrado que compartieras conmigo el pan y el vino y una buena conversación. Después, si no tienes inconveniente, te llevo a tu casa.

La cena de Federico con Jacinto, su esposa y sus hijos transcurrió muy alegre y distendida; se conversó de todo y Federico aprovechó de tocar su pianola para los niños de Jacinto. La música llenó todos los rincones de la casa, salió por las ventanas y se elevó por la chimenea, inundando con sus sonos todo el vecindario.

Después de la comida, hicieron sobremesa en el escritorio de Jacinto.

Ambos se arrellenaron en sendos sillones y Jacinto, preso de una gran alegría dijo:

- Se me enredó el muñeco que me diste y lo guardé esperando que algún día pudiera arreglarlo.

- Trámelo, dijo sin rodeos Federico.

Como un niño y lleno de emoción, Jacinto sacó su pelele de cartón desde una gaveta de su escritorio, sitio en el que había pasado muchos años.

Por allí cerca, dormía el organillo; parecía, por la disposición de sus tubos de

colores, una jaula que tenía cautivo a un ave canora que, con la manivela, despertara para regalar sus trinos.

Volvió Jacinto con su pequeño cofre y lo entregó al organillero.

- ¿Cuánto tiempo lo tienes contigo?

- Desde los diez años de edad; eso quiere decir que ha estado conmigo veintisiete años.

- Para tener treinta y siete años en tu cuerpo, te veo un poco triste, melancólico diría yo.

- Es que no es oro todo lo que reluce, Federico, respondió Jacinto; trabajo con mucho esfuerzo, dicto un curso en la universidad y trato de cumplir con mis obligaciones hogareñas. Aunque todo lo cumplo podría decirte, a cabalidad, que sigo pegado a mis sueños, pero no sé a cuáles. ¿Libertad? ¿Vagar por doquiera desee? ¿Viajar? ¿Tener amigos? ¿Alcanzar cimas laborales donde sea exitoso, famoso y con un poder económico que me permita hacer lo que quiera? No lo sé, se dijo para sí mismo, mientras miraba a Federico que escuchaba atentamente.

- El títere representa tus sueños, Jacinto; por eso lo has guardado tan celosamente. Lo que debieras considerar es que tú eres el mango, el manubrio que maneja el títere; no dejes que tus sueños te limiten o te entristezcan por no poder cumplirlos.

- Pero eso significa que debo cumplir siempre las obligaciones que me impone el vivir, expresó Jacinto un tanto decaído. Cuando niño, vuelas al colegio; después, a hacer las tareas y hechas estas, ayudar en casa. Y mientras tanto mis amigos están gritándome para que salga a jugar con ellos. Después, la universidad y el matrimonio, los hijos, el trabajo, las relaciones sociales, las noticias, el curso del mundo; en fin, todo es un embate contra uno mismo y, ciertamente, no tendría fuerzas para hacer bailar mi muñeco. Me admiró que compararas al títere con mis sueños: tienes toda la razón. Sin embargo, no cumplirlos es doloroso.

Federico se inclinó un poco hacia delante, como si quisiera hablar más cerca de Jacinto.

- Muchacho, ¿te acuerdas de los duraznos en flor que flanqueaban mi humilde mansión?

Rio Jacinto con esta salida de su amigo el organillero.

- Pues ambos arbolitos siguen allí: viven en la pobreza más grande, están rodeados de basuras, reciben poca agua como sustento y no tienen amigos; no poseen cultura, no saben de fiestas y a veces, hasta carecen de suficiente luz del sol. A pesar de todo, han seguido creciendo y sus troncos, ahora, son mucho más gruesos que los que te mostraron cuando fuiste a verme la primera vez. Son como tú, pero les falta el muñequito.

- No quiero humanizar las cosas vivas ni aquellas inanimadas, es la mejor manera de engañarse uno mismo.

- Pero, Jacinto, exclamó Federico, todo tiene alma: hasta las piedras, porque tú les traspasas la tuya. Por eso es que debes pensar que sienten; algo sienten. ¿Tú crees que la montaña, que mira todo el día a la ciudad que tiene a sus pies, no advierte lo que allí sucede? Si no fuera así, no juntaría agua entre sus cumbres para formar los ríos que dan vida a los cultivos, y sirven para acabar con los deshechos; ni juntaría nieve todo el año, para que hubiera reservas para sobrevivir. Se viste, cada mañana, con la luz de la aurora y se adorna con los rayos del sol para darle alegría al hombre, para decirle que esa belleza que tiene, se la regala gustosa. En esa montaña están las almas de cada hombre que habita el suelo sobre el que ella, imponente, se alza.

Y la vereda por la que caminas: ¿crees que tampoco tiene vida? Ella te espera cada día, te invita a que recorras su largura y se acicala con el verdor de las plantas que crecen a su vera, y se perfuma con el aroma de las flores que te ven pasar cada mañana o que observan cómo retornas por la tarde. Esa vereda tiene tu alma y las almas de cada uno de los que la han transitado en sus peregrinajes a sus respectivas ocupaciones; esa vereda tiene los rezos de los que han deambulado sobre su vientre liso elevando plegarias por los que aman; tiene las lágrimas de los que las transitaban con tristeza y las risas de los que marchaban alegres y despreocupados. Si no piensas así, se va a entristecer la vereda y se pondrán mustios los arbustos que crecen en sus márgenes. Hasta la maleza te regala con sus flores.

Jacinto ya no pensaba, estaba admirado de este organillero que no tuvo ni una sola palabra de queja por su pobreza ni un lamento por su humilde trabajo.

- Este muñeco tiene tu alma, Jacinto; sus hilos enredados son los problemas que no has logrado resolver o los sueños desordenados que se mezclan en tu espíritu, en una danza demente que no te deja ni siquiera identificarlos. Y los hilos cortados: ¡Ah!, esos representan los anhelos desechados, la frustración, la tristeza.

- ¿Dónde has aprendido a pensar de esta manera?, preguntó Jacinto.

- Tal vez fue el organillo el que me ayudó a descubrir lo importante de la vida... ..y de la muerte, respondió Federico.

- ¿Cómo?

- Yo creo que fue su música y la simpleza de su hechura. De un trozo de madera y del soplo del viento por los tubos vacíos, nacen melodías; algunas alegres, otras llenas de añoranza y en ocasiones mostrando una inefable tristeza. Pero, lo más extraordinario es que el organillo comparado con cualquier instrumento, es el más simple y humilde. Mira, Jacinto: si lo comparas con el piano, no hay dónde perderse. El piano es un señor instrumento, parece una orquesta, pero es complejo y elegante

y, salvo excepciones, un niño no puede sacarle ninguna pieza musical. La trompeta, bulliciosa, aguda, insolente y vanidosa; su sonido irrumpe siempre alegre y, a veces, llora en las exequias. Y así, puedes pensar en cada uno de los instrumentos que componen una orquesta; cada cual tiene su lugar específico. Pero, si ante una banda se asoma una pianola, aquella guardará silencio, marginándola por modesta. Hasta el director de una orquesta la desprecia, porque su batuta no puede meterse entre los resquicios de los sonos del organillo; grietas llenas de belleza nacidas del viento y del vacío. Muchas veces he pensado que el hombre debiera ser una pianola para los demás seres humanos, un organillo cuya sencillez pusiera música a todo acontecer; que alegrara el futuro y atrajera al pasado pleno de dulces reminiscencias. Mientras tanto, tu muñeco, tu alma, hace cabriolas para restañar toda angustia.

- Federico, dijo Jacinto, si vieras las noticias, si leyeras los periódicos, si miraras lo atestado de los trenes subterráneos; si fueras a los hospitales y asistieras a los funerales, no podrías vivir así, en el éter de la dicha, en el opio de la irrealidad.

- Jacinto, Jacinto, querido amigo, si hicieras sonar tu organillo en todos esos lugares y tu títere reverenciara el descarado presente de muchos, verías cómo se mitigaría la fatiga y se aliviaría el dolor.

- Pero Federico, ¿cómo puedes ignorar lo que sucede a nuestro alrededor? Mira, por ejemplo, a los que nos gobiernan; observa y reflexiona cómo se han constituido en una casta a la que es casi imposible acceder. Reflexiona, piensa que el abuso que cometen con el ciudadano común es palmario y clama a cielo.

- ¿Y qué te importa, Jacinto?; ellos ya tienen su propio cielo, aquel donde se enseñoorea el egoísmo, el abuso de poder, la maledicencia, el robo descarado; aquel en donde se ha adueñado la hipocresía, la sonrisa torva y la lisonja como armas de trampa, picardía y falsedad. ¿Qué puede importarte que lo más significativo para esa casta sea imponer sus ideas sin respetar al que piensa diferente? ¿Qué te importa que te usen como vaca lechera para ordeñarte y sacar tu esfuerzo convertido en dinero para llenarse los bolsillos y con lo que le sobra hacerlo correr por la calle para que se vea que algo hacen?

- ¿Y cómo no va a importarme?

- Es el mundo el que está sí, Jacinto y siempre ha estado así. Piensa: todas las guerras o son por capricho y soberbia de un hombre o porque algunos quieren hacerse de más poder y dinero. Y eso seguirá igual, porque es el ser humano el que se ha perdido; es el ser humano que olvidó tocar el organillo; es el ser humano el que ignora que tiene un muñeco que puede alegrar, cuidar y proteger a los demás hombres. Y si no lo olvidó, no quiere hacerlo, lo que es aún peor.

- Bueno, Federico; no nos pongamos tan solemnes. Dime cómo puedo arreglar mi pelele.

Sonrió Federico; sus ojos brillaban como los rebordes metálicos de su pianola. Se puso de pie y se acercó al sillón en donde se hallaba Jacinto. Con suaves ademanes, desenrolló los hilos que ataban al muñeco, los desplegó y fue mostrándole a su atento alumno cómo iban dispuestos, y de qué manera era posible hacer bailar al títere y cómo lograr que, con su reverencia inclinara, también, su sombrero de copa.

Admirado de la simpleza con la cual Federico le reparó su títere, Jacinto miró con gran ternura al organillero.

- Nunca pensé que era tan simple arreglar el muñequito, le dijo.

- Es como la vida, Jacinto; nosotros somos los que la volvemos compleja, porque nuestro orgullo y nuestras ambiciones nos han enredado el pelele que llevamos con nosotros. Siempre he pensado, y vuelvo a insistirte en ello, desde los tristes días de antaño, en que perdí mi trabajo, que el hombre es la pianola y el títere es su espíritu; que si el hombre da vuelta a la manivela de su voluntad, se convierte en música para los demás; y si echa a volar su espíritu bondadoso y servicial, a la música le añadirá la alegría que invadirá a los que estén a su lado. Para dar a otros alegría, necesitas hacer bailar a tu pelele, a tu espíritu. ¿Y qué significa que baila el muñequito? Quiere decir que tu espíritu se desprende de los afanes de avaricia, de la sombra de la soberbia y del azote de la ambición desmedida. Así podrá bailar tu muñequito y hacer felices a los demás.

Jacinto se extrañó de lo dicho por Federico, cuando este se refirió a una etapa de su vida y por ello, le preguntó:

- ¿Qué sucedió contigo en el trabajo?

- ¿Por qué me lo preguntas?

- Porque acabas de referirte a eso, y me gustaría que me contaras algo de tu vida, dijo Jacinto.

- Mira, amigo; yo era profesor de los últimos cursos de básica en un colegio estatal. Cada año era elegido como el mejor profesor por mis alumnos y ganaba sobresueldo por haber obtenido altos rendimientos entre los escolares a los que yo enseñaba. Un día se produjo una huelga y yo, al ver que mis alumnos estaban en la calle, que no habían tomado desayuno y que estaban perdiendo oportunidades de salir del hoyo en el que vivían, los invité a entrar al colegio conmigo. Un grupo de ellos me siguió, pero muchos otros, junto a mis colegas maestros, comenzaron a gritarme cosas feas. Se apiñaron frente a las rejas del colegio y formaron un pasadizo como único camino para que pudiera entrar con mis pocos discípulos. Fue un duro caminar: me tiraron verduras, huevos, harina, manzanas podridas, cáscaras de plátano, piedras y me dieron algunos puñetazos. Casi al terminar, iba malherido, me tropecé y caí sobre una maestra que, con el peso de mi cuerpo se azotó en el suelo y

se quebró una cadera. Era una grave lesión. Por ello me acusaron a la justicia y me pusieron en prisión preventiva hasta que, por fin, pude demostrar que era inocente de ese accidente considerado como agresión. Al volver al colegio, los mismos que me amaban no me recibieron. Peregriné en muchos otros establecimientos, pero cuando veían mis papeles de antecedentes y se daban cuenta que tenía anotaciones de un tribunal en lo criminal, desistían de emplearme. Vendí todo lo que tenía para comer y un organillero, una tarde cualquiera, cuando me vio tan derrotado, me ofreció su vivienda. Esa fue la que tú conociste cuando eras pequeño. El buen hombre que me tendió la mano, me enseñó a fabricar el títere y a arreglar el organillo. Salíamos juntos a vagar con la pianola al hombro y con las penas en un morral del corazón. Llegué a tener tal maestría en hacer que el muñeco bailara y saludara, que podíamos vender un buen número de estos. Un día, un niño me llevó su merienda a mi casa y me contó que le había hecho un palacio de cristal a un grillo. Al preguntarle que me explicara por qué, con la inocencia bañándole el rostro me contestó que cada hombre debía compartir su techo, su alimento y su vestido, con el que sufría miseria. Ese niño, me imagino que lo recuerdas, se llama Jacinto y, no volvió a verme; pero, gracias a Dios, lo acabo de encontrar de nuevo; creí que lo había perdido.

Jacinto se emocionó; recordaba su niñez y las palabras de su madre. Recordó la casucha de Federico y sus duraznos en flor.

- Ese niño que eras tú, Jacinto, me sacó de pantano moral en el que me había hundido por la ira que se anidó en mi pecho, a causa de tal injusticia en mi contra. Tu historia acerca del grillo me conmovió, así como tu afán por alimentarme. Alguien me quiere, pensé; me quiere como soy y como estoy: miserable, sucio, cesante, hambriento, viviendo en una pocilga y marginado. Después de unos días seguí cavilando en tu grillo y, aunque él salta más que yo y toca siempre su violín, fue a mí y no él a quien diste de comer. A él quisiste darle techo y a mí, en cambio la vida, porque para eso es la comida, para poder vivir.

- Mucho demoré en darme cuenta de que estaba sobreviviendo, que estaba dilapidando mi vida; mucho me costó aprender que vivir es ser el señor de uno mismo y que, alcanzado ese sitio, poder decidir qué hacer con mi propia vida. Porque, acuerda conmigo que la vida la tienes para algo. Recordé, de nuevo, tu grillo: también él la tiene, y creo que igual que uno, tiene una brizna de divinidad, porque viene, como yo, como tú, como todo, de Dios. El grillo decidió limpiar desechos y cantar por la tarde o por la noche acompañando al hombre; y yo, ¿qué estaba haciendo yo?

- Tu auxilio, continuó diciendo el organillero, tu visita, tu disposición a cuidarme como al grillo, me hizo saber quién era; y mirando hacia atrás, caí en la cuenta de que otros también me habían señalado como valioso. Entonces decidí no tener la

ambición del poder, del dinero, de las cosas ni de la fama y resolví acompañar al ser humano en su caminar, alegrándole el presente con mi pianola; y volviéndolo niño con mi muñeco.

- Es que el hombre es un niño, pero no quiere saberlo. Sin embargo, se comporta como tal: tiene los berrinches de la guerra y de las asonadas; inventó los juegos en grande para que no crean que vive jugando; le gusta vagar y para ello creó los días feriados y es curioso y, por ello, se hizo científico. Es tan niño el ser humano, que sigue encandilado, como el avestruz, por las cosas que brillan. Por eso es que inventó que el oro es un referente máximo de riqueza. Entonces, tal como los niños, que juntan canicas o muñecas, junta oro y desea todo aquello que lo lleve a tener más de este metal.

- No, expresó con vehemencia Federico, no quise ser esclavo de eso y, por propia decisión, me consagré a la pobreza y a tocar mi pianola para repartir felicidad.

- Y, aquí me tienes, en tu casa, agradeciéndote lo que hiciste por mi esa mañana de hace ya, tanto tiempo. Es cierto que necesito alimentarme y por esa razón, y para que sea Dios mismo quien lo haga, me hice este tarrito que pongo frente a mi organillo, para que el que oiga la pianola o ría con el títere, deje caer en él, algunas monedas que, después, yo convierto en pan.

- Con lo que sobra comen las avecillas: mirlos, zorzales, gorriones, torcazas, cuyo canto me acompaña por doquier. Ellas, dejan algunas migajas que alimentan a las hormigas, a los escarabajos y algo le hacen a la tierra que acuna a los duraznos en flor, porque estos, colmados de belleza, son el palacio de las abejas y también del ruiseñor. Y por si todo esto fuera poco, el río me canta noche y día; se viste de ambarrino en la mañana, de índigo al mediodía; y en la tarde, se pone una capa azafranada, para esperar a la luna que le trae una estola de nácar.

Jacinto estaba asombrado. Del mendigo surgía un poema que delataba a las claras que tenía una cultura y conocimientos excepcionales. Con verdadero interés le preguntó:

- ¿De dónde has sacado ese lenguaje tan excepcional?

- Pero recuerda que yo fui profesor de básica; leí alta literatura, aprendí aritmética, estudié filosofía.

- Entonces, ¿cómo se explica que hayas elegido esta forma de vida tan modesta para enfrentar el existir?

- Ya te lo expliqué, Jacinto; opté por servir al ser humano sin pedirle nada a cambio; hasta puedo lavarte los pies, como Jesús, que siendo Hijo de Dios, lo hizo con sus amigos; y si Él, siendo Dios, se abajó a tal servidumbre, ¿no te parece que yo no le llego ni a la altura de sus tacos con lo que hago?

El silencio, la quietud del alma, la mudez del intelecto, se abatieron sobre los dos amigos. Es que resulta tan difícil eclipsarse para que brillen otros; es muy doloroso desaparecer para que se puedan ver los demás.

Federico rompió el silencio y le dijo a Jacinto:

- Cuando el cantar de mi pianola rompe el tráfago del día, no te imaginas las perlas que se derraman por la calle; las canicas hechas de melodía que adornan las casas y que se meten hasta los más increíbles rincones; el oropel de arpegios y compases que se meten en el alma y con sus nudillos golpean a la puerta del cerebro, para que este abra la ventana de su memoria. No puedes imaginar el tropel de notas que, hecho un enjambre maravilloso, transporta al oyente a una felicidad llena de nostalgia. Estos instantes son de tal prodigio, que si se prolongaran pudieran causar estragos en el cuerpo y en el alma. Y eso que logro, no podría conseguirlo de otro modo.

Era tarde. Había que despedirse.

Jacinto no sabía qué más decir; Federico quería seguir soñando.

El organillo, dormido, recostado sobre la mullida alfombra del lugar, fantaseaba con los títeres que guardaba en una caja contenida en su interior de metal y de vacío.

- Te iré a dejar, dijo Jacinto.

- Por ningún motivo replicó Federico; tengo buena locomoción hasta mi casa; no te molestes, pero prefiero irme por mi cuenta.

Se despidieron con demostraciones de mutuo afecto y Jacinto se quedó a la puerta de su casa viendo cómo se alejaba el organillero.

Federico alcanzó el tren subterráneo. Este venía atestado de pasajeros. Como pudo, se metió al vagón, acomodó delante suyo a la pianola y esperó a que el convoy partiera. Por momentos, cuando miraba por la ventanilla, no sabía si era el tren el que corría o eran las estaciones las que venían a abrazarlo. Embebido en esta imagen, fue sacado del ensimismamiento por iracundos gritos dentro del vagón: una gresca que tomaba visos de gran violencia se puso ante sus ojos. Gritos, denuestos, puñetazos, caídas de bolsos; los ruidos del furor y del exabrupto comenzaron a invadir el ambiente que, por momentos, se volvía estremecedor. Sin pensarlo dos veces, Federico comenzó a dar vueltas a la manivela del organillo y comenzaron a salir los murmullos de una hermosa melodía que fue abrigando con su tul de acordes la fría actitud de la discordia. Antes de que la canción se completara, la quietud se asomó al interior del vagón y puso en su regazo a la refriega la cual, se durmió casi de inmediato.

Al llegar a la estación un estallido jubiloso convertido en un cerrado aplauso, se abatió sobre el organillero, y con sus largos brazos sembró de monedas y billetes todo el piso en el que descansaba el remo del organillo.

El organillero comenzó a sacar los cofrecitos que contenían los pequeños títeres para regalarlos a los pasajeros del tren por haber sido tan dadivosos, pero estos, apurados, no se dieron cuenta de este acto. El hombre, comenzó a guardar los muñequitos. De súbito, el mecanismo de uno de los cofres cedió y dejó a la vista el pelele que estaba en su interior.

El muñeco tenía lágrimas en su rostro.

Lágrimas de felicidad.

JESÚS DE NAZARETH

— ¿Cómo dijiste que se llamaba?, preguntó el Comisario.

- Jesús de Nazareth, contestó el policía de turno. Lo detuve hoy en la mañana, porque estaba haciendo desorden en la estación.

- ¿Y qué hacía?

- Llegó ahí con tres o cuatro desastrados y se puso frente a las puertas de la estación, a la horade la mañana en que todos quieren llegar a sus trabajos y colegios.

- Pero, ¿podrías darme la hora exacta? Recuerda que los Tribunales son muy quisquillosos con estas cosas.

- Ocho y media, contestó Guillermo, cabo primero de la Comisaría de Troncos Viejos.

- ¿Y qué es lo que hizo que hubo que detenerlo?

- Es extraño, pero se puso a hablar de la bondad, de ser hermanos, de amarnos los unos a los otros. En un momento dijo que había que poner la otra mejilla al que te había herido; que si te pedían acompañar a alguien una cuadra, deberías caminar con él, dos; que si te robaban no se lo reclamaras al ladrón, y que había que rezar por el que te haya dañado.

- ¿Y qué hizo la gente?

- No se lo imagina, mi Sargento; se fueron juntando hombres y mujeres de todas las edades, de toda condición social; había niños, lisiados y hasta el ciego que pide limosna sentado frente a las rejas de la estación, había dejado su lugar y como podía, se acercaba a la muchedumbre silenciosa.

- Bueno, hasta ahora no veo razón alguna que justifique su detención, replicó el Comisario.

- Es que, a medida que fue transcurriendo el tiempo, el gentío, como ya no cabía en la vereda ni en la explanada frente a la estación, comenzó a ocupar la calle. Fue entonces cuando comenzaron los bocinazos y las peleas de los automovilistas con los asistentes a esta especie de asamblea espontánea. No puedo describirle el embotellamiento que se produjo, porque las cinco calles que llevan a la estación o que salen desde el lugar, se colmaron de gente y vehículos. Calculo que debían ser unas veinte o treinta mil personas.

- ¿Estás seguro de la cifra que me das?

- No, porque me da vergüenza decirle la cifra que pienso realmente.

- No temas, dímelas, respondió el Comisario.

- Cien mil. Contestó Guillermo.

- Y fíjese; algo raro ocurría. Nadie se movió del lugar e incluso los automovilistas se bajaron de sus vehículos y se apretujaban contra la masa para acercarse al predicador. Nadie hablaba; el silencio era impresionante. Algunos lloraban.

- Si había tanta gente, ¿Cómo podían escucharlo los que estaban lejos de él? No me digas que llevaban altavoces, porque acabas de informarme que eran unos desastrados.

- No me lo explico, mi Sargento, respondió Guillermo; no llevaban sino sus pobres ropas.

El Comisario se sobó el mentón al tiempo que cerraba los ojos y guardaba silencio.

- Aunque me parece absolutamente inverosímil lo que me cuentas, a pesar de todo no existen razones para su detención; ni siquiera hubo desórdenes. Y en cuanto al embotellamiento, cualquier abogado defensor lo va a destruir fácilmente como motivo para su acusación.

- Fue el Alcalde Federico Azuela quien me dijo que era necesario detener al hombre, dijo Guillermo. Como es autoridad política, no tuve más remedio que proceder. Pero, antes de hacerlo, le pedí a mi ayudante que se subiera al segundo piso del edificio de la estación y sacara una foto de la multitud. Es para no creerlo. Dicho esto, entregó al Comisario el teléfono móvil con el cual se tomó la fotografía. El Comisario no daba crédito a lo que veía; la cantidad de gente era incalculable. Le haría llegar la fotografía al laboratorio de criminalística para su estudio.

El Comisario decidió ir a visitar al detenido en su celda.

Encontró a un hombre alto, delgado, de barba espesa y larga cabellera negra; su rostro era amable y su voz suave; su mirada, llena de ternura, no era posible sostenerla, Estaba vestido con un pantalón raído en las rodillas, que caía sobre sus

zapatos tratando de tapar lo viejos y gastados que estaban. La chaqueta, de tela ordinaria, no tenía botones, y las solapas estaban dobladas hacia adentro como si quisieran ocultar el torso del hombre que se notaba desnudo.

Cuando el Comisario entró a la celda, el hombre no se movió. Permanecía con la cabeza gacha y los brazos cruzados por delante de su falda.

- ¡Cabo!, gritó el Comisario, tráigame el carné del detenido.

Un ominoso silencio se abatió sobre el lugar. Después de algunos instantes el Cabo, algo azorado dijo:

- No se lo pedí, señor.

- El Comisario se acercó al detenido y le pidió el documento.

- No lo tengo, respondió Jesús.

¿No sabes que es el único documento que te sirve para demostrar tu identidad?

- Yo soy el que soy, respondió el preso.

Sin saber por qué, el Comisario no hizo más preguntas y le ordenó al Cabo que lo soltara.

Pocas horas después los noticiarios de la televisión y los programas informativos daban cuenta del hecho.

Era época de elecciones parlamentarias y la lucha era frontal entre los partidos de toda ideología.

Los noticiarios fueron vistos por los diferentes jefes de campaña, por los presidentes de los partidos, por los parlamentarios en ejercicio, por los magistrados, por la policía de investigaciones, por el ciudadano común y corriente, y se corrió la noticia con rapidez.

Por la tarde del mismo día los jefes de los partidos políticos se acusaban entre sí de llevar un candidato tapado; los parlamentarios consideraron que el zarrapastroso estaba cometiendo sedición; los jueces creyeron que el harapiento los juzgaba como débiles, y las gentes murmuraban diciendo que si seguían esos consejos, serían pasto de la delincuencia.

La policía de investigaciones, sin embargo, no pensaba lo mismo y decidió buscar al harapiento.

Rastrearon por todas partes hasta que, en una calle de una población marginal se le vio diciendo que los pobres eran los amados de Dios y que los misericordiosos alcanzarían misericordia. Obviamente, el gentío que se había juntado era, nuevamente, de magnitud increíble; pero, esta vez, había ciegos, cojos, miserables, perseguidos por la justicia, ladrones, estafadores, proxenetas, prostitutas. Todos, como había sucedido en la mañana, estaban en silencio y sin hacer desorden alguno. La

muchedumbre lloraba cuando oyó decir a Jesús que las prostitutas entrarían al reino de los cielos antes que muchos de los que se creían buenos.

- Si, dijo el que hacía de jefe de la patrulla policial; debe haberles repartido drogas a esta gente para que estén todos tan tranquilos. Creo que es necesario que lo llevemos al cuartel de investigaciones. Esto dista mucho de ser algo normal.

Cuando los detectives se acercaron al hombre que predicaba e hicieron intento de apresarlos, se les vino encima la multitud y tuvieron que huir del lugar. Muy asustados por haber estado tan cerca de ser aplastados, se reunieron con sus respectivos jefes y decidieron que esta situación era peligrosa, porque era evidente que si el gentío se aferraba a este pobre itinerante, corría peligro la estabilidad política y administrativa del país. Fue así como optaron por acudir a las altas esferas políticas y judiciales y, entre gallos y medianoche, acordaron la detención de este enemigo de la nación.

Los miembros de la Inteligencia de Investigaciones ubicaron a Jesús en una choza conversando con doce amigos, todos igual de miserables que él. Con cuidado rodearon el lugar con hombres armados de metralletas y entraron en la choza.

No hubo ni un sólo signo que denotara resistencia a la captura.

Los policías salieron con Jesús y lo subieron a un carro celular.

Una vez en el calabozo y a pesar de todos los interrogatorios, el hombre permaneció callado y sumiso.

En el calabozo había dos rufianes y uno de ellos, llamado Gestas, se mofaba de él diciéndole:

- ¿No querías ser presidente? Ahí tienes lo que pasa cuando un miserable quiere penetrar en la clase política. Si eres tan inteligente como para tener tanta facilidad de oratoria, anda, llama a los que te escucharon y pídeles ayuda.

Y junto con decir esto, reía a mandíbula batiente:

- ¡Ja. Ja, ja, el mendigo quiere ser presidente! ¡Ja. Ja, ja, el mendigo quiere ser presidente!

El otro reo, estaba silencioso y miraba de soslayo a Jesús. No sabía por qué le ardía el corazón de ternura. Nunca había sentido nada semejante; él era un hombre duro, asesino de hombres y mujeres y jamás le tembló la mano para hacerlo ni para robar a quien pudiera. Nunca se conmovió siquiera con el tono suplicante de sus víctimas.

- ¿Qué me pasa?, pensaba Dimas; me debo estar volviendo viejo.

Parecía estallarle el pecho con la emoción que sentía; y un amor, una chaladura, que lo tenía a las puertas mismas del llanto.

- ¡Déjalo ya, le gritó a su compañero! Él no tiene culpa de nada; es inocente como una avecilla. No te burles de él, porque si vuelves a hacerlo, te mataré.

Sin entender por qué, se dio vuelta hacia Jesús y le dijo:

- Señor, acuérdate de mí cuando seas presidente.

- Siempre estarás a mi lado, respondió Jesús, con infinita ternura.

Sin embargo, los que interrogaban a Jesús no se daban por vencidos y en el paroxismo de la ira lo golpearon repetidamente, lo desnudaron, lo insultaron y se rieron de él.

Dimas y Gestas, los otros dos reos junto a Jesús en el mismo calabozo, nada pudieron hacer por defenderlo de la saña de sus captores.

Cansados con esta situación, los verdugos llamaron al fiscal al cual le dijeron que el imputado era peligroso para la sociedad, sedicioso y narcotraficante.

A uno de los verdugos le gustó la chaqueta del reo y se la quitó a viva fuerza.

- Se la daré a mi pobre hijo enfermo que apenas tiene ropa, porque tengo que comprarle muchos remedios y la plata ya no me alcanza, pensaba. Maldita la enfermedad que tiene; ningún médico ha podido quitarle los ataques que, día y noche, nos tienen espantados.

Alarmado, el Fiscal decidió conversar con el acusado para ir obteniendo información de primera línea con la cual poder juzgarlo.

- ¿De dónde eres?, le preguntó; porque no tienes identificación, le dijo con insolencia. Para nosotros eres nadie, y peor todavía: es posible que hayas traspasado nuestras fronteras como inmigrante ilegal y eso está duramente penado, sobre todo en estos tiempos en que muchos inmigrantes se comportan como terroristas. Así es que dime de dónde eres.

- Mi reino no es de este mundo, dijo Jesús, en voz baja y sin altanería.

Una sonora carcajada resonó en la mazmorra; una carcajada que hizo que el resto de los policías se acercaran a contemplar este interrogatorio.

- ¿Y eres rey?, preguntó el policía, con tono de burla.

- Tú lo has dicho; soy Rey.

- Este país no tiene realeza, se gobierna con un presidente elegido democráticamente por comicios que se hacen cada seis años; además, como nación, no obedecemos mandatos de sangre azul.

- Tú ni siquiera tienes identidad.

- Eres nadie.

Jesús callaba.

En un arrebato de ira, el Fiscal decidió que había materia para formalizarlo, pero que era necesario que lo viera un psiquiatra, porque, a su juicio, evidenciaba un trastorno de la personalidad.

Lo trasladaron entonces a un médico legista especialista en la materia.

Pocas horas después el reo fue trasladado al servicio de Medicina Legal. A empujones y con burlas y denuestos hicieron entrar a Jesús a una oficina de consulta en la cual ya estaba esperando un médico psiquiatra.

El médico no se levantó a saludar al recién llegado, no le extendió la mano en señal de acogida ni invitó al circunstancial paciente a sentarse. De este modo, Jesús, con el rostro amoratado por los golpes, y semidesnudo, esperó las preguntas del doctor.

- ¿Cómo se siente?

Jesús callaba. Era obvia la condición del preso; la pregunta parecía una ironía.

- Me dicen que usted afirmó que era rey. ¿Puede referirme un poco más de eso?

- Tú lo dices, expresó Jesús; soy rey.

- ¿Y de dónde es rey?

- Mi reino no es de este mundo, respondió Jesús. Poco más y estaré sentado a la derecha de mi Padre.

- ¿Y cuál es su doctrina?

- No cometerás adulterio, no robarás, no mentirás; si te ofenden, ora por el que te hizo mal; si te roban, no te resistas al malhechor; perdona setenta veces siete. Si te pegan en la mejilla, presenta también la otra.

- Pero eso significa que usted no parece cuidar su honra.

- Deja que Dios se ocupe de tu honra, respondió Jesús.

- Pero si me dejo golpear y no me defiendo, si me dejo robar y no lo discuto, estaré mostrando la arista de muy poca o ninguna autoestima, dijo el médico.

- Tu autoestima debe tener la misma dimensión de la consideración que le tengas a tu hermano, dijo el preso. No puedes tener autoestima que sea oprobiosa para él.

El psiquiatra, molesto y algo turbado, buscaba la insania:

- Dime, ¿Hablas con Dios?

- Él es mi padre; yo y Él somos una sola persona; el que me ve a mi ve al Padre.

El médico se puso de pie y, sin despedirse de su paciente, fue a recabar el informe para el tribunal. Escuetamente escribió: paciente portador de Esquizofrenia.

El harapiento fue trasladado de inmediato a un centro de Medicina y Psiquiatría

en donde fue recibido por un médico muy altanero. Este, usando las mismas preguntas que su colega, demostró la demencia del preso. Llenó la ficha clínica y anotó las indicaciones terapéuticas.

- Olanzapina en altas dosis.

En las semanas que siguieron el psiquiatra visitó diariamente al paciente el cual no mostraba señales de recuperación; antes bien, dormitaba todo el día y se alimentaba muy poco. Sin embargo en las tardes, como podía, se ponía de rodillas y oraba con los brazos en alto.

Tres semanas después del ingreso de este paciente a la Clínica de Medicina y Psiquiatría, Tomás Vila, médico tratante de Jesús recibió una llamada desde su hogar. Eran las 3 de la tarde.

- Ven pronto, le dijo su mujer; ¡Tomasito parece estar muy mal; tiene mucha fiebre, manchas rojas por todo el cuerpo y vomita sangre.!

Tomás Vila se hallaba en esos instantes con Jesús y le decía:

- Si eres hijo de Dios no necesitas medicamentos; te puedes recuperar solo. Pero, como lo puedes comprobar, te hacen efecto, el efecto que yo persigo, que es tenerte quieto y en silencio, para que no nos dañes con tus delirios y sueños de grandezas. En vez de estar aquí, contigo, perdiendo mi tiempo, debería correr a hacerme cargo de mi hijo que está muy mal. Pero, si le pasa algo a mi muchacho, si tiene la menor complicación, ¡juro que te quedarás encerrado aquí por el resto de tus días!

Dando un portazo y echando llave a la cerradura, se dirigió al estacionamiento a buscar su auto para irse a casa a toda velocidad. Sin embargo, a pesar de su apuro, recordó que no había dejado por escrito las indicaciones de Olanzapina para su paciente hijo de Dios y, desandando el camino, volvió en la central de enfermería. Tomó la ficha y anotó : Olanzapina. 10 mgrs. cada 8 hrs. Risperidona. 6 mgrs. cada 8 hrs.

Para acortar camino y aprovechar mejor el tiempo, y presa de una gran angustia, tomó la pista de la carretera principal y aceleró a fondo.

En la central de enfermería se extrañaron por la alta dosificación de ambos medicamentos pero, sabiendo la fácil irritación que se despertaba en el médico frente a cualquiera observación que se le hiciera, la enfermera decidió cumplir con la indicación, armó la cajita con los fármacos y se dirigió a la habitación de Jesús de Nazareth.

Mientras Tomás Vila iba a toda velocidad hacia su hogar, lo asaltó la impresión de que alguien estaba a su lado.

Iba solo; no podía ser lo que estaba sintiendo.

Pero, la percepción de que alguien lo acompañaba fue aumentando en intensidad

a tal punto, que tuvo que mirar hacia el asiento del copiloto. Su asombro fue enorme: a su lado iba su paciente hijo de Dios, vestido con las mismas pobres ropas con las que llegó, hacía días, a la clínica.

Volvió a mirar el camino y le pareció que el hombre pobre le decía que su hijo iba a mejorar, que no se angustiara. Sucedido este sentimiento, la figura desapareció.

Cuando llegó a su hogar, no halló a Tomasito, este había sido traslado casi moribundo al hospital pediátrico.

Tomás Vila no abandonó a su hijo los cuatro días en que el niño estuvo hospitalizado en Terapia Intensiva, casi a las puertas de la muerte, afectado por una grave enfermedad.

Al segundo día de hospitalización los médicos le anunciaron a su colega Vila que su hijo moriría. No respondía a los más complejos tratamientos y seguía el sangramiento.

No bien había terminado la reunión con los médicos de su niño, el doctor Vila decidió ir a ver a Jesús.

Era tarde cuando llegó a la clínica. Saludó a la enfermera de turno y entró a la habitación del paciente.

Este, dormía profundamente. A pesar de ello, el doctor Vila tocó el hombro del enfermo y le susurró: si eres el Hijo de Dios, te ruego me perdones por el mal trato y la crueldad que he tenido contigo y te imploro que salves a mi hijito. Mientras hablaba, las lágrimas que brotaron de sus ojos por la inmensa pena que tenía, cayeron en el rostro de Jesús de Nazareth.

Cuando se calmó revisó la ficha del paciente y se dio cuenta de su error garrafal: las dosis de Olanzapina y Risperidona eran tan desusadamente altas que, en su interacción, causarían la muerte del enfermo en cualquier instante. Presa febril de la honda preocupación por el yerro, corrigió las dosis y la frecuencia con que se administraban los medicamentos y, raudo, volvió al lado de su hijito.

Cuando llegó, pasada ya la medianoche, su mujer se abalanzó a sus brazos llorando de felicidad.

- Ha sucedido un milagro, le dijo a su esposo. Tomasito no tiene hemorragias, desaparecieron las lesiones de la piel y está sentado en su cama comiendo y viendo televisión.

Tomás Vila entró a la habitación de su hijo a cerciorarse de la verdad; cuando se asomó a mirar a su pequeño, este le dio una alegre sonrisa.

- No, mujer; debo volver otra vez. Tengo un paciente que puede morir a causa de un error mío, de un error imperdonable. Volveré lo antes que pueda.

Entró a la clínica y se dirigió de inmediato a la habitación de Jesús.

Este no se había movido.

- Duerme, se dijo.

Con gran sigilo se acercó al lecho del paciente y contempló su rostro: las lágrimas que había derramado por su hijo estaban brillando en el rostro de Jesús.

Incrédulo, se fijó más atentamente en él: parecía sin vida.

Asaltado por la angustia, pidió un estetoscopio.

Después de auscultarlo, no le cupo duda: el paciente había fallecido.

Cabizbajo, entristecido hasta las lágrimas, con el corazón rebosante de dolor y pesar, salió a la central de enfermería a hacer un informe del caso.

Cuando lo terminó, y para hacer la última inspección al cadáver, volvió a la habitación que ocupaba su paciente esquizofrénico.

Al entrar había una intensa luminosidad.

El cuerpo de Jesús de Nazareth había desaparecido.

Incrédulo se acercó al lecho que había acogido al vagabundo, echó hacia atrás las cobijas para satisfacer su desconfianza y recelo y sólo encontró allí cinco perlas grandes en forma de lágrimas.

Se arrodilló al lado del lecho y lloró amargamente.

Uno de los verdugos, el que tenía su hijo con una Epilepsia gravísima, -enfermedad que provoca convulsiones numerosas veces por día de tal intensidad, que amenazan la vida del paciente, -entró a su casa francamente cansado. El día había sido agobiador.

Llevaba una chaqueta en la mano.

Antes de descansar se encaminó a la habitación de su niño, porque oyó que allí había gran alboroto. Cuando entró vio que su mujer, llorando, abrazaba a su pequeño, un muchachito de seis o siete años, sudoroso, presa de intensas convulsiones que invadían su cuerpo hasta hacerlo arquearse, y que le provocaban desgarradores gemidos. Sin saber cómo actuar, y con el corazón acongojado por el dolor y el miedo, apartó a su mujer suavemente del lado del pequeño y envolvió a este en la chaqueta del pordiosero, para que no se enfriara.

Casi al instante cesó toda contractura, desapareció el gemido y el niño sonrió dulcemente a su padre.

La sorpresa, imposible de describir por lo asombroso, paralizó al hombre y a su mujer. Después de algunos instantes y llenos de una dicha indefinible en su profundidad, no sabían qué hacer. Sin embargo, el verdugo relató a su esposa los hechos acaecidos con un reo especial al que tuvo que interrogar.

Inquieto, lleno de miedo y de vergüenza por su acción, salió de su hogar rumbo al cuartel policial.

- No, le dijeron, un poco preocupados por el aspecto casi enloquecido de su camarada de armas; no está aquí ese hombre; se quedó hospitalizado.

Salió raudo sin siquiera despedirse. Llegó a la Clínica de Medicina y Psiquiatría preguntando por Jesús de Nazareth.

- No está aquí, le dijeron.

Volvió al cuartel, casi presa del delirio, de la desilusión, de la pena.

- Pero si estuvo aquí, les dijo a los que estaban de guardia, en un calabozo junto a otros dos granujas.

- Tienes razón, le contestaron; eran Dimas y Gestas. Pero ha habido un gran revuelo por ellos.

- ¿Qué sucedió?, preguntó el verdugo.

- Sin saberse cómo, desapareció Dimas.

- ¿Interrogaron al otro, a Gestas?.

- Tuvimos que soltarlo: está ciego. Dijo que vio una luz cuya intensidad lo arrojó al suelo y lo cegó.

UN SUEÑO POSIBLE

LLegó tarde ese día. En verdad, había estado especialmente complicado y aun le quedaba una sensación amarga en la boca.

Le llamaba la atención el gran cansancio que sentía; se quedaba fácilmente dormido a cualquier hora del día y en cualquier parte. Había consultado a sus colegas, pero ninguno de ellos logró darle una solución, a pesar de los múltiples exámenes a los que lo sometieron.

-Voy a terminar de preparar una clase, mujer, y me iré a la cama de inmediato, había dicho a su esposa apenas terminó de cenar.

Le resultó un tanto fatigoso el corto trecho entre el comedor y su estudio lugar, este último, que le parecía muy grato y donde pasaba largas horas. El escritorio, una mesa en L, mostraba un imponente desorden en medio del cual, se alzaba una computadora portátil conectada a una impresora y a un “mouse” que le era imprescindible herramienta para poder trabajar en el procesador.

El resto del escritorio estaba atiborrado de pilas de libros, papeles, cuentas de luz, agua, contribuciones, gas, cartas venidas desde el extranjero, viejos diplomas que daban cuenta de su participación en numerosos Congresos Médicos; un vaso con muchos lápices a pasta dispuestos con las puntas hacia abajo, cajas de discos compactos usados y nuevos, un globo terráqueo que el médico amaba; cajas con sobres de cartas de todas las dimensiones, en fin, un mercado persa bullendo en la superficie de la larga mesa. En medio de esta, y mirando hacia el único ventanal de la sala, se ubicaba un sillón muy confortable. Los muros del estudio estaban ocupados

por armarios cuya altura alcanzaba el cielo raso y que presentaban gran cantidad de divisiones de diferentes altos y anchos, pero que su profundidad era estándar y permitía en muchos de estos segmentos, que los libros ocuparan el plano más posterior para que la pequeña área anterior fuera ocupada por numerosos juguetes. Su enumeración vale la pena, para que el lector se pueda hacer una idea aproximada del dueño de estas miniaturas, muchas de ellas regalos de nietos. Allí se podía encontrar canicas de cristal, caleidoscopios pequeños, muñecos articulados recordando personajes de cintas cinematográficas infantiles; monstruos de todos los colores y texturas, dragones, espadas, soldados del medievo, estatuillas de santos, autos de diferentes marcas de lujo, camionetas, - entre estas la camioneta del padre Hurtado-, soldados de la realeza británica metidos en su puesto de observación; decenas de animalitos a pequeña escala, entre los que destacaban leones, jirafas, hipopótamos, rinocerontes, burros, caballos, pollos siguiendo a su mamá gallina; un hermoso gallo de la pasión; bailarinas, cajas de música, trompos multicolores, sacapuntas de bronce con formas diversas (cañones, autos, máquinas de coser, pianos de cola, cafeteras, carretas antiguas, trenes). Y por si esto fuera poco, desde la parte más alta de uno de los armarios colgaba un pelele de doctor viejo, con barba y vestido con su bata blanca sobre la cual se destacaba, pendiendo del cuello del muñeco, un estetoscopio.

El Profesor Tomás Aguirre Arias tomó asiento frente a su computador, levantó la tapa que lo cubría y lo encendió. Mientras esperaba que la pantalla se iluminara, se dio vuelta a mirar qué libro era el que lo ayudaría a delinear los contenidos de la clase que debería dictar en pocos días más a los alumnos de la Facultad de Medicina. Buscó con atención el texto que necesitaba;

. ¿Dónde lo habré dejado?, pensaba.

Los juguetes lo miraron con interés; siempre hacía lo mismo el pobre viejo.

- Ahora se pondrá de pie, dijo el soldado medieval; aquí está, tras de mí, el libro de Medicina de Urgencia. Seguro que volverá a hacerme caer de mi cabalgadura.

- Y te va a desarmar el casco que tienes puesto y que está lleno de polvo, replicó la bailarina de la cajita musical.

El doctor Aguirre Arias, como le gustaba que lo nombraran, -porque en la Facultad era muy importante el apellido-, se puso de pie y al tomar el libro que necesitaba, pasó a llevar al caballero medieval el que cayó ruidosamente al suelo en tanto que su casco rodó bajo el sillón. La torpeza del doctor hizo que, además, se liberara el mecanismo de la cajita de música y esta comenzó a dar sus dulces sonos a cuyos compases la bailarina giraba sobre sí misma reflejando su figura en la hilera de espejos que cubrían la pared interior de la tapa de la caja. Tomás no hizo caso de lo sucedido, no se inclinó, como muchas otras veces, a buscar el juguete para ponerlo de nuevo en su sitio, ni detuvo la música que inundó de frescor y magia el lugar.

Con su libro en la mano, volvió a su sillón; ya la computadora tenía iluminada su pantalla y en ella, con clara advertencia, le pedía la clave para dar entrada al contenido.

Tomás miró el espacio en el que debía escribir la clave y tomó el mouse para ubicar allí la raya titilante del cursor delante de cual se puede escribir y puso:

Sntqr24. Un son dio el laptop y aparecieron en la pantalla las palabras “clave inválida”. El viejo doctor, extrañado, probó una segunda opción: SntQ24. De nuevo sucedió lo mismo. Tomás se quedó absorto contemplando la pantalla sobre la cual el único signo de actividad era la palpitación del cursor.

- Pero Profesor, le gritó el hipopótamo: la clave es SnTq24. ¿No recuerda que la cambió hace una semana?

- Déjalo tranquilo, dijo el dinosaurio, el pobre se ve muy cansado.

- Tienes razón, expresó con preocupación el gallo; lo he visto muy somnoliento desde hace meses. Ustedes son testigos de que se sienta y, a veces, sin siquiera dar cabezadas, se le cae bruscamente la cabeza y la golpea sobre el computador el cual empieza a chillar de inmediato, con ese ruido desagradable que tiene cuando algo le parece mal.

- Es que está muy viejo el doctor, dijo una de las canicas de cristal. Recuerdo que, cuando era niño, me tomaba entre sus dedos y se ponía a mirar a través de mí. Yo, feliz, le mostraba un mundo diferente, lleno de colores, con formas caprichosas y cambiantes. Pero por esos tiempos, no sólo hacía eso el doctor; también jugaba conmigo y me presentaba a sus amigos como su canica regalona, Yo corría presurosa para darle el triunfo en los diferentes juegos que tenía con ellos. Ganaba más canicas, pero muchas eran sólo de piedra y no me gustaba nada, porque yo esperaba un bolón grande de esos de un solo color, que viniera a hacerme compañía.

- ¿Y qué tienes contra las canicas de piedra? Ellas también merecen una buena vida, merecen que la lleven a jugar y que las admiren, Es verdad que son bolitas de piedra, pero tienen un corazón de carne con el que desean la felicidad y anhelan tener un lugar en la vida, un lugar importante., dijo el Caleidoscopio. Fíjense todos ustedes, juguetes, dijo, dirigiéndose hacia todos los que estaban en los anaqueles: las bolitas de piedra, son carne de cañón, las usan para todo; les exigen mucho esfuerzo y después como único pago y distinción, las vuelven a su caja sin ni quiera agradecerles el trabajo, Y no sólo eso: viajan hacinadas, y por esa razón inhumana, se van quebrando, se van erosionando y cariando hasta tal punto, que les da vergüenza incluso mostrarse entre sus iguales. Nadie las ayuda. Y, peor aún, cuando no se ven bien, las botan y se pierden. Nadie las cuida.

Se abatió un triste silencio en la sala.

- No se preocupen, todos nosotros queremos a las canicas, a todas las canicas:

a las de piedra y de cristal, porque todas tienen su lugar entre nosotros; todas nos acompañan siempre y comparten nuestro destino, dijo el rinoceronte.

Un solitario aplauso se escuchó un poco lejano: era el burro.

- Yo les voy a enseñar a las canicas de piedra a que se hagan respetar; ellas son muchas y pueden hacer gran fuerza y obtener ventajas que hasta ahora les han sido negadas; porque, como ustedes pueden apreciarlo, ni siquiera han ido a la escuela secundaria y las alojan en cajas desvencijadas; abandonadas, comienzan a perder el color y de tanto golpearse en la vida, pierden la alegría. Y lo más terrible es que, cuando llegan las canicas nuevas, recién pintadas, rápidamente las viejas les quitan el color y las vuelven mustias como ellas.

- No vas a enseñar nada a nadie, burro, dijo el ratón Mickey; ¿dónde se ha visto un asno siendo profesor?

- Soy burro, pero no asno, replicó el pollino; a mí me pueden aceptar en las escuelas, pero no al asno.

- ¡Qué va!, gritó el sacapuntas en forma de máquina de coser: parece que sólo los asnos pueden tener cabida en nuestros lugares de enseñanza; estos no quieren a los burros ni a los leones porque dicen que piensan mucho y que no es bueno pensar. Porque la filosofía del asno es no pensar, vivir el presente, no inferir, no dejar cosa alguna para mañana. Parece que los asnos no quieren que recibamos educación: ellos prefieren informar. Crean que eso es educar.

- No discutan entre ustedes, exclamó la camioneta del padre Hurtado: todos podemos ayudarnos y cambiar el presente siendo razonables, respetuosos, acogedores.

- Ustedes son juguetes, gritó Tomás; no tienen que darme órdenes, aquí el que manda soy yo.

- Sin embargo, hace mucho tiempo que entras y sales de esta sala sin siquiera mirarnos, le dijo el rinoceronte; te sientas frente a tu escritorio, nos das la espalda y ni siquiera nos has limpiado. Cada vez que entras aquí, a pesar de tu falta de cortesía con nosotros, tus juguetes, te saludamos con muestras de gran alegría y te cantamos a coro. Y no nos diriges ni una palabra de saludo. Tu laptop se burla de nosotros porque, aunque él jamás te da ninguna manifestación de cercanía, tú, en cambio, le hablas y lo acaricias cada vez que te acercas a él. Incluso, todos nosotros queríamos darle una lección a ese aparato, pero es muy inteligente y siempre se va a dormir, cierra su pantalla y nos deja sin poder hacerle nada.

- Y a mí tampoco me miras, dijo el pelele-doctor, mientras se acariciaba la blanca barba pensativo; ¿cómo puedes haberte olvidado de mí, que represento tu profesión y, por ello, una manera de modales tiernos y comprensivos hacia los demás?

Un silencio cayó en el ambiente; el ordenador emitía su suave ronroneo y el cur-

sor persistía en su palpar pidiendo que se escribiera la clave para poder acceder al contenido virtual que de Aguirre y Arias, necesitaba para su clase.

- ¿Y hasta cuándo vas a dictar clases?, preguntó el caballero medieval. Porque estás viejo y, hasta donde he podido apreciar todos estos años que tú y yo llevamos juntos, ya no eres el mismo. Los amigos, Tomás, como tú y yo lo somos, con una camaradería silenciosa, pero cercana, deben decirse la verdad; se te ve cansado. Además, ya el decano te escribió esa carta que no quisiste contestar en la que te daba sólo este año como profesor; después, te dijo en esa misiva, deberás abandonar las aulas.

- Voy a seguir enseñando hasta que me muera, respondió Tomás; me siento cansado, pero puedo, todavía, seguir.

- ¿Hagamos una prueba de tus capacidades intelectuales?, gritó el rinoceronte.

- ¿Quiénes son ustedes para poder calificarme? No saben medicina, porque son unos trastos que sólo sirven para que juegue un niño. Los trastos, además, no sirven para ser médicos. Los cachivaches como lo son todos ustedes, no son capaces de acercarse siquiera a lo que es ser médico.

- No es cierto, dijo la bailarina, mientras hacía sonar su melodía; nosotros tenemos corazón, el corazón de un inocente y con eso basta para ser médico, porque el candor y la sencillez son lo único necesario para ejercer tu profesión. Por lo demás, continuó, cada vez que salías de aquí, después de haber preparado tus clases, el doctor que tienes allí colgado como un trebejo cualquiera, nos enseñaba todos los síntomas y los signos y los síndromes que tú, tan orgulloso, creías dominar.

- Es verdad que los domino; los conozco todos.

- Vamos a ver si es verdad, dijo el burro: dime, Tomás, ¿qué es el síndrome de Horton?

El médico no respondió; buscaba con desesperación entre los ajados papeles de su memoria y no hallaba ni siquiera el sistema al que se refería. ¿Será neurológico? ¿Será vascular?, se preguntaba.

Nada, no recordaba nada.

- A ver, otra pregunta, dijo el Dinosaurio; dime qué es un síndrome de Dressler.

Silencio de nuevo; pero este fue interrumpido por un coro de juguetes que le describió a la perfección de qué se trataban las interrogantes que le habían hecho.

- Tienes que retirarte, Tomás; puedes hacer daño a las personas. Tú, en esa calidad de médico que tienes, ya debiste haber cavilado hace tiempo de eso, porque lo sabes y lo sientes: ya no eres el mismo.

- Mírate, mírate a ti mismo, está manchada tu ropa, tu camisa se ve arrugada, no

te has abrochado los puños, el pantalón te cuelga y la chaqueta llega a estar verde de usada. Mírate las manos, están manchadas con lentigo senil, te sobra piel en el cuello, y tus ojos se han puesto opacos. No sigas, doctor. Ven a nosotros; te necesitamos y te amamos, y no quisiéramos que te hicieran burla, detestamos la sola idea de que se vayan a reír de ti. No, no queremos eso. Ven, ven a jugar con nosotros; nosotros te vemos, en cambio otros ya ni se dan cuenta de tu existencia; te valoramos, te apreciamos como un ser humano excepcional.

Había un conjunto musical entre los juguetes y rompió a tocar la canción que hacía muchos muchos años no interpretaba.

Cuando Tomás la oyó, tuvo un leve estremecimiento; la melodía era muy antigua y le traía el recuerdo de su padre, que la tarareaba con frecuencia. A medida que la música se adentraba en su espíritu, comenzó a tener la vívida representación del momento en que se la regaló su papá:

- Hijo, le había dicho esa vez, te traje esto de regalo. No supe qué regalarte para esta navidad, porque lo tienes todo, no parece faltarte nada. Y mientras le decía estas palabras, su padre le puso el regalito en sus manos. Había saludado a su progenitor con cariño, pero sin cercanía. Después de haberle dado las gracias, Tomás, sin abrir el presente navideño, lo puso en su bolsillo y siguió en los menesteres familiares de esa noche que estaba especialmente concurrida. Ya muy entrada la noche, y después de despedir a los que habían participado de la cena de nochebuena, al desvestirse para ir a dormir, notó en uno de sus bolsillos un bulto. Se había olvidado del regalo de su padre. Lo sacó de la chaqueta y con él, sin abrirlo, se dirigió a su escritorio. Miró alrededor suyo los estantes llenos de libros y de varios juguetes y depositó el paquetito a un costado de un Dinosaurio que sobresalía por su porte, de entre otras chucherías.

Pocos meses después, murió su padre. Recordó lo que habían conversado poco antes de la partida del viejo, pero no se dijeron gran cosa. El hombre estaba muy fatigado y apenas se entendía lo que balbuceaba. Al volver a casa, después del funeral, Tomás se había metido en su escritorio a cavilar acerca de lo sucedido. Sin saber por qué presentimiento, volteó el sillón en el que habitualmente se sentaba y sus ojos hallaron el regalo navideño de su padre, al lado del dinosaurio, aun cerrado. La cinta, roja rutilante bordada con hilo de oro, terminaba en una rosa de la cual colgaba una pequeña tarjeta. La tomó con curiosidad. Ni siquiera la he leído, pensó. La abrió con cuidado y con un leve temblor de emoción leyó: "a mi hijo médico que ha hecho la felicidad de su padre. A mi hijo dilecto, como presente de Navidad, para que nunca olvide ser niño" Después venía la firma y la fecha: 24 de Diciembre de hace ya 40 años. Desató la cinta y retiró el brillante papel que tenía estampado un pesebre. Cuando el regalo quedó al descubierto, no lo podía creer: era un cofre que

al abrirse, mostraba una hermosa bailarina que danzaba al compás de una preciosa música, la misma que tantas veces oyó entonar a su padre. Después de oírla por largo rato, Tomás la volvió a su lugar al lado del animal prehistórico en el estante de libros ubicado a sus espaldas.

No volvió a oír esa melodía hasta ahora.

Los juguetes, mientras tocaba la orquesta, no hicieron el menor ruido. Allí estaban, quietos, en los lugares que siempre ocupaban, absortos oyendo la música

- ¡Ustedes son sólo juguetes, comenzó a gritar Tomás, preso más del miedo que de la ira; retrocedan, paren la música; son sólo juguetes, o sea, cosas inservibles!

- Los juguetes no somos inservibles, dijo el soldado de la guardia real; somos el único consuelo de un niño, de ese que sus padres lo sacan a pasear sin hablarle; de esos que están sentados en sus coches aferrados a un chupete, porque es lo que les calma la angustia de la soledad; de esos que pasan de casa en casa mientras se divierten sus padres. El pequeño, que no puede expresar su dolor o su soledad o el tormento de ser un exiliado de su propio hogar, ese es al que nosotros, los juguetes, consolamos. Ya con esa acción tenemos ganada la vida; sólo con el haber consolado a un niño, los juguetes hemos conseguido una parte del cielo. Es que, por si no lo sabes, tenemos alma, como la tuya; pero, a diferencia contigo, que miras la vida únicamente a través del cristal medio opaco de la medicina, nosotros estamos dispuestos a morir despedazados por un niño, si este, destruyéndonos, puede reír y alcanzar un grado de alegría. Tú, en cambio, apenas alguien te expresa una idea que te disgusta o tienes alguna frustración, caes en un ensimismamiento que te ciega a lo que te rodea.

- Sí, gritó el trompo multicolor, mientras bailaba; la medicina la has usado para protegerte, para tener la sensación de ser útil. Sin embargo, y no lo niegues, has caído en la cuenta de que a causa de ella te has traicionado a ti mismo. No has escuchado la música que tanto te gusta, porque pensabas que era perder el tiempo; no te has detenido a contemplar la puesta de sol de cualquiera tarde, porque era signo de debilidad; no has cantado bajo la lluvia, porque pensaste que podrías molestar a los demás; y no has jugado con nosotros, porque te ha dado vergüenza de que te crean un niño. Sin embargo, para nosotros, no has crecido. El trompo, siempre zumbando su danza febril, gritó, preguntando a los demás juguetes:

- ¿Qué es Tomás para nosotros?

- Un niño, exclamó el coro de juguetes y vuelta a tocar la orquesta la maravillosa melodía.

- No, no lo soy; soy médico, cuido a mis semejantes y por ello soy más que los que me necesitan, replicó, también gritando, el viejo doctor.

La carreta antigua se movió haciendo crujir sus ejes, secos ya, por el polvo que se había acumulado en ellos; sabía que apenas le alcanzaba para ser un carricoche, pero en ella se habían paseado, más de alguna vez, los sueños del niño Tomás y había cargado a los monstruos de diversas cintas cinematográficas que este amaba. Es cierto que tenía algunos rayos quebrados y que las teleras estaban algo caídas, pero aun mostraba que era un carromato precioso. Haciendo un esfuerzo, le dijo a Tomás:

- Estás asustado, niño mío, porque has llegado al final y te han quitado la talega en donde guardabas tu medicina; te han dejado sin ser médico. Ahora eres sólo un hombre. Reconoce, sin tener vergüenza por ello, que alguna vez creíste que la profesión te elevaría a las cimas de la divinidad; imaginaste que la medicina te haría ser más que un simple mortal; hiciste un dogma de ella, pensaste que jamás la perderías. Pero ¡hete ahí!, ahora eres nadie, porque no te creen, no te ven, no te oyen. Y vuelvo a insistirte, no nos dejes, porque somos tu única esperanza de felicidad y la posibilidad más cierta de mantenerte en tus cabales. Si juegas con nosotros pasarán dulcemente tus horas. Es cierto que los demás dirán que estás chalado, pero nosotros, nosotros que te conocemos bien, diremos que ahora sí que has recuperado la mente, ahora sí que has vuelto a ser normal, porque siempre pensamos que la medicina te trastornó y confundió tu vida.

- ¡Nunca, nunca usé la medicina para erigirme como un ser superior; nunca dejé de pensar en que los enfermos merecían lo mejor!, gritó Tomás y comenzó a sollozar.

Los juguetes comenzaron a juntarse alrededor del viejo y lo consolaron con caricias llenas de ternura. Tal vez habían sido muy duros con él, se dijeron.

Pasaron algunos minutos hasta que de pronto, el pelele doctor tomó la palabra:

- Ustedes, juguetes, pongan atención; no volveré a repetir los que voy a decirles, porque me carga entrar en reiteraciones. La medicina de Tomás sirvió para dar consuelo y alivio; poco sirvió para curar. Pero dar consuelo y alivio, al médico siempre le parece poco; le da la sensación de no haber hecho algo útil. Es como si el consuelo fuera una mercancía de segunda o tercera clase. Es esa la razón por la cual muchos médicos se drogan con la academia y, a tal punto, que llegan a considerar la propia medicina como de un valor inferior. Y ese es la pena que sufre Tomás, ahora, porque acaba de darse cuenta de que la medicina no era tan importante; de que el hombre sufriente necesitaba también de todo bálsamo, de toda atención. Recién ha descubierto que el dolor del otro merecía ser acompañado aun con el silencio. Y eso era lo que estaba haciendo cuando, ¡zas!, le cae encima la academia para decirle que no sirve y que esta medicina que está ejerciendo, no es la que hace brillar el intelecto. Por eso es que llora, como solloza el hijo ante los despojos de su padre, por no haberle dicho lo mucho que lo amaba.

- Los hombres no se besan, le habían enseñado, pero él habría dado cualquier cosa por besar a su padre. La medicina no es consolación, es academia, intelecto, le habían indicado; pero ahora daría cualquier cosa por ejercer la compasión, la misma que, antes, enterró en los brazos de la erudición.

- ¿Y quién eres tú, doctor-pelele para hablarnos así? Te colgaron desde el mueble y quedaste suspendido como un monigote cualquiera. Apenas se te ve el estetoscopio, dijo el tren, mientras hacía sonar el silbato de su atractiva locomotora. Nunca conversaste con nosotros, ni una palabra que nos diera cultura, como si fuéramos artículos de segunda. Creo que no tienes derecho a decir nada. En otras palabras, porque pensabas que éramos ignorantes nos marginaste y, ya lo ves, hemos aprendido, Nuestra ignorancia se trocó en conocimientos, gracias a tus enseñanzas, no lo he olvidado, pero no nos formaste como seres reflexivos, no nos enseñaste que la vida es más que la medicina, más que la ingeniería; más, mucho más. La vida, doctor -pelele, es la suma de la respiración de las plantas, con la belleza de las flores, con la inocencia de los animales y niños, con la memoria de las piedras, con las manifestaciones espirituales del ser humano y con el titilar de las estrellas. Esa es la vida misma y a esa vida, así comprendida, es que las profesiones van a servir, para hacerla posible en toda dimensión. El médico, como tú, está para reparar lo que la enfermedad ha fracturado; el abogado está para soldar lo que la ambición ha separado; el ingeniero, para asegurar lo que parecía frágil; el obrero municipal trabaja para evitar que el morbo opaque la expresión de la cultura; el músico trabaja para hacer volar más alto los espíritus y poder acercarse al firmamento. Y después continuó: y los juguetes como nosotros somos expresión de una necesidad de consuelo y compañía para los pequeños; somos la máxima expresión de la ternura. Por uno de nosotros una madre se sacó el pan de la boca para que se convirtiera en juguete y este, en felicidad para su hijo; somos los sueños del adulto convertidos en muñecos.

- Pobre doctor, déjelo en paz de una vez por todas, gimió el estetoscopio; él siempre creyó que era bueno lo que hacía. Se confió en que el estetoscopio le daría la estatura de médico; se equivocó, es cierto, porque a mí me usa cualquiera que se dedique a alguna actividad en el ámbito de la salud. Y acaba de darse cuenta de ello; soy un instrumento que transmite ruidos, los del corazón, los del pulmón, los de los vasos sanguíneos; pero, si el médico se logra convertir en niño y me toma entre sus manos, puedo enjugar las lágrimas de los desesperanzados y volver a hacer reír a los que lloran; traigo la paz a los que sufren angustia y alivio al que tiene dolor.

- Eres igual que yo con mis polluelos dijo al estetoscopio la gallina, que se paseaba ufana con su prole; reconozco mi extrema debilidad, pero si el gavilán quisiera arrebatar me a mis pollitos lo pensaría dos veces.

El burro se quedó de una pieza: no lograba comprender qué relación podría haber entre los pollitos y el estetoscopio del doctor. Por ello, preguntó a la gallina:

- ¿Cómo puede compararse el estetoscopio con tus pollitos?

- Pues, mis polluelos van conmigo a todas partes, como el fonendoscopio acompaña al doctor; mis polluelos despiertan ternura como las palabras suaves del médico y los busco con ansias y diligencia cuando encuentro la comida, como el médico al estetoscopio cuando busca la enfermedad.

- Vamos, despierta, dijo la esposa de Tomás. Volviste a quedarte dormido. Y, antes de salir de la sala exclamó:

- ¡Ah!, mañana le diré a la nana que arregle los juguetes. ¿Los pusiste tú, sobre el escritorio?

- ¿Por qué me lo preguntas?, replicó el médico.

- Porque todos estaban alrededor de tu cabeza; hasta me pareció que querían cuidarte mientras dormías. Por un momento pensé que los habías sacado para limpiarlos.

Tomás quiso pronunciar alguna frase, decirle a su mujer que él no había hecho tal cosa, pero no logró hallar las palabras.

Ellas se habían quedado con los juguetes.

Días después despertó; estaba en una clínica. Miró alrededor y vio a su esposa conversando con un médico que no le pareció conocer.

- Sí, señora, le decía el cardiólogo a su mujer, el doctor De Aguirre se recuperó del paro cardíaco y toleró muy bien el marcapasos que le implantamos. Si no hubiera sido por su pronta llamada, su esposo no estaría entre nosotros.

- Sí, señora; habla perfectamente; sabe su nombre, recuerda donde vive y preguntó por usted.

Perfectamente recuperado de esta afección cardíaca, Tomás De Aguirre y Arias volvió a casa. Lo primero que hizo fue entrar a su despacho. Miró uno por uno a los juguetes que estaban, otra vez, en los mismos sitios que ocupaban por años.

- Déjame aquí no más, mujer, le dijo a su esposa.

Elsa no discutió y dejó a su esposo sentado frente a su escritorio, contemplando el sol que entraba como una cascada de luz que inundaba el lugar, y jugueteaba con la hilera de espejos del cofre donde estaba la bailarina. Sin saber por qué, Tomás se dio vuelta a mirar de más cerca sus juguetes y sus libros que, ordenados como un batallón, lo observaban esperando una orden.

Tomó la cajita de música y le dio cuerda.

Danzó la bailarina.

Tomó, después, al dragón y fijó sus ojos en los ojos relampagueantes de la feroz maqueta y le sonrió.

Se puso de pie y tomó cuidadosamente a cada uno de sus cachivaches y a cada uno le regaló una sonrisa.

Lo mismo hizo con algunos de sus libros pero, algo fatigado, los volvió a su lugar.

Recorrió los títulos de los textos, pero no le decían nada.

Con lentos pasos se acercó a la ventana y miró hacia el horizonte; una golondrina zigzagueaba cerca de la copa de un almendro en flor y una nube solitaria corría presurosa buscando a las que ya se habían ido hacia el sur.

Volvió a acomodarse en su sillón y se adormiló.

Y cuando el sueño le bajó los párpados, la orquesta atronó el ambiente con esa hermosa melodía que tanto amaba, mientras todos los juguetes resplandecientes de dicha, le cantaban a coro.

UNA SENECTUD CUALQUIERA

Me saludó con gran efusividad. Hacía tiempo que no lo veía.

Era un médico, octogenario ya, que tenía hipertensión arterial y estaba aquejado por una gran tristeza. Hacía cinco años, había tenido que dejar el hospital en donde cumplía funciones de médico tratante. Por la edad, le dijeron, no podía seguir atendiendo pacientes.

- Han pasado 5 años desde que dejé mi hospital y regresé a Santiago, me dijo. Y, recién, comenzaron a aparecer los síntomas de depresión.

Con los medicamentos que yo mismo me indiqué, desaparecieron esos síntomas.

Sin embargo, percibo con cierta desazón, que no logro remontar vuelo.

Pareciera que, con el paso del tiempo, me voy dando cuenta de que la “cosa” es más compleja, muchísimo más honda.

¿Qué me ha ido pasando?

Dejé el hospital, continuó diciéndome, porque, en la práctica, me echaron; sentía que allí mi vida tenía más sentido acompañando a la gente necesitada; ahora, llevando una vida tranquila y sin preocupaciones extraño mucho mi quehacer. Fue doloroso dejar mi hospital, doctor, exclamó, con triste voz; uno se siente traicionado, piensa que tal vez ya no sirve o que ha hecho mal su trabajo. Es como quedar huérfano y cesante al mismo tiempo; es un dolor como el que se siente cuando te ha abandonado el ser que amas.

Me he dado cuenta de que el interés por todo ha ido decayendo emocionalmente y, también, espiritualmente. Por un lado uno va intuyendo que muchas veces la gente busca al médico en sus necesidades más o menos urgentes como quien busca un basurero para vaciar la basura pesada, intragable o inexplicable, del alma y del cuerpo. Pero, por otro lado, la vida, en general, sigue siendo la misma. El gris sigue cubriendo la realidad interna de la gente y ¡para qué decir!, la realidad tóxica de nuestro país y del mundo actual.

“Nada hay más torcido que el corazón del hombre”, dijo, parafraseando a un profeta.

Es algo que uno cada vez percibe más cierto e irrefutable.

Y, en medio de todo esto, continuó el viejo doctor, Dios se va evaporando, se va alejando de esta tierra...mientras los pueblos siguen con sus luchas sociales, con sus expectativas económicas; siguen con sus sueños deportivos,.....y el Papa Francisco se asemeja cada vez más a Juan Bautista, como voz que clama en el desierto.

En tanto, cada vez más, esta civilización se encamina hacia una 3ª guerra mundial o a una catástrofe ecológica y la gente va perdiendo las ilusiones y la confianza y, a veces, las ganas de vivir.

Y continuó diciendo con melancolía:

- Vivir, VIVIR, en medio de todo esto que nos llega por los medios de comunicación todos los días, es ya una hazaña. Mantener una fe lúcida y fuerte en el interior del alma, cuando el bote cruje en medio de una tempestad creciente y misteriosa, donde uno ya no sabe dónde agarrarse, sabiendo con la poca fe que nos queda que todo cambiaría en un segundo si Dios lo quisiera, parece una tarea muy compleja.

¿Seguir luchando por otros o creyendo en algo mejor?

¿No será que la realidad es tan densa, potente, cruel, que llega a humillar la poesía, las teorías, las utopías, la trascendencia, los mejores sueños?

¿No será por eso que los Mall, deslumbrantes y vertiginosos, conquistan, aunque sea por un rato, el ansia del sentido de la vida que yace en el fondo del corazón del hombre?

“No logro remontar vuelo”, me dijo, apesadumbrado.

Tal vez todo lo que te he dicho es la percepción, con algo de verdad, de una persona que tiene depresión, que está decepcionada de sí misma, de Dios, de la realidad. De una persona que se está aproximando al final de la vida medio derrotado, no queriendo aceptar la cruz de cada día por mucho que quiera y admire a Jesús; que no soporta el claroscuro de la existencia, que no aprueba el dicho “lo perfecto es enemigo de lo bueno”, que no admite las disminuciones, que no acepta el fracaso, porque en su interior quiere vencer, pero no como venció Jesús.

Y, entonces, piensa en dejar de patalear y retirarse a un lugar protegido y tranquilo porque es inútil tratar de ganar o de cambiar la realidad.

Se quedó en silencio; me miró a los ojos quizás si algo avergonzado por su confesión, pero con una faz de inmensa tristeza.

- Doctor, le dije, usted sabe que la depresión de la ancianidad puede ser el síntoma de una enfermedad subyacente; creo que eso es preciso investigarlo antes de considerar que estos síntomas que lo aquejan son sólo depresión.

Sin hacer ningún comentario, se inclinó hacia un costado y hurgó buscando algo en su maletín, y extrajo un legajo de papeles y discos compactos que tenían imágenes radiológicas. Los ordenó y los puso frente a mí, sobre el escritorio. Sin decir nada, tomé el legajo y lo fui revisando cuidadosamente: correspondía a decenas de exámenes de laboratorio que se le había practicado en días previos por consejo de otros médicos. Todos estaban normales. Después revisé cada uno de los discos y estudié con detención las imágenes radiológicas, los scanners, las resonancias magnéticas y las ecografías cardiovasculares. No había nada anormal.

Un tanto preocupado, porque no tenía o no había hallado nada con qué asirme para ofrecerle algo concreto en lo que basar un tratamiento, le dije:

- Respecto de sus comentarios en relación a que Dios es injusto o a que no nos creó bien, y que no le importa la miseria de nosotros los seres humanos, soy incapaz de agregarle nada. Pienso, sin embargo, que es una expresión del dolor que usted siente por la condición en que se encuentra. Lo comprendo en toda su extensión y me duele que lo haya situado en una condición de este calibre. Su rebeldía es parte de darse cuenta que casi 60 o más años de médico no hicieron otra cosa que alejarlo de Dios y de la propia profesión médica, porque su trabajo enfrentando al dolor, - a la angustia, a enfermedades incurables, a problemas sociales cuya solución distaba mucho de sus posibilidades, a serias dificultades en el plano familiar de los pacientes, a yerros personales propios del duro bregar de la profesión misma, - termina por hacer perder la solemnidad de su trabajo y la importancia de casi todo. Es un hallarse bruscamente frente a la terrible realidad de que el médico es limitado, muy limitado. Súbitamente, pierde sentido el haberse sacrificado tanto, el haber conculcado la propia vida y la de la familia por hacer una medicina del mejor nivel. Y ahora, creyendo que, al menos, sus colegas comprendieran su situación y lo ayudaran a seguir el camino aunque fuera con muletas, repara en que lo han dejado de lado, como se abandona un trasto viejo.

- No tengo, apreciado doctor, le dije, ni siquiera explicación para esta realidad que le toca sufrir y enfrentar. Sin embargo, quisiera que se armara de paciencia y me escuchara, porque necesito confiarle algunas cosas que pueden serle útiles en esta etapa de su vida.

La vejez, esta etapa tardía de la mocedad, esta decadencia fatigosa, resulta siempre una sorpresa; uno no se va poniendo viejo, sino que de repente es abrazado por

los fuertes brazos del tiempo. El tiempo es un actor con maquillaje de farsante; el tiempo es el carromato en donde viajan los pintores que acicalan con pátina a sus víctimas. Primero es una suave pasada, una primera mano, diría yo, desordenada, porque se distribuye por diferentes segmentos, vísceras o sistemas del cuerpo, sin método ni jerarquía. A algunas personas se les envejece primero el corazón, a otras los riñones y a algunas el cerebro. Es tan farsante la vejez, que a muchos ni se les nota que van con los años a cuesta, y creen que están jóvenes, y viven el engaño como si fuera verdad.

No tengo, doctor, cómo consolarlo del dolor de la vejez; no puedo ocultarle que es casi seguro que, en algún momento, se escurrirá la orina sin querer y huirá la memoria sin saber cómo. En algún instante, uno toma un hedor urinoso y entra la vergüenza porque, pareciera, que el ocaso se aloja primero en la pelvis del ser humano, en los calzoncillos, en el pantalón. A veces, las personas deciden mirarse el cuerpo y el espejo les devuelve una imagen de decrepitud que contrista el espíritu y se conmueve el corazón.

Pero, es así no más; no hay cómo huir de este destino; no puede escapar uno de la pátina del farsante tiempo. Creo, apreciado doctor, que no se debe llorar por lo que la edad confiere al cuerpo. En cambio, sí que hay que tener la entereza de mirar de frente lo llevado a cabo durante el tiempo en que la vejez recién comenzaba su tarea.

Usted es un gran médico, lo que hizo por tanto enfermo para que hallara la salud; lo que trabajó para aliviar tanto dolor, las horas y horas dedicadas al estudio, los grandes esfuerzos por mantener al día los avances de la profesión, las largas noches en vela en los turnos hospitalarios, la enorme carga de trabajo de más de 12 horas diarias, a veces ininterrumpidas, son sólo una parte de su labor. Está todo lo otro, lo intangible, lo que el médico hace en un ámbito entre lo que es la enfermedad y aquello que no parece serlo: la tristeza de la gente, la desilusión; las frustraciones recurrentes de toda clase de personas, el reconocimiento de las propias falencias por parte de los que lo consultan. Yo sé que usted, en su calidad de profesional, puso oído al dolor; y no me refiero al físico, sino al que se hace carne, pero es del alma y que, en ocasiones, es tan difícil de reconocer. Quizá cuántas confesiones oyó y tal vez cuántas consideró banales y no les prestó mayor atención. Probablemente es allí en donde se aloja su propia frustración, la decepción de usted mismo.

- Es cierto lo que me has dicho, expresó mi viejo colega, creo que has dado en el clavo; tal vez, ahora, en que la vejez da ese equilibrio nuevo, esa forma de mirada de las cosas más amplia y madura, es lo que me ha hecho querer seguir ejerciendo para restañar un poco mis faltas por omisión. Pero, dime, ¿no te ha pasado lo mismo? ¿No te asalta con frecuencia la idea o la sensación de que no has cumplido a cabalidad como médico?

Lo miré con interés y con afecto; tenía razón, porque en el curso de la relación con las personas enfermas, muchas veces el médico no quiere ser el cireneo del paciente, porque le da miedo o vergüenza tener que decirle que es preciso que asuma sus propias culpas y que, hecho esto, las eche en la talega donde se guardan los yerros y se dé la posibilidad de cambiar y de recomenzar a ser siempre una ayuda para el que viene con su “basura pesada, intragable o inexplicable del alma y del cuerpo”, como él mismo había dicho.

- Usted, doctor, y se lo digo con la mayor deferencia y cortesía, es un basurero, como yo; somos los obreros municipales del Señor, sacamos la basura de todos y nos quedamos con ella, muchas veces hurgando entre los desperdicios de la gente, de su vida, de sus faltas, de sus vicios, de su manera de vivir. Y, de repente, encontramos entre la basura, un espejo roto que nos devuelve nuestro propio rostro. Nos vemos entre la basura; somos, también, desechos.

¿Y por qué no queremos ser escoria si el Señor vino para nosotros, para la basura? ¿Qué de malo hay en reconocer que somos nada? Porque el mundo, querido doctor, para que nos considere “alguien” nos exige tener algo o hacer algo, como si el hacer o el tener fueran razón de identidad.

- De nuevo has dado en el blanco, me respondió el viejo doctor; cuando uno en su calidad de médico se pone el delantal blanco, mágicamente se erige como un superior o como una fundación de beneficencia. En ese mismo instante, pienso, se acaba el médico y nace un individuo un poco desagradable que aparenta superioridad y que se cree ser el detentor de toda la verdad. Otra vez puedo repetirte lo que antes te expresé: la vejez abre su maletín y te muestra las imperfecciones, las deficiencias y los defectos que ribetearon nuestro accionar; nos hace ver con resplandeciente lucidez que no fuimos lo suficientemente minuciosos y delicados en muchas acciones, y eso es lo que tratamos de pulir en este tiempo de la senectud. Me has hecho descubrir, y te lo agradezco, que, en último término, la vejez sigue siendo un artista del engaño, porque sólo nos muestra las imperfecciones o deficiencias que acompañaron nuestros actos y opaca, hasta hacerlos desaparecer, aquellas acciones, a veces hasta heroicas, que ejercimos.

- Me alegra mucho, doctor, que hayamos llegado a un acuerdo; por otro lado, es necesario entender que no sólo a los médicos nos sucede esto, también al resto de las personas. Todas acarrean sus pesares y esta puede ser la ocasión, durante la vejez, que tengamos el coraje de aceptar nuestros yerros y los de los demás, como parte de un continuo proceso de perfección en lo humano. Usted, doctor, no puede ocultarse ni olvidar que ha acercado más a Dios a muchas personas; a muchos seres humanos ha consolado, a innumerables les ha dado el pan del alivio y del consejo, a quizá cuántos ha abrigado con su palabra, y a muchos centenares

de personas ha acompañado en su doliente camino por la vida. Algo quiero decirle, además: Nada va a cambiar en el mundo por su preocupación; cada quién irá donde el destino lo diga. Uno, en cambio, sólo está para que tome la cruz de cada uno de los que caminan su propio calvario, lo alivie y vea en cada rostro, la dulce mirada de Jesús. Es difícil; claro que es difícil. Por eso, el médico, y cada persona, debe tomar las cruces de los seres que le tocó acompañar y caminar junto a ellos hasta que Él lo quiera.

Los médicos no calmarán la sed de Dios, pero ayudarán a encontrar la copa para que cada persona ponga allí el agua que la vida misma le permitió beber.

Es la fe, la única, junto a la esperanza, la que mantendrá firme al médico y a cada ser humano, en la tarea de restañar heridas, lavar los pies y enjugar las lágrimas de tantos que acuden a su lado.

- ¿Sabes?, me dijo; no me hables de Dios. Ya no creo en Él.

Pasaron muchos meses. Un día me llamaron desde el hogar donde vivía este viejo médico. Era un hogar de acogida de ancianos. Lo encontré mucho más delgado, con un gran temblor en las manos, caminando a pasos cortos e inclinado hacia delante: la enfermedad de Parkinson ya había hecho su entrada en el escenario de este viejo médico. Me llamaron en consulta, porque lo notaron con fiebre y algo desorientado.

- ¿Se acuerda de mí?, le pregunté, cuando me acerqué a su lecho de enfermo.

- Me hizo un signo afirmativo con la cabeza y me apretó la mano sacudiéndola un poco a manera de afirmación.

- ¿Tiene alguna molestia, doctor?, le pregunté.

- Te mandé llamar porque me estoy muriendo.

- Pero, doctor, le respondí, nadie sabe cuándo se va a morir.

- No es cierto, me replicó; uno lo siente. Lo que uno no sabe es por qué lo sabe. Pero, te lo aseguro, me estoy muriendo.

- La fiebre da tantos sentires, doctor, le expresé en tono comprensivo; cuando baje la temperatura se va a sentir mejor.

- No, me dijo, con firmeza en su voz, no estoy preso de un delirio; ni siquiera siento que esté febril. Te llamé, porque quisiera que me acompañaras hasta que me vaya. No será mucho rato más. Necesito que te quedes a mi lado, porque tengo miedo.

Me atreví a continuar la conversación con él en el convencimiento de que se hallaba bajo los efectos de la enfermedad que lo aquejaba; una neumonía, me dije; los ancianos hacen muchas veces neumonía sin que aparezca ningún síntoma de la enfermedad.

- Me hablaste de Dios y yo te contesté que ya no creía en Él. Háblame, háblame de Él ahora; cuéntame cómo lo ves, cómo estás tan seguro de su existencia.

- El Señor, le dije es quien creó el Universo y después se puso un delantal, de esos con un bolsillo grande en donde el carpintero guarda sus herramientas. Cuando estaba así vestido, acercó a la tierra la estrella más pequeña, para que con su enorme fragua le diera calor; y le puso al frente, un espejo, la luna, para que se acicalara durante la noche, porque Dios sabía que el sol quería estar siempre de fiesta cuando llegara a visitarlo la aurora. Después, el Señor se paseó entre las estrellas y las llamó a cada una por su nombre; le dijo al viento que soplara y a las nubes que fueran la calesa donde viajaran las gotas de lluvia. El Señor se acercó a las flores y a cada una les dio perfume; llamó al tiempo y le dijo que calculara sus horas y lo partió con la espada afilada de los días para que diera a luz las estaciones del año. Y estas, reparten las lluvias, siembran los campos y hacen murmurar los ríos. En la tarde del infinito, se quitó el delantal donde se habían adherido algunos astros; con el movimiento se despegaron y quedaron prendidos en la bóveda celeste, esperando que el Señor vuelva a ceñirse el mandil antes de que caiga la noche. Y llamó al hombre a que le hiciera compañía, que cuidara el jardín del orbe y que levantara su mirada cada noche para decirle: Padre, yo te quiero. No pide más, el Señor, querido doctor; porque no es un filósofo que lo escudriña todo, ni un juez que ignora la fragilidad del ser humano; el Señor, después, se convirtió en un niño que vino a buscar al hombre para llevarlo de vuelta al firmamento.

Cuando terminé de hablar, el viejo doctor me miró con dulce expresión en su ajado rostro que, de pronto, se iluminó. Después de decirme gracias, vino el silencio a bajar los párpados del médico que, dibujando una sonrisa, partió con el Señor a visitar cada una de las estrellas y a viajar en el navío del tiempo.

Le devolví su bondadoso gesto y le dije:

- El Señor sabe de usted, doctor; lo observó atento en su trabajo en el vientre del sufrimiento y de la pobreza, y le ha perdonado sin pedirle cuentas de nada, porque cuando toda una vida se ha donado por librar al hombre de las cadenas del dolor, la retribución es acompañarlo a Él a sembrar rocío y a contemplar los verdes valles donde ya no existe lo sombrío.

- Todavía recuerdo ese día.

- La demencia no ha logrado arrebatármelo.

